

# **Victoriosos en Cristo**

**Estudio Expositivo de Apocalipsis**

**Warren W. Wiersbe**

**Editorial Bautista Independiente**

**Victoriosos en Cristo** fue publicado originalmente en inglés bajo el título **Be Victorious**.

© 1985

SP Publications, Inc.  
Wheaton, Illinois

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son tomadas de la Versión Reina Valera Revisada, Revisión de 1960, propiedad de las Sociedades Bíblicas en América Latina. Usada con permiso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, por ningún medio, sin el permiso previo por escrito de la Editorial Bautista Independiente, excepto por breves citas en otros libros o artículos y revisiones críticas.

© 2013

WW-630

ISBN 978-1-932607-96-3

**Editorial Bautista Independiente**

3417 Kenilworth Boulevard

Sebring, FL 33870

[www.ebi-bmm.org](http://www.ebi-bmm.org)

(863) 382-6350

## Índice

Prefacio

Bosquejo

Capítulo

- 1 Un libro muy especial (Apocalipsis 1)
- 2 Cristo y las iglesias, parte 1 (Apocalipsis 2)
- 3 Cristo y las iglesias, parte 2 (Apocalipsis 3)
- 4 ¡Vengan, adorémosle! (Apocalipsis 4–5)
- 5 Los sellos y los sellados (Apocalipsis 6–7)
- 6 ¡Toquen las trompetas! (Apocalipsis 8–9)
- 7 Un tiempo de testimonio (Apocalipsis 10–11)
- 8 El trío terrible (Apocalipsis 12–13)
- 9 Voces de victoria (Apocalipsis 14–16)
- 10 ¡Desolación y destrucción! (Apocalipsis 17–18)
- 11 El Rey y su reino (Apocalipsis 19–20)
- 12 ¡Nuevas todas las cosas! (Apocalipsis 21–22)

Dedicado a  
nuestro pastor y su esposa,  
Curt y Claudine Lehman,  
cuyo ministerio ha ayudado a muchos  
a llegar a ser vencedores.

## Prefacio

El libro del Apocalipsis de Jesucristo por siglos ha sido un reto y ha fascinado a los que estudian la Biblia. En mi propia biblioteca tengo docenas de comentarios sobre este libro, y no hay dos autores que estén de acuerdo por completo en todo.

Pero eso no es lo importante. Lo que es importante es que no nos perdamos el mensaje principal de Apocalipsis: *la victoria gloriosa de Jesucristo sobre todos sus enemigos*. Sería desdichado que él que estudia la Biblia se pierda tanto en los detalles de esta emocionante profecía que se pierda su tremenda y suprema verdad: *¡en Jesucristo, somos vencedores!*

Juan escribió este libro para animar a los creyentes del primer siglo que estaban atravesando gran sufrimiento. En toda edad de la iglesia cristiana el Apocalipsis ha dado consuelo y esperanza. ¿Por qué? Porque sus símbolos son eternos, y los pueden entender los creyentes de cualquier período de la historia; porque sus promesas son eternas y todos los santos pueden confiar en ellas.

Estoy convencido de que Juan profetizó sobre eventos específicos y una secuencia específica de eventos; pero no quiero que mi interpretación personal de la profecía te desvíe del principal mensaje del libro: Jesucristo es el Vencedor, y todos los creyentes participan de su gran victoria.

Warren W. Wiersbe

## Bosquejo sugerido de Apocalipsis

**Tema central:** Jesucristo es Vencedor

**Versículos clave:** Apocalipsis 1:19; 17:14

### **I. Las cosas que has visto; capítulo 1**

La visión de Juan del Cristo exaltado

### **II. Las cosas que son: capítulos 2–3**

Los mensajes a las siete iglesias

### **III. Las cosas que han de ser después de estas: capítulos 4–22**

A. El trono en el cielo: 4–5

B. La tribulación en la tierra: 6–19

1. La primera mitad: 6–9

2. El medio: 10–14

3. La última mitad: 15–19

C. El reino de Cristo: 20

D. El cielo y tierra nuevos: 21–22

# 1

## Un Libro Muy Especial

### Apocalipsis 1

“Nunca profetices”, decía el cómico estadounidense Josh Billings, “porque si tu profecía es errada, nadie lo olvidará; y si profetizas correctamente, nadie lo recordará”.

A través de los siglos las profecías han venido y se han ido; y sin embargo el libro que el apóstol Juan escribió hacia fines del primer siglo todavía está con nosotros. Puedo recordar que lo leía cuando niño, y me preguntaba de qué trataba. Incluso hoy, con muchos años de estudio concentrado a mis espaldas, todavía me fascinan su mensaje y sus misterios.

En Apocalipsis 1, Juan presenta su libro y nos da la información esencial para apreciar y entender esta profecía.

#### El título (Apocalipsis 1:1a)

La palabra “apocalipsis”, desdichadamente, hoy es sinónimo de caos y catástrofe. El verbo en griego simplemente significa *quitar la cubierta, revelar, hacer manifiesto*. En este libro el Espíritu Santo levanta el telón y nos da el privilegio de ver al Cristo glorificado en el cielo y el cumplimiento de sus propósitos soberanos en el mundo.

En otras palabras, Apocalipsis es un libro *abierto* en el cual Dios revela sus planes y propósitos para su iglesia. Cuando Daniel terminó de escribir su profecía, recibió la instrucción: “cierra las palabras y sella el libro” (Daniel 12:4); pero a Juan se le dan las instrucciones opuestas: “No selles las palabras de la profecía de este libro” (Apocalipsis 22:10). ¿Por qué? Desde el Calvario, la resurrección y la venida del Espíritu Santo, Dios ha dado paso a los “postreros días” (Hebreos 1:1–2) y el cumplimiento de sus propósitos ocultos en este mundo. “El tiempo está cerca” (Apocalipsis 1:3; 22:10).

La profecía de Juan es primordialmente la revelación de Jesucristo, y no la revelación de sucesos futuros. No hay que divorciar a la Persona de la profecía, porque sin la Persona no puede haber cumplimiento de la profecía. “Él no es incidental a la acción”, escribió el Dr. Merrill Tenney, “Él es el Tema principal”. En Apocalipsis 1–3, a Cristo se le ve como el exaltado Sacerdote y Rey ministrando a las iglesias. En Apocalipsis 4–5, se le ve en el cielo como el glorificado Cordero de Dios, reinando en el trono. En Apocalipsis 6–18, Cristo es el Juez de toda la tierra; y en Apocalipsis 19, él vuelve a la tierra como el Rey de reyes vencedor. El libro concluye con el Esposo celestial escoltando a su esposa, la iglesia, a la gloriosa ciudad celestial.

Sea lo que sea que hagas al estudiar este libro, conoce mejor al Salvador.

#### El autor (Apocalipsis 1:1b–2, 4, 9; 22:8)

El Espíritu Santo utilizó al apóstol Juan para darnos tres clases de literatura inspirada: el Evangelio de Juan, las tres epístolas y el libro de Apocalipsis. Sus propósitos se pueden bosquejar como sigue:

| <b>Evangelio</b> | <b>Epístolas</b>           | <b>Apocalipsis</b>  |
|------------------|----------------------------|---------------------|
| Crean, 20:31     | Estén seguros, 1 Juan 5:13 | Estén listos, 22:20 |
| Vida recibida    | Vida revelada              | Vida recompensada   |
| Salvación        | Santificación              | Soberanía           |
| El Profeta       | El Sacerdote               | El Rey              |

Juan escribió Apocalipsis alrededor del año 95 d. de C. durante el reinado del emperador romano Tito Flavio Domiciano. El emperador había exigido que se le adorara como “Señor y Dios”, y la negativa de los creyentes a obedecer su edicto llevó a severa persecución. La tradición dice que fue Domiciano quien envió a Juan a la isla de Patmos, una colonia penal romana fuera de la costa de Asia Menor. Siendo este el lugar del exilio de Juan, tal vez no sorprende que la palabra “mar” se halle veintiséis veces en este libro.

Durante el ministerio terrenal de Cristo, Juan y su hermano Jacobo le pidieron a Jesús lugares especiales de honor junto a su trono. El Señor les dijo que tendrían que hacer méritos para sus tronos al participar en sus sufrimientos. Jacobo fue el primer apóstol que murió como mártir (Hechos 12:1–2); Juan fue el último de los apóstoles que murió, pero sufrió en Patmos antes de su muerte. (Ve Mateo 20:20–23.)

¿Cómo le da el Señor el contenido de este libro a su siervo? De acuerdo a Apocalipsis 1:1–2, el Padre le dio la revelación al Hijo, y el Hijo se la dio al apóstol, usando “su ángel” como intermediario. A veces Cristo mismo le dio la información a Juan (Apocalipsis 1:10 en adelante); a veces fue un anciano (Apocalipsis 7:13); y a menudo fue un ángel (Apocalipsis 17:1; 19:9–10). A veces “una voz del cielo” le dijo a Juan qué decir y hacer (Apocalipsis 10:4). El libro vino de Dios a Juan, sin que importen cuáles fueron los varios medios de comunicación; y todo fue inspirado por el Espíritu.

La palabra “declaró” (Apocalipsis 1:1) es importante; quiere decir *mostrar mediante una señal*. En Apocalipsis el sustantivo se traduce como “señal” (Apocalipsis 15:1), “gran señal” (Apocalipsis 12:1, 3), y “señales” (Apocalipsis 19:20). Esta es la misma palabra que se usa en el Evangelio de Juan para los milagros de Jesucristo, porque sus milagros fueron eventos que llevaban un mensaje espiritual más profundo que simplemente la exhibición de poder. Al estudiar Apocalipsis, espera encontrar gran cantidad de simbolismo, mucho del mismo relativo al Antiguo Testamento.

¿Por qué usó Juan simbolismo? Por un lado, este tipo de “código espiritual” lo entendían sólo los que conocían a Cristo personalmente. Si los oficiales romanos hubieran tratado de usar Apocalipsis como evidencia contra los cristianos, el libro habría sido un acertijo y un enigma para ellos. Pero incluso una razón mayor es

que el simbolismo no se debilita con el tiempo. Juan pudo echar mano de grandes *imágenes* en la revelación de Dios y compilarlas en un drama emocionante que por siglos ha animado a los santos perseguidos y sufrientes. Sin embargo, no debes concluir que el uso de simbolismo por parte de Juan indica que los sucesos descritos no son reales. ¡Son reales!

Hay una tercera razón por la que Juan usó simbolismo: los símbolos no sólo llevan información, sino también imparten valores y despiertan emociones. Juan podía haber escrito: “un dictador gobernará el mundo”, pero más bien describió *una bestia*. El símbolo dice mucho más que el mero título de “dictador”. En lugar de explicar un sistema mundial, Juan simplemente presentó a “Babilonia la grande” y contrastó la “ramera” con la “esposa”. El nombre “Babilonia” llevaría profunda verdad espiritual a los lectores que conocían el Antiguo Testamento.

Al estudiar el simbolismo que usa Juan, sin embargo, debemos tener cuidado para no permitir que nuestras imaginaciones se desboquen. Los símbolos bíblicos son consistentes con la revelación bíblica entera. Para algunos símbolos se nos da la explicación (Apocalipsis 1:20; 4:5; 5:8); otros se entienden por el simbolismo del Antiguo Testamento (Apocalipsis 2:7, 17; 4:7); y algunos símbolos no se explican para nada (la “piedrecita blanca” en Apocalipsis 2:17). ¡En Apocalipsis se hallan casi 300 referencias al Antiguo Testamento! Esto quiere decir que debemos anclar nuestras interpretaciones en lo que Dios ya ha revelado, para que no interpretemos mal este importante libro profético.

### **Los lectores (Apocalipsis 1:3–4)**

Aunque el libro fue enviado originalmente a siete iglesias locales y reales en Asia Menor, Juan indica con claridad que *todo* creyente puede leerlo y beneficiarse del mismo (Apocalipsis 1:3). Es más, Dios prometió una bendición especial para el que lea el libro y obedezca su mensaje. (El verbo “leer” quiere decir *leer en voz alta*. Apocalipsis primero se leía en voz alta en reuniones de la iglesia local.) El apóstol Pablo había enviado cartas a siete iglesias: Roma, Corinto, Galacia, Éfeso, Filipos, Colosas y Tesalónica; y ahora Juan envía un libro a siete iglesias diferentes. Al principio del libro él tiene un mensaje especial de Cristo para cada iglesia.

Juan no envió este libro de profecía a las asambleas a fin de satisfacer la curiosidad de ellos en cuanto al futuro. El pueblo de Dios estaba atravesando intensa persecución y necesitaba estímulo. Al oír este libro, su mensaje debía darles fuerza y esperanza. Pero incluso más, su mensaje les ayudaría a examinar sus propias vidas (y la de cada asamblea local) para determinar cuáles aspectos necesitaban corrección. Ellos no debían sólo *oír* la Palabra, sino también guardarla; es decir, conservarla como tesoro y practicar lo que decía. La bendición vendría, no sólo por *oír*, sino incluso más al *hacer* (ve Santiago 1:22–25).

Vale la pena notar que hay siete “bienaventuranzas” en Apocalipsis: 1:3; 14:13; 16:15; 19:9; 20:6; 22:7, 14. El número siete es importante en este libro porque significa plenitud o estar completo. En Apocalipsis, Dios nos dice cómo él va a completar su gran obra y dar paso a su reino eterno. En Apocalipsis hallarás siete sellos (Apocalipsis 5:1), siete trompetas (Apocalipsis 8:6), siete copas (Apocalipsis

16:1), siete estrellas (Apocalipsis 1:16), y siete candeleros (Apocalipsis 1:12–20). Otros “sietes” en el libro los consideraremos al llegar a ellos en este estudio.

Los mensajes especiales a cada una de las siete iglesias se dan en Apocalipsis 2–3. Algunos ven en estas siete iglesias un panorama de la historia de la iglesia cristiana, desde los tiempos apostólicos (Éfeso) a los días apóstatas del siglo veinte (Laodicea). Aunque estas iglesias pueden *ilustrar* varias etapas en la historia de la iglesia, probablemente esa no fue la principal razón por la que estas asambleas en particular fueron seleccionadas. Más bien, estas cartas nos recuerdan que la Cabeza exaltada de la iglesia sabe lo que pasa en cada asamblea, y que nuestra relación con él y su Palabra determina la vida y el ministerio del cuerpo local.

Ten presente que las iglesias de Asia Menor estaban enfrentando persecución y era importante que se relacionaran apropiadamente con el Señor y unas con otras. Se las describe como siete candeleros separados, cada uno dando luz en un mundo oscuro (Filipenses 2:15; Mateo 5:14–16). Mientras más oscuro el día, más debe brillar la luz; desdichadamente existían situaciones por lo menos en cinco de estas asambleas que requerían corrección para que su luz resplandeciera en forma brillante. Al leer Apocalipsis 2–3 notarás que el Señor siempre les recuerda quién es él, y les anima a ser “vencedores”.

Es más, la promesa de la venida de Jesucristo debe ser para todos los creyentes, en toda época, una motivación a la obediencia y consagración (Apocalipsis 1:3, 7; 2:5, 25; 3:3, 11; 22:7, 12, 20; ve también 1 Juan 1:1–3). Ningún creyente debe estudiar la profecía meramente para satisfacer su curiosidad. Cuando Daniel y Juan recibieron las revelaciones de Dios en cuanto al futuro, ambos cayeron como muertos (Daniel 10:7–10; Apocalipsis 1:17). ¡Quedaron abrumados! Necesitamos abordar este libro como personas llenas de asombro y que adoran, y no como estudiantes académicos.

### **La dedicatoria** (Apocalipsis 1:4–6)

“Si no dejas de escribir libros”, me dijo un amigo, “¡se te van a acabar las personas a quienes dedicarlos!”. Aprecié el elogio, pero no concuerdo con el sentimiento. ¡Juan no tuvo problemas para saber a quién debía dedicar el libro! Pero antes de escribir la dedicatoria, les recordó a sus lectores que era el trino Dios que los había salvado y los guardaría al enfrentar las pruebas de fuego del sufrimiento.

A Dios Padre se le describe como el Eterno (ve Apocalipsis 1:8; 4:8). Toda la historia es parte de su plan eterno, incluyendo la persecución que el mundo lanza contra la iglesia. Luego, al Espíritu Santo se le ve en su plenitud, porque no hay siete espíritus, sino uno. La referencia aquí probablemente es a Isaías 11:2.

Finalmente, a Jesucristo se le ve en su oficio triple como Profeta (testigo fiel), Sacerdote (primogénito de los muertos), y Rey (soberano de los reyes de la tierra). “Primogénito” no quiere decir *el primero resucitado de los muertos*, sino *el más alto de los resucitados de los muertos*. “Primogénito” es un título de honor (ve Romanos 8:29; Colosenses 1:15, 18).

Pero de las tres Personas de la Trinidad, es sólo a Jesucristo a quien se dedica este libro. ¿La razón? Por lo que él ha hecho por su pueblo. Para empezar, él *nos*

*ama* (tiempo presente en la mayoría de manuscritos). Esto es paralelo al énfasis del Evangelio de Juan. También él *nos lavó de nuestros pecados*, o, como algunos textos dicen, nos *libró* de todos nuestros pecados. Esto es paralelo al mensaje de las Epístolas de Juan (ve 1 Juan 1:5 en adelante). Como máximo galardón, Cristo *nos ha hecho sacerdotes de su reino*, y este es el principal énfasis de Apocalipsis. Hoy, Jesucristo es el Sacerdote-Rey como Melquisedec (Hebreos 7), y nosotros estamos sentados con él en su trono (Efesios 2:1–10).

En su amor Dios llamó a Israel a que fuera un reino de sacerdotes (Éxodo 19:1–6), pero los judíos le fallaron a Dios, y por eso les fue quitado el reino (Mateo 21:43). Hoy, el pueblo de Dios (la iglesia) son sus reyes y sacerdotes (1 Pedro 2:1–10), ejerciendo autoridad espiritual y sirviendo a Dios en este mundo.

### **El tema (Apocalipsis 1:7–8)**

El tema primordial del libro de Apocalipsis es el retorno de Jesucristo para derrotar todo mal y establecer su reino. Es definitivamente un libro de victoria y a su pueblo se le ve como “vencedores” (ve Apocalipsis 2:7, 11, 17, 26; 3:5, 12, 21; 11:7; 12:11; 15:2; 21:7). En su primera epístola Juan también llama al pueblo de Dios “vencedores” (1 Juan 2:13–14; 4:4; 5:4–5). A los ojos de la incredulidad, Jesucristo y su iglesia están derrotados en este mundo; pero por los ojos de la fe, él y su pueblo son verdaderos vencedores. Como Pedro Marshall dijo una vez: “Es mejor fallar en una causa que a la larga triunfará, que triunfar en una causa que a la larga fracasará”.

La afirmación en Apocalipsis 1:7: “He aquí que viene con las nubes”, describe el retorno de nuestro Señor *a la tierra*, y se amplía en Apocalipsis 19:11 en adelante. Esto no es lo mismo como su retorno *en el aire* para arrebatarse a su pueblo (1 Tesalonicenses 4:13–18; 1 Corintios 15:51 en adelante). Cuando él venga para arrebatarse a su iglesia, vendrá “como ladrón” (Apocalipsis 3:3; 16:15) y sólo los que han nacido de nuevo le verán (1 Juan 3:1–3). El suceso que se describe en Apocalipsis 1:7 lo presenciara todo el mundo, y especialmente la nación arrepentida de Israel (ve Daniel 7:13; Zacarías 12:10–12). Será público, y no secreto (Mateo 24:30–31), y marcará el punto máximo del período de la tribulación descrito en Apocalipsis 6–19.

Personas consagradas que estudian la Biblia no siempre han concordado en cuanto al orden de eventos que conducen al establecimiento del reino eterno de Dios (Apocalipsis 21–22). Personalmente estoy convencido de que el próximo suceso en el calendario de Dios es el arrebatamiento, cuando Cristo volverá en el aire y llevará a su iglesia a la gloria. La promesa de Cristo a la iglesia en Apocalipsis 3:10–11 indica que la iglesia no atravesará la tribulación, y Pablo respalda esto en 1 Tesalonicenses 1:10; 5:9–10. Para mí es significativo que no hay mención de la palabra “iglesia” entre Apocalipsis 3:22 y 22:16.

Después de que tenga lugar el arrebatamiento de la iglesia, tendrán lugar los sucesos descritos en Apocalipsis 6–19: la tribulación, el surgimiento del “hombre de pecado”, la gran tribulación (la ira de Dios) y la destrucción del gobierno mundial hecho por el hombre y entonces el retorno de Cristo a la tierra para establecer su reino. Daniel indica que este período de problemas mundiales durará siete años (Daniel 9:25–27). En todo el libro de Apocalipsis hallarás

medidas de tiempo que coinciden con este lapso de siete años (Apocalipsis 11:2–3; 12:6, 14; 13:5).

Los títulos que se le dan a Dios en el versículo 8 dejan en claro que él ciertamente puede cumplir sus propósitos divinos en la historia de los seres humanos. Alfa y Omega son la primera y última letras del alfabeto griego; así que, Dios está en el principio de todas las cosas y también en el fin. También es el todopoderoso, capaz de hacer cualquier cosa. *Todopoderoso* es un nombre clave para Dios en Apocalipsis (1:8; 4:8; 11:17; 15:3; 16:7, 14; 19:6, 15; 21:22).

A Dios Padre se le llama “el Alfa y la Omega” en Apocalipsis 1:8 y 21:6; pero el nombre también se aplica a su Hijo (Apocalipsis 1:11; 22:13). Este es un fuerte argumento para la deidad de Cristo. De igual manera, el título “el primero y el último” se remonta a Isaías (Isaías 41:4; 44:6; 48:12–13) y es otra prueba de que Jesús es Dios.

### **La ocasión** (Apocalipsis 1:9–18)

El libro nació de la profunda experiencia espiritual de Juan mientras estaba exiliado en Patmos.

**Lo que Juan oyó** (vs. 9–11). En el día del Señor, Juan oyó una voz como de trompeta detrás de él. ¡Era Cristo hablando! Hasta donde sabemos, el apóstol no había oído la voz de su Señor desde que Cristo había retornado al cielo más de sesenta años antes. El Señor comisionó a Juan a que escribiera este libro y lo enviara a las siete iglesias que el Señor había seleccionado. Más adelante Juan oiría otra voz como de trompeta, llamándolo al cielo (Apocalipsis 4:1). (Algunos relacionan esto con 1 Tesalonicenses 4:13–18 y ven el “arrebatación” de Juan como un cuadro del arrebatamiento de la iglesia.)

**Lo que Juan vio** (vs. 12–16). Juan vio una visión de Cristo glorificado. Apocalipsis 1:20 indica con claridad que no debemos interpretar esta visión en forma literal, porque está compuesta de símbolos. Los siete candeleros representan a las siete iglesias que recibirían el libro. Cada iglesia local es la portadora de la luz de Dios en este mundo oscuro. Compara esta visión con la de Daniel (Daniel 7:9–14).

Los vestidos de Cristo son los del Juez y Rey, uno con honor y autoridad. El cabello blanco simboliza su eternidad, “el Anciano de días” (Daniel 7:9, 13, 22). Sus ojos lo ven todo (Apocalipsis 19:12; Hebreos 4:12), permitiéndole juzgar con justicia. Sus pies de bronce bruñido también sugieren juicio, puesto que el altar de bronce era el lugar en donde el fuego consumía la ofrenda por el pecado. El Señor había venido a juzgar a las iglesias, y también juzgaría al sistema perverso del mundo.

El “estruendo de muchas aguas” (Apocalipsis 1:15) ¡me hace pensar de las cataratas de Niágara! Tal vez dos ideas están sugeridas aquí: (1) Cristo reúne todos los “arroyos de revelación” y es la “última Palabra” del Padre para el hombre (Hebreos 1:1–3); (2) Él habla con poder y autoridad, y se le debe oír. La espada de su boca por cierto representa la Palabra viviente de Dios (Hebreos 4:12; Efesios 6:17). Él pelea contra sus enemigos usando su Palabra (Apocalipsis 2:16; 19:19–21).

Apocalipsis 1:20 nos informa que las siete estrellas en su mano representan a los ángeles (“mensajeros”, ve Lucas 7:24 en donde la palabra griega se traduce así), o tal vez pastores de las siete iglesias. Dios tiene a sus siervos y los coloca donde él quiere que “brillen” por él. En Daniel 12:3 a los sabios ganadores de almas se les compara con estrellas brillantes.

El rostro brillante del Señor nos recuerda su transfiguración (Mateo 17:2) y también la profecía de Malaquías 4:2 (“nacerá el Sol de justicia”). En el Antiguo Testamento el sol es una imagen común de Dios (Salmo 84:11), recordándonos no sólo de bendición, sino también juicio. ¡El sol puede quemar tanto como bendecir!

Esta visión de Cristo fue totalmente diferente en apariencia del Salvador que Juan conoció “en la carne” cuando el Señor ministraba en la tierra. Él no era el manso carpintero judío del cual los sentimentalistas gustan cantar. Es el Hijo de Dios resucitado, glorificado y exaltado, el Sacerdote-Rey que tiene autoridad para juzgar a todos los hombres, empezando con su propio pueblo (1 Pedro 4:17).

**Lo que Juan hizo** (vs. 17–18). ¡Cayó a los pies del Señor como si estuviera muerto! ¡Y éste es el apóstol que recostaba al lado de Jesús! (Juan 13:23). Una visión del Cristo exaltado puede producir sólo asombro y temor (Daniel 10:7–9). Necesitamos esta actitud de respeto hoy, cuando tantos creyentes hablan y actúan con indebida familiaridad hacia Dios. La respuesta de Juan ilustra lo que Pablo escribió en 2 Corintios 5:16: “Aun si a Cristo conocimos según la carne, ya no lo conocemos así”. Juan ya no está acurrucado junto al corazón del Señor, relacionándose con él como lo había hecho antes.

El Señor aquietó a Juan tocándole y hablándole (nota Daniel 8:18; 9:21; 10:10, 16, 18). “¡No temas!” es un gran estímulo para todo hijo de Dios. No tenemos que temer la vida, porque él es “el que vive”. No tenemos que temer la muerte, porque él ha muerto y está vivo, habiendo vencido a la muerte. Y no tenemos que temer la eternidad porque él tiene las llaves del Hades (el mundo de los muertos) y de la muerte. El que tiene las llaves es el que tiene autoridad.

Al principio de este libro Jesús se presentó a su pueblo en gloria majestuosa. Lo que la iglesia necesita hoy es una nueva consciencia de Cristo y su gloria. Necesitamos verle “alto y sublime” (Isaías 6:1). Hay una peligrosa ausencia de asombro y adoración en nuestras asambleas hoy. Nos jactamos de valernos por nosotros mismos, en lugar de quebrantarnos y caer a los pies del Señor. Por años Evans Roberts oró: “¡Doblégame! ¡Doblégame!” y cuando Dios contestó, resultó el gran avivamiento galés.

## **El bosquejo (Apocalipsis 1:19)**

Hasta donde sé, el libro de Apocalipsis es el único libro de la Biblia que contiene un bosquejo inspirado de su contenido. “Las cosas que has visto” se refiere a la visión en Apocalipsis 1. “Las cosas que son” se refiere a Apocalipsis 2–3, los mensajes especiales a las siete iglesias. “Las cosas que han de ser después de estas”, cubre los sucesos que se describen en Apocalipsis 4–22. Lo que Juan oyó en Apocalipsis 4:1 substancia esta interpretación.

En repaso, podemos resumir las características básicas de este libro asombroso como sigue:

**Es un libro Cristocéntrico.** Con certeza, *todas* las Escrituras hablan del Salvador; pero el libro de Apocalipsis magnifica en forma especial la grandeza y gloria de Jesucristo. El libro es, después de todo, la revelación de Jesucristo y no simplemente la revelación de sucesos futuros.

**Es un libro abierto.** A Juan no se le dijo que sellara el libro (Apocalipsis 22:10) porque el pueblo de Dios necesita el mensaje que contiene. Apocalipsis *se puede* entender, a pesar del hecho de que contiene misterios que tal vez nunca se comprendan sino cuando nos veamos ante el trono de Dios. Juan envió el libro a las siete iglesias de Asia Menor con la expectación de que, cuando los mensajeros lo leyeran en voz alta, los santos oyentes entenderían lo suficiente de su verdad como para recibir gran estímulo en sus propias situaciones difíciles.

**Es un libro lleno de símbolos.** Los símbolos bíblicos son eternos en su mensaje y sin límite en su contenido. Por ejemplo, el símbolo de “Babilonia” se origina en Génesis 10–11, y su significado crece conforme uno lo rastrea en todas las Escrituras, llegando a su clímax en Apocalipsis 17–18. Lo mismo es cierto de los símbolos de “el Cordero” y “la esposa”. Es emocionante profundizar más en los ricos significados que llevan estos símbolos.

**Es un libro de profecía.** Esto se indica en forma definitiva en Apocalipsis 1:3; 22:7, 10, 18–19; nota también 10:11. Las cartas a las siete iglesias de Asia Menor tratan de necesidades inmediatas de esas asambleas, necesidades que todavía hay en las iglesias de hoy; pero el resto del libro se dedica casi por entero a revelaciones proféticas. Fue al ver presentado al Cristo victorioso que los creyentes perseguidos hallaron estímulo para su difícil tarea de testificar. Cuando se tiene la certeza del futuro, se tiene estabilidad en el presente. Juan mismo estaba sufriendo bajo la mano de Roma (Apocalipsis 1:9), así que el libro brotó de la aflicción.

**Es un libro con una bendición.** Ya hemos notado la promesa en Apocalipsis 1:3, así como también las otras seis “bienaventuranzas” esparcidas en todo el libro. No basta simplemente oír (o leer) el libro; debemos responder de corazón a su mensaje. Debemos tomar el mensaje personalmente y decir un firme “¡amén!” a lo que dice. (Nota los muchos “amén” en el libro: Apocalipsis 1:6–7, 18; 3:14; 5:14; 7:12; 19:4; 22:20–21.)

**Es un libro pertinente.** Juan escribió sobre “las cosas que deben suceder pronto” (Apocalipsis 1:1) porque “el tiempo está cerca” (Apocalipsis 1:3). (Nota también Apocalipsis 22:7, 10, 12, 20.) La expresión “en breve” no quiere decir *pronto* o *de inmediato*, sino *rápido*, *vertiginosamente*. Dios no mide el tiempo como nosotros (2 Pedro 3:1–10). Nadie sabe cuándo va a volver nuestro Señor; pero cuando él empiece a abrir los sellos de los rollos (Apocalipsis 6:1 en adelante), los sucesos ocurrirán con rapidez y sin interrupción.

**Es un libro majestuoso.** Apocalipsis es el libro “del trono”, porque la palabra “trono” se halla cuarenta y seis veces en él. Este libro magnífica la soberanía de Dios. ¡A Cristo se lo presenta en su gloria y dominio!

**Es un libro universal.** Juan vio a naciones y pueblos (Apocalipsis 10:11; 11:9; 17:15) como parte del programa de Dios. ¡También vio el salón del trono del cielo y oyó voces desde el fin del universo!

**Es un libro climático.** Apocalipsis es el clímax de la Biblia. Todo lo que empezó en Génesis será completado y se cumplirá conforme a la voluntad

soberana de Dios. Él es “el Alfa y la Omega, principio y fin”, (Apocalipsis 1:8). Lo que Dios empieza, ¡lo termina!

Pero antes de visitar el salón del trono del cielo debemos hacer una pausa para escuchar al que “anda en medio de los siete candeleros de oro” mientras revela las necesidades personales de nuestras iglesias y de nuestros corazones. “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.”

## 2

### Cristo y las Iglesias, parte 1

#### Apocalipsis 2

Si alguna vez te has mudado a una nueva comunidad y has tenido que seleccionar una nueva iglesia a la cual asistir, sabes lo difícil que es examinar y evaluar una iglesia y su ministerio. Imponentes edificios pueden albergar congregaciones moribundas o muertas, en tanto que estructuras modestas tal vez pertenezcan a asambleas viriles en marcha por el Señor. La iglesia que pensamos que es rica puede resultar ser pobre a la vista de Dios (Apocalipsis 3:17), en tanto que la iglesia pobre en realidad es rica (Apocalipsis 2:9).

Sólo la Cabeza de la iglesia, Jesucristo, puede inspeccionar con precisión a cada iglesia y saber su verdadera condición, porque él ve lo interno, y no sólo lo externo (Apocalipsis 2:23). En estos mensajes especiales a las siete iglesias de Asia Menor, el Señor le dio a cada asamblea una radiografía de su condición. Pero su intención es que *todas* las iglesias lean estos mensajes y se beneficien de ellos. (Nota el plural “iglesias” en Apocalipsis 2:7, 11, 17, 29; 3:6, 13, 22.)

Pero el Señor también estaba hablando a *individuos*, y allí es donde entramos tú y yo. “El que tiene oído, oiga”. Las iglesias se forman de individuos, y son los individuos los que determinan la vida espiritual de la asamblea. Así que, al leer estos mensajes debemos aplicarlos personalmente al examinar nuestros corazones.

Finalmente, debemos tener presente que Juan era pastor de corazón, procurando animar a estas iglesias durante un tiempo difícil de persecución. Antes de que Cristo juzgue al mundo, debe juzgar a su propio pueblo (Ezequiel 9:6; 1 Pedro 4:17). Una iglesia purificada no necesita temer los ataques de Satanás o de los hombres. “Es algo muy notorio”, escribió G. Campbell Morgan, “que la iglesia de Cristo perseguida ha sido la iglesia de Cristo pura. La iglesia de Cristo condescendiente siempre ha sido la iglesia de Cristo impura”.

**Éfeso, la iglesia descuidada** (Apocalipsis 2:1–7).

Cada uno de estos siete mensajes empieza con una descripción o designación personal de Jesucristo, tomada de la visión de Cristo dada en Apocalipsis 1. (En el caso de Éfeso, ve Apocalipsis 1:12, 16, 20.) La asamblea de Éfeso había disfrutado de liderazgo “estelar”: Pablo, Timoteo y el mismo apóstol Juan; pero el Señor le recordó que *él* tenía el control del ministerio, colocando a las “estrellas” en donde a él le placiera. Qué fácil es que una iglesia se enorgullezca y se olvide de que los pastores y maestros son dones de Dios (Efesios 4:11) que pueden ser quitados en cualquier momento. ¡Algunas iglesias necesitan que se les advierta que adoren al Señor y no a su pastor!

**Aprobación** (vs. 2–3, 6). ¡Cuán bondadoso fue el Señor al empezar con palabras de elogio! Para empezar, esta era una iglesia *que servía*, atareada haciendo la obra del Señor. Sin duda su horario semanal estaba lleno de actividades. Era una iglesia que *se sacrificaba*, porque la palabra “trabajo” quiere decir *esfuerzo al punto de agotamiento*. Los creyentes efesios pagaron un precio por servir al Señor. Era una asamblea *firme*, porque la palabra “paciencia” lleva el significado de *perseverancia bajo prueba*. Seguían avanzando cuando avanzar era difícil.

La iglesia de Éfeso era pueblo *separado*, porque examinaba con cuidado a los ministros visitantes (ve 2 Juan 7–11) para ver si eran genuinos. Pablo había advertido a los ancianos de Éfeso que falsos maestros vendrían de fuera e incluso se levantarían de dentro de la iglesia (Hechos 20:28–31), y Juan les había instruido “probad los espíritus” (1 Juan 4:1–6). En verdad Satanás tiene sus falsos ministros y la iglesia debe estar constantemente alerta para detectarlos y rechazarlos (2 Corintios 11:1–4, 12–15).

Los cristianos de Éfeso se separaron no sólo de la falsa doctrina sino también de obras falsas (Apocalipsis 2:6). La palabra “nicolaítas” quiere decir *conquistar a la gente*. Algunos opinan que esta fue una secta que “se enseñoreaba” sobre la iglesia y le privaba a la gente de su libertad en Cristo (ve 3 Juan 9–11). Ellos iniciaron lo que ahora se conoce como “clero” y “laicos”, división falsa que no se enseña en ninguna parte del Nuevo Testamento. Todos los que pertenecen al pueblo de Dios son “reyes y sacerdotes” (1 Pedro 2:9; Apocalipsis 1:6) y tienen igual acceso al Padre por la sangre de Cristo (Hebreos 10:19 en adelante). Encontraremos de nuevo a esta peligrosa secta cuando estudiemos el mensaje a la iglesia de Pérgamo.

Los creyentes de Éfeso eran un pueblo *que sufría* y que perseverantemente soportaron sus cargas y siguieron trabajando sin desmayar. ¡Y lo hicieron todo por el nombre de Jesús! Sin que importe cómo uno examine esta congregación, se concluye que era casi perfecta. Sin embargo, el que estaba entre los candeleros vio sus corazones y dio un diagnóstico diferente del nuestro.

**Acusación** (v. 4). Esta iglesia atareada, separada y que se sacrificaba, en realidad sufría de “problemas del corazón”: ¡había abandonado su primer amor! Exhibía “obras... trabajo... paciencia” (Apocalipsis 2:2), pero no era el amor de Cristo lo que motivaba estas cualidades. (Compara 1 Tesalonicenses 1:3: “la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza”.) Lo que hagamos para el Señor es importante, *¡pero también por qué lo hacemos!*

¿Que es “primer amor”? Es la devoción a Cristo que tan a menudo caracteriza al nuevo creyente: ferviente, personal, sin inhibiciones, entusiasta, y que lo exhibe abiertamente. Es el amor de luna de miel del esposo y la esposa (Jeremías 2:1–2). En tanto que es cierto que el amor maduro de los casados se profundiza y es más rico, también es cierto que no debe perderse el entusiasmo y asombro de esos días de luna de miel. Cuando el esposo y la esposa empiezan a darse por sentado uno al otro, y la vida se vuelve rutina, allí es cuando el matrimonio corre peligro.

Simplemente piensa: es posible servir, sacrificarse y sufrir *por su nombre* ¡y con todo no amar de verdad a Jesucristo! Los creyentes efesios estaban tan atareados manteniendo su separación que descuidaban la adoración. El trabajo no es sustituto para el amor; y tampoco la pureza es un sustituto de la pasión. La iglesia debe tener ambas cosas para agradar al Señor Jesucristo.

Al leer la epístola de Pablo a los efesios descubrirás por lo menos veinte referencias al *amor*. Descubrirás que Pablo recalcó la posición exaltada del creyente “en Cristo... en los lugares celestiales”. Pero la iglesia de Éfeso había caído y no estaba viviendo a la altura de su posición celestial en Cristo (Apocalipsis 2:5). Es sólo cuando amamos a Cristo fervientemente que podemos servirle fielmente. Nuestro amor por él debe ser puro (Efesios 6:24).

**Amonestación** (vs. 5–7). El “primer amor” puede ser restaurado si seguimos las tres instrucciones que Cristo dio. Primero debemos *recordar* (literalmente *mantenerse recordando*) lo que hemos perdido y cultivar un deseo de recuperar de nuevo esa comunión íntima. Luego debemos *arrepentirnos*, o sea, cambiar de parecer, y confesar al Señor nuestros pecados (1 Juan 1:9). Tercero, debemos *volver a hacer las primeras obras*, lo que sugiere restaurar el compañerismo original que nuestro pecado y descuido rompió. Para el creyente, esto significa oración, lectura bíblica y meditación, servicio obediente y adoración.

A pesar de los privilegios que había disfrutado, ¡la iglesia de Éfeso estaba en peligro de perder su luz! La iglesia que pierde su amor pronto perderá su luz, por doctrinalmente sólida que pueda ser. “Vendré” (Apocalipsis 2:5) no es referencia al retorno del Señor, sino a su juicio que vendría *entonces y allí*. La gloriosa ciudad de Éfeso no es hoy nada más que un montón de piedras, y ninguna luz brilla allí.

Apocalipsis 2:7 indica con claridad que los creyentes como individuos dentro de la iglesia pueden ser fieles al Señor, sin que importe lo que otros hagan. En estos siete mensajes los “vencedores” no son una “élite espiritual”, sino más bien los verdaderos creyentes cuya fe les ha dado la victoria (1 Juan 5:4–5). Al hombre pecador se le prohibió el árbol de la vida (Génesis 3:22–24), pero en Cristo tenemos vida eterna en abundancia (Juan 3:16; 10:10). Disfrutamos de esta bendición ahora, y la disfrutaremos en mayor medida en la eternidad (Apocalipsis 22:1–5).

La iglesia de Éfeso fue una “iglesia descuidada”, formada de creyentes descuidados que descuidaron su amor a Cristo. ¿Somos culpables del mismo descuido?

### **Esmirna, la iglesia coronada (Apocalipsis 2:8–11)**

El nombre “Esmirna” significa *amarga* y se relaciona a la palabra mirra. La ciudad sigue siendo una comunidad que funciona hoy y se la llama Izmir. La

asamblea de Esmirna fue perseguida por la fe, lo que explica por qué el Señor hace énfasis en su muerte y resurrección al empezar su mensaje. Sin que importe lo que el pueblo de Dios haya experimentado, su Señor se identifica con ellos.

**Aprobación** (v. 9). ¡Para la iglesia de Esmirna las cosas no eran fáciles! Los miembros estaban siendo perseguidos, probablemente porque rehusaban hacer acomodos y decir: “César es Señor”. Esmirna era un centro importante del culto imperial romano, y todo el que rehusaba reconocer al César como su señor con certeza quedaba excluido de los gremios. Esto significaba desempleo y pobreza. La palabra que aquí se usa para “pobreza” quiere decir *pobreza abyecta, no tener absolutamente nada*.

Una numerosa comunidad judía también prosperaba en Esmirna. Los judíos, por supuesto, no tenían que apoyar el culto imperial puesto que Roma aceptaba su religión; pero con certeza no cooperarían con la fe cristiana. Así que, tanto de judíos y gentiles, los cristianos en Esmirna recibían difamación y sufrimiento.

¡Pero eran ricos! Vivían para los valores eternos que nunca cambiarían, riquezas que nunca les serían quitadas. “Como pobres, mas enriqueciendo a muchos” (2 Corintios 6:10; 8:9). Es más, su sufrimiento por Cristo sólo aumentaba sus riquezas.

Nuestra lucha no es contra sangre y carne, sino contra el enemigo, Satanás, quien usa a las personas para realizar sus propósitos. La sinagoga judía era en realidad una sinagoga de Satanás. El verdadero judío no lo es por razones físicas o raciales, sino por razones espirituales (Romanos 2:17–29). Todo grupo religioso, judío o gentil, que no reconoce a Jesucristo como el Hijo de Dios, por cierto está actuando al contrario de la voluntad de Dios.

**Amonestación** (vs. 10–11). ¡No se dan palabras de acusación a la congregación de Esmirna! Tal vez no hayan disfrutado de la aprobación de los hombres, pero por cierto recibieron la alabanza de Dios. Sin embargo, el Señor sí les da solemnes palabras de amonestación al enfrentar ellos un incremento en el sufrimiento: “¡No teman!”.

Les aseguró que él sabía los planes del diablo, y tenía control completo de la situación. Algunos de los creyentes serían echados en la cárcel y juzgados como traidores a Roma. Sin embargo su tribulación no sería larga; en la Biblia “diez días” significa *un breve tiempo* (Génesis 24:55; Hechos 25:6). Lo importante es la fidelidad, seguir siendo fiel a Cristo sin que importe lo que el gobierno amenaza hacer.

La “corona de la vida” es la corona del vencedor que se concedía en los juegos atléticos anuales. Esmirna era una participante clave en los juegos, así que esta promesa sería especialmente significativa para los creyentes que vivían allí. El Señor reforzó la promesa dada por Santiago (Santiago 1:12) y les aseguró a su pueblo que no debían temer nada. Debido a que habían confiado en él, eran vencedores —vencedores en la carrera de la fe (Hebreos 2:1–3)— y, como vencedores, no tenían nada que temer. Incluso si morían como mártires, serían escoltados a la gloria, ¡llevando coronas! Nunca tendrían que enfrentar el horroroso juicio de la segunda muerte, que es el lago de fuego (Apocalipsis 20:14; 21:8).

Cuesta ser un creyente dedicado, en algunos lugares más que en otros. Conforme las presiones de los tiempos del fin aumentan, la persecución también

aumentará; y el pueblo de Dios debe estar listo (1 Pedro 4:12 en adelante). El mundo tal vez nos llame “cristianos pobres”, ¡pero a la vista de Dios somos ricos!

### **Pérgamo, la iglesia acomodaticia (Apocalipsis 2:12–17)**

Llamada “la más grande ciudad de Asia Menor”, Pérgamo tuvo el primer templo dedicado al César y era ferviente promotora del culto imperial. Probablemente esto es lo que quiere decir “el trono de Satanás” en Apocalipsis 2:13. La ciudad también tenía un templo dedicado a Esculapio, el dios de la sanidad, cuya insignia era una serpiente enroscada en una vara. (Este es todavía un símbolo médico hoy.) A Satanás, por supuesto, de igual manera se le simboliza como serpiente (2 Corintios 11:3; Apocalipsis 12:9; 20:2).

**Aprobación** (v. 13). Como sus hermanos y hermanas de Esmirna, los creyentes de Pérgamo habían sufrido persecución, y uno de sus hombres había muerto por la fe. A pesar de intenso sufrimiento, esta iglesia había permanecido fiel a Dios. Rehusaban echar incienso en el altar y decir: “César es Señor”. La descripción que el Señor da de sí mismo “El que tiene la espada aguda de dos filos”, (Apocalipsis 2:12) con certeza estimularía al pueblo, porque la espada también era símbolo del procónsul romano. Era más importante que la iglesia temiera la espada de Cristo que la espada de Roma (Apocalipsis 2:16).

**Acusación** (vs. 14–15). A pesar de su posición valiente contra la persecución, los creyentes de Pérgamo no estaban sin defecto delante del Señor. Satanás no había podido destruirlos atacándolos como león rugiente (1 Pedro 5:8), pero estaba ganando terreno como serpiente engañadora. Un grupo de personas acomodaticias se había infiltrado en el compañerismo de la iglesia, y Jesucristo detestaba sus doctrinas y prácticas.

A estos infiltrados se les llama “nicolaítas”, a quienes ya habíamos visto en Éfeso (Apocalipsis 2:6). El nombre quiere decir *gobernar a la gente*. A lo que enseñaban se le dice “la doctrina de Balaam” (Apocalipsis 2:14). El nombre hebreo “Balaam” también quiere decir *señor del pueblo* y probablemente es sinónimo de nicolaítas. Tristemente, estos creyentes profesantes se *enseñoreaban* sobre la gente y los hacían descarriarse.

El comprender el relato de Balaam nos ayuda a interpretar con mayor precisión a este insidioso grupo. (Ve Números 22–25.) Balaam fue un profeta verdadero que prostituyó sus dones a fin de ganar dinero del rey Balac, quien le contrató para que maldijera al pueblo de Israel. Dios impidió que Balaam maldijera en realidad a la nación —es más, ¡Dios convirtió las maldiciones en bendiciones!— pero a Balac le valió todo lo que le costó. ¿Cómo? Siguiendo el consejo de Balaam, y haciendo amistad con Israel, y entonces invitando a los judíos para que adoraran y participaran en las fiestas en los altares paganos. “¡Si no puedes derrotarlos, únete a ellos!”

Los hombres judíos se cayeron redondos en la trampa y muchos de ellos se convirtieron en “buenos vecinos”. Comían carne de los altares idólatras y cometían fornicación como parte de los ritos religiosos de los paganos. Veinticuatro mil personas murieron debido a este acto desobediente de acomodo (Números 25:1–9).

¿Por qué este fragmento de historia antigua se aplica a los creyentes de Pérgamo? Porque un grupo en esa iglesia decía: “No hay nada de malo en entablar amistad con Roma. ¿Qué hay de malo en poner una pulgarada de incienso en el altar y afirmar lealtad al César?” Antipas rehusó hacer el acomodo y murió como mártir; pero otros tomaron “el camino fácil” y cooperaban con Roma.

Es improbable que las “cosas sacrificadas a los ídolos” sea el mismo problema con el que Pablo trató en 1 Corintios 8 y 10. La acusación aquí no deja espacio para selección personal, como lo dejó Pablo. El Señor acusó a los creyentes de Pérgamo de pecar, de cometer “fornicación espiritual” diciendo: “César es Señor”. Por supuesto, este acomodo les daba la bienvenida en los gremios romanos y los protegía de la persecución de parte de Roma, pero les costaba su testimonio y su corona.

Los creyentes hoy también enfrentan la tentación de procurar avance personal mediante acomodos impíos. El nombre “Pérgamo” quiere decir *casado*, recordándonos que cada iglesia local está “desposada con Cristo” y debe mantenerse pura (2 Corintios 11:1–4). Veremos más adelante en Apocalipsis que a este sistema del mundo presente se la describe como una prostituta vil, mientras que a la iglesia se la presenta como una esposa pura. La congregación o el creyente individual que hace acomodos con el mundo sólo para evadir el sufrimiento o lograr éxito está cometiendo “adulterio espiritual” y siendo infiel al Señor.

**Amonestación** (vs. 16–17). Antipas había sentido la espada de Roma, pero la iglesia de Pérgamo sentiría la espada de Cristo —la Palabra (Hebreos 4:12)— si no se arrepentía. Esto no es una referencia al retorno de nuestro Señor sino a un castigo presente que viene a una iglesia cuando es desobediente a la Palabra de Dios. El Señor se había presentado como “El que tiene la espada aguda de dos filos” (Apocalipsis 2:12), así que la iglesia no podía haber ignorado su peligro.

Como con las iglesias anteriores, el llamado de clausura es *al individuo*: “*El que tiene oído,...* *Al que venciere*” (Apocalipsis 2:17, cursivas añadidas). Dios dio maná a los israelitas como comida durante sus viajes en el desierto, y un cántaro de maná fue colocado en el arca del pacto (Éxodo 16:32–36; Hebreos 9:4). En lugar de comer “cosas sacrificadas a los ídolos” (Apocalipsis 2:14), los creyentes de Pérgamo necesitaban banquetearse en el alimento santo de Dios, el pan de vida que se halla en Jesucristo mediante la Palabra (Mateo 4:4; Juan 6:32 en adelante). El arca del pacto era el trono de Dios (2 Samuel 6:2; Salmo 80:1; Isaías 37:16), en contraste con el trono de Satanás que tenía la autoridad en Pérgamo (Apocalipsis 2:13).

En aquellos días el juez ponía una piedra blanca en un recipiente para dar su voto por la absolución de una persona en un juicio. También se usaba como “boleto” para entrar en un banquete. Ambos con certeza se aplicarían al creyente en un sentido espiritual: ha sido declarado justo por fe en Cristo, y participa en el banquete con Cristo hoy (Apocalipsis 3:20) y estará en el banquete con él en gloria (Apocalipsis 19:6–9).

**Tiatira, la iglesia corrupta** (Apocalipsis 2:18–29)

El mensaje más largo ¡fue enviado a la iglesia de la ciudad más pequeña! Tiatira era una población militar tanto como un centro comercial con muchos gremios comerciales. Donde quiera que había gremios, la idolatría e inmoralidad —los dos grandes enemigos de la iglesia inicial— casi siempre también estaban presentes.

La ciudad se jactaba de un templo especial a Apolo, el “dios del sol”, lo que explica por qué el Señor se presenta como el “Hijo de Dios” (la única ocasión en Apocalipsis en que se usa este título). Juan tenía que presentar un mensaje de severa advertencia y juicio a esta congregación, lo que explica la descripción de los ojos y los pies del Señor.

**Aprobación** (v. 19). ¡Los creyentes de Tiatira estaban muy atareados! Participaban en el ministerio de sacrificios por otros. Lo que es más, sus obras estaban aumentando y se caracterizaban por fe, amor y paciencia; así que la iglesia no era culpable de mera “actividad religiosa”.

**Acusación** (vs. 20–23). Ay, el Señor halló mucho que exponer y condenar en la asamblea de Tiatira. Ninguna cantidad de obras de amor y de sacrificio puede compensar por la tolerancia del mal. La iglesia estaba permitiendo que una falsa profetisa influyera en las personas y las llevara a los acomodos. No es probable que esta mujer en realidad se llamara “Jezabel”, puesto que un nombre tan infame no se le habría puesto a una hija. El nombre es simbólico: Jezabel fue la reina idólatra que sedujo a Israel para que añadiera la adoración a Baal a sus ceremonias religiosas. (Ve 1 Reyes 16–19.) La enseñanza seductora de Jezabel era similar a la “doctrina de Balaam” que el Señor condenó en la iglesia de Pérgamo (Apocalipsis 2:14). Ella enseñaba a los creyentes cómo hacer acomodos con la religión de Roma y las prácticas de los gremios, de modo que los creyentes no perdieran sus empleos o su vida.

Es interesante constatar a las iglesias de Éfeso y Tiatira. La iglesia de Éfeso estaba debilitándose en su amor, y sin embargo era fiel para juzgar a los falsos maestros; en tanto que la gente de la asamblea de Tiatira estaba creciendo en su amor, pero era demasiado tolerante de la falsa doctrina. En la iglesia se debe evitar ambos extremos. Hablar “siguiendo la verdad en amor” es el equilibrio bíblico (Efesios 4:15). Dios detesta tanto la ortodoxia sin amor como el acomodo por amor.

No sólo que la iglesia de Tiatira toleraba el mal, sino que se enorgullecía y no estaba dispuesta a arrepentirse. El Señor le dio a la falsa profetisa tiempo para que se arrepintiera y sin embargo ella rehusó. Ahora él les da a sus seguidores oportunidad para que se arrepientan. Sus ojos de fuego habían escudriñado sus pensamientos y motivos, y el Señor nunca se equivoca.

Es más, el Señor amenazó usar a esta asamblea como solemne ejemplo para “todas las iglesias” a que no toleraran el mal. ¡Jezabel y sus hijos (seguidores) serían sentenciados a tribulación y muerte! A la idolatría y a los acomodos se les pinta en la Biblia como fornicación e infidelidad a los votos matrimoniales (Jeremías 3:6 en adelante; Oseas 9:1 en adelante). ¡La cama de pecado de Jezabel se convertiría en cama de enfermedad! “Herir de muerte” quiere decir *herir con pestilencia*. Dios juzgaría a la falsa profetisa y a sus seguidores de una vez por todas.

**Amonestación** (vs. 24–29). No todos los que pertenecían a la asamblea eran infieles al Señor, y él tenía una palabra especial para ellos. Se habían separado de la falsa doctrina y las prácticas acomodaticias de Jezabel y sus seguidores, las cuales Cristo denuncia como “las profundidades de Satanás” (nota el contraste en 1 Corintios 2:10). El Señor no tenía demandas especiales que hacer; simplemente quería que se aferraran a su resistencia al mal. “Hasta que yo venga” se refiere al retorno de Cristo por su pueblo, el tiempo en que los recompensará por su fidelidad (ve Apocalipsis 3:3; 16:15; 22:7, 17, 20). Esta es la primera mención en Apocalipsis de la venida del Señor por la iglesia, evento que comúnmente se llama el arrebatamiento (ve 1 Tesalonicenses 4:13–18). En contraste, la referencia en Apocalipsis 1:7 es al retorno de Cristo a la tierra en juicio, para derrotar a sus enemigos y establecer su reino (ve Apocalipsis 19:11 en adelante).

A los creyentes en Tiatira se les promete autoridad sobre las naciones, lo que probablemente se refiere al hecho de que el pueblo de Dios vivirá y reinará con Cristo (ve Apocalipsis 20:4). Cuando el Señor establezca su reino en la tierra, será un reino de justicia perfecta. Él gobernará con vara de hierro (Salmo 2:8–9). ¡Los rebeldes serán como vasijas de barro, ¡que fácilmente se reducen a pedazos!

Jesucristo es “la estrella resplandeciente de la mañana” (Apocalipsis 22:16). La promesa de Apocalipsis 2:28 sugiere que el pueblo de Dios se identifica tan íntimamente con Cristo que él ¡les *pertenece*! Pero tal vez también hay aquí una alusión a Satanás, que quería el reino para sí mismo y que le ofreció a Cristo los reinos del mundo si le adoraba sólo una vez (Mateo 4:8–11). En Isaías 14:12, a Satanás se le llama “Lucero”, que en hebreo quiere decir *brillo, estrella brillante*. Las personas acomodaticias de Tiatira estaban siguiendo “las profundidades de Satanás”, lo que les llevaba a la oscuridad y muerte. Los vencedores de Dios, por otro lado, ¡participarán del Lucero de la mañana!

Al revisar estos primeros cuatro mensajes a las iglesias, puedes ver los peligros que todavía existen para el pueblo de Dios. Como en Éfeso, podemos tener celo y ortodoxia, pero al mismo tiempo perder nuestra devoción a Cristo. O, como Tiatira, nuestro amor puede estar aumentando y sin embargo nos falta el tipo de discernimiento que es necesario para mantener pura a la iglesia (ve Filipenses 1:9–11). Como Pérgamo y Tiatira, podemos ser tan tolerantes del mal que entristecemos al Señor e invitamos su juicio.

¿Habríamos nosotros seleccionado a Esmirna como la más espiritual de las cuatro? Probablemente no, ¡y sin embargo el Señor lo hizo! Necesitamos recordar que no debemos juzgar al pueblo de Dios por normas erradas, porque sólo el Señor puede ver el corazón (ve 1 Corintios 4:5).

La exhortación de Dios a estas iglesias (excepto Esmirna) es: “¡Arrepiéntanse! ¡Cambien de parecer!” No son sólo los pecadores perdidos los que necesitan arrepentirse, sino también los creyentes desobedientes. Si no nos arrepentimos y le hacemos frente al pecado en nuestras vidas y en nuestras asambleas, el Señor puede juzgarnos y quitar nuestro candelero (Apocalipsis 2:5). ¡Qué trágico es cuando una iglesia local gradualmente abandona la fe y pierde su testimonio por Cristo!

“¡El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias!”

## Cristo y las Iglesias, parte 2

### Apocalipsis 3

Estamos todavía escuchando lo que el Espíritu Santo tiene que decir a las iglesias; porque estos mensajes de Cristo pertenecen a nuestro día tanto como al primer siglo. Las iglesias son personas, y la naturaleza humana no ha cambiado. Así que, al continuar nuestro estudio, no debemos mirar a estas cartas como reliquias antiguas; por el contrario, ¡son espejos en los cuales debemos vernos nosotros mismos!

#### **Sardis, la iglesia débil** (Apocalipsis 3:1–6)

La antigua Sardis, capital de Lidia, era una ciudad muy importante. Se hallaba como a ochenta kilómetros al este de Éfeso, en la confluencia de cinco carreteras principales, así que era un centro de comercio. También era un centro militar, porque estaba en una meseta casi inaccesible. La acrópolis de Sardis estaba como a 500 metros por sobre las carreteras principales, y eso formaba una fortaleza impenetrable. La principal religión de la ciudad era la adoración de Artemisa, uno de los “cultos a la naturaleza” que se desarrollaron sobre la idea de la muerte y un nuevo nacimiento.

Sardis también era conocida por su manufactura de vestidos de lana, hecho que tiene que ver con el mensaje de Cristo a la iglesia. Triste es decirlo, pero la ciudad en ese tiempo era apenas una sombra de su esplendor anterior; y la iglesia, desdichadamente, se había vuelto como la ciudad y, estaba viva sólo de nombre.

El mensaje a Sardis es una advertencia para todas las “grandes iglesias” que viven en la gloria pasada. El Dr. Vance Havner frecuentemente nos ha recordado que los ministerios espirituales a menudo atraviesan cuatro etapas: un hombre, un movimiento, una máquina, y luego un monumento. Sardis estaba en la etapa de “monumento”, ¡pero todavía había esperanza!

Había esperanza porque Cristo era la Cabeza de la iglesia y él podía dar vida nueva. Él se describe a sí mismo como el que posee los siete espíritus y las siete estrellas. Hay sólo un Espíritu Santo (Efesios 4:4), pero el número siete demuestra plenitud y carácter de completo. El Espíritu Santo da vida a la iglesia, y vida es exactamente lo que necesitaba la gente de Sardis. El Espíritu séptuple de Dios se presenta como siete lámparas de fuego (Apocalipsis 4:5) y como siete ojos que lo ven todo (Apocalipsis 5:6).

Todos los programas de la iglesia que el hombre prepara nunca pueden traer vida, así como tampoco un circo puede resucitar un cadáver. La iglesia nació cuando el Espíritu de Dios descendió el día de Pentecostés (Hechos 2), y su vida viene del Espíritu. Cuando se entristece al Espíritu, la iglesia empieza a perder vida y poder. Cuando se confiesa el pecado y los miembros de la iglesia arreglan

cuentas con Dios y unos con otros, entonces el Espíritu infunde nueva vida: ¡avivamiento!

Cristo también controla las siete estrellas, los mensajeros de las iglesias (Apocalipsis 1:20), que más probablemente es una referencia a los pastores. A veces es culpa del pastor que una iglesia esté muriéndose, y el Señor de la iglesia debe quitar a la estrella y poner a otra en su lugar.

No hay palabras de elogio para los creyentes de Sardis. Tampoco el Señor señala ningún problema doctrinal que requiera corrección. Tampoco hay ninguna mención de oposición o persecución. A la iglesia tal vez le hubiera ido mejor si hubiera tenido algo de sufrimiento, porque se había vuelto cómoda y contenta, y estaba viviendo en su reputación pasada. Había reputación sin realidad, forma sin fuerza. Como la ciudad misma, la iglesia de Sardis se gloriaba en su esplendor pasado, pero ignoraba la decadencia presente.

Es más, ¡incluso lo que tenían estaba a punto de morir! ¿Por qué? Porque los creyentes se habían dormido. Dos veces en su larga historia la fortaleza de Sardis había sido capturada, y cada vez fue debido a que los centinelas no cumplieron su trabajo con fidelidad. Es cuando los dirigentes de la iglesia y los miembros se acostumbran a sus bendiciones y se vuelven complacientes en cuanto a su ministerio que el enemigo halla la manera de entrar.

La impresión es que la asamblea de Sardis no era agresiva en su testimonio a la ciudad. No había persecución porque no había invasión del territorio enemigo. ¡Nada de fricción por lo general significa que no hay movimiento! Los no salvados de Sardis veían a la iglesia como un grupo respetable de personas que no era ni peligroso ni deseable. Eran personas decentes con un testimonio moribundo y un ministerio en decadencia.

El consejo de nuestro Señor a la iglesia empieza con: “¡Sé vigilante!” ¡Despiértate! (ve Romanos 13:11 en adelante). ¡Los “centinelas” se habían quedado dormidos! El primer paso hacia la renovación en una iglesia moribunda es una consciencia honesta de que algo anda mal. Cuando un organismo está vivo hay crecimiento, reparación, reproducción y poder; si estos elementos faltan en alguna iglesia, entonces la iglesia o bien está muriéndose o ya está muerta.

El Señor advirtió a los santos de Éfeso que él vendría y quitaría su candelero si no se arrepentían (Apocalipsis 2:5). Advirtió a la iglesia de Pérgamo que él vendría y haría la guerra con la espada del Espíritu (Apocalipsis 2:16). Si los creyentes de Sardis no seguían sus órdenes, él vendría como ladrón, cuando menos lo esperaran; y esto significaría juicio.

Sin embargo, un remanente de personas dedicadas a menudo existe incluso en una iglesia moribunda. Los creyentes de Sardis tenían vida, aunque era débil. Estaban trabajando, aunque sus obras no eran todo lo que podían haber sido. El Señor los amonestó a fortalecer lo que quedaba y a no darse por vencidos porque la iglesia era débil. ¡Donde hay vida, hay esperanza!

¿Que era diferente en este remanente dedicado? No habían ensuciado sus vestidos (Apocalipsis 3:4). Hay alguna evidencia de la antigüedad que a los que venían a adorar en el templo no se les permitía acercarse a sus dioses y diosas llevando vestidos sucios. El remanente en la iglesia de Sardis no había hecho acomodos con la sociedad pagana que lo rodeaba, ni se había vuelto cómodo y

complaciente. Era este dedicado resto espiritual que tenía el futuro del ministerio de la iglesia.

“¡Despiértense! ¡Sean vigilantes! ¡Arrepiéntanse! ¡Recuerden la Palabra que han recibido y obedézcanla!” Esta es la fórmula para el avivamiento. Es bueno guardar nuestra herencia espiritual, pero no debemos embalsamarla. No basta ser fiel a la fe y tener una gran historia. La fe debe producir vida y obras.

La promesa de Apocalipsis 3:5 (“será vestido de vestiduras blancas”) habría sido especialmente significativa para personas que vivían en una ciudad en donde se fabricaban vestidos de lana. La afirmación en cuanto a los nombres siendo borrados también sería significativa para las personas del imperio romano, en donde la ciudadanía era de importancia vital (ve Hechos 22:24–30).

¿Hay aquí una advertencia de que el verdadero creyente puede perder la salvación? Opino que no. Parece que el “libro de la vida” de Dios contiene los nombres de todos los vivos, tanto malos como buenos (Salmo 69:28). Apocalipsis 13:8 y 17:8 sugieren que los nombres de los salvados están escritos en el libro desde la fundación del mundo; es decir, antes de que hubieran hecho algo bueno o malo. Por la gracia de Dios, habían sido escogidos en Cristo antes del comienzo del tiempo (Efesios 1:4; ve también Mateo 25:34).

Jesús les dijo a sus discípulos que se regocijaron porque sus nombres estaban “escritos en el cielo” (Lucas 10:20). El verbo griego está en tiempo perfecto, lo que se puede traducir como lo dice una versión ampliada: “sus nombres han sido escritos en el cielo y están en el registro permanente allí”. ¡No es probable que Jesús se contradijera en este asunto tan importante!

Si los nombres de los creyentes (los elegidos) están escritos desde la fundación del mundo, y si Dios sabe todas las cosas, ¿por qué iba a escribir el nombre de alguien que un día caería y él tendría que borrarlo del libro? Estamos inscritos en el cielo porque hemos nacido de nuevo (Hebreos 12:23), y por desobediente que pueda ser un hijo o hija, ese hijo o hija no puede ser “desnacido”.

Conforme mueren los no creyentes, sus nombres son borrados del libro; de este modo, en el juicio final, el libro contiene sólo nombres de los creyentes (Apocalipsis 20:12–15). Entonces llega a ser “el libro de la vida del Cordero” (Apocalipsis 21:27), porque sólo los salvados por el Señor Jesucristo tienen sus nombres en él. Todos los demás han sido borrados, algo que Dios nunca haría con un verdadero hijo de Dios (ve Éxodo 32:32; Romanos 9:3). Es un libro de *vida*, y los pecadores perdidos están *muertos* (Efesios 2:1).

La advertencia aquí es que no nos volvamos cómodos en nuestras iglesias, para que no nos hallemos muriendo lentamente. El estímulo es que ninguna iglesia está más allá de esperanza en tanto y en cuanto haya en ella un remanente, dispuesto a fortalecer las cosas que quedan.

### **Filadelfia, la iglesia fiel (Apocalipsis 3:7–13)**

Como muchos saben, “filadelfia” quiere decir *amor de los hermanos*. Por cierto, el amor fraternal es una característica importante del creyente. Hemos sido enseñados a amarnos unos a otros (ve 1 Tesalonicenses 4:9): por Dios el Padre (1 Juan 4:19), Dios el Hijo (Juan 13:34), y Dios el Espíritu (Romanos 5:5). Pero no

basta amar a Dios y a los demás creyentes; también debemos amar a un mundo perdido y procurar alcanzar a los no creyentes con las buenas nuevas de la cruz. Esta iglesia tenía una visión de alcanzar a un mundo perdido, y Dios puso delante de ellos una puerta abierta.

Filadelfia estaba situada en un lugar estratégico en la ruta principal del correo imperial de Roma hacia el este, y por consiguiente se le llamaba “la puerta al oriente”. También se le llamaba “pequeña Atenas” debido a los muchos templos en la ciudad. La iglesia con certeza se hallaba en un lugar de tremenda oportunidad.

El único problema serio con la ubicación era que la región era proclive a los terremotos. Filadelfia se hallaba sobre una falla geológica, y en el año 17 a. de C. fue destruida por un severo terremoto que también destruyó a Sardis y otras diez ciudades. Después, algunos de los ciudadanos rehusaron volver a la ciudad y se quedaron en las zonas rurales alrededor, que ellos llamaban “la tierra calcinada”. ¡No parece haber mucha seguridad en la ciudad del amor fraternal!

Jesucristo se presenta a la iglesia de Filadelfia como “el Santo”. Eso equivale a declarar que es Dios, lo que, por supuesto, lo es. Jesucristo es santo en su carácter, sus palabras, sus acciones y sus propósitos. Como el Santo, está singularmente apartado de todo lo demás, y nada se puede comparar con él.

Pero también es el Verdadero; es decir, genuino. Él es el original, no una copia; el Dios auténtico y no uno fabricado. Había cientos de dioses y diosas falsos en esos días (1 Corintios 8:5–6), pero sólo Jesucristo puede legítimamente afirmar ser el Dios verdadero.

Vale la pena notar que cuando los mártires en el cielo se dirigían al Señor, le llamaron “santo y verdadero” (Apocalipsis 6:10). Su argumento era que, debido a que él es santo, tenía que juzgar el pecado, y porque era verdadero, tenía que vindicar a su pueblo que había sido perversamente asesinado.

No sólo que es Santo y Verdadero, sino que también tiene autoridad de abrir y cerrar puertas. El trasfondo de esta imagen es Isaías 22:15–25. Asiria había invadido a Judá (como Isaías había advertido), pero los dirigentes judíos confiaban en Egipto, y no en Dios, para que librara a la nación. Uno de los dirigentes traidores fue un hombre llamado Sebna, que había usado su cargo, no para el bien del pueblo, sino para su propia ganancia personal. Dios se cercioró de que Sebna fuera quitado del cargo y que un hombre fiel, Eliaquim, fuera puesto en su lugar y se le dieran las llaves de autoridad. Eliaquim fue un cuadro de Jesucristo, un administrador confiable de los asuntos del pueblo de Dios. Jesucristo también tiene las llaves del Hades y de la muerte (Apocalipsis 1:18).

En el Nuevo Testamento una “puerta abierta” habla de oportunidad para el ministerio (Hechos 14:27; 1 Corintios 16:9; 2 Corintios 2:12; Colosenses 4:3). Cristo es el Señor de la cosecha y Cabeza de la iglesia, y él es quien determina dónde y cuándo su pueblo debe servir (ve Hechos 16:6–10). Le dio a la iglesia de Filadelfia una gran oportunidad para el ministerio.

Pero, ¿podrían ellos aprovecharla? Había por lo menos dos obstáculos que superar, siendo el primero su propia falta de fuerza (Apocalipsis 3:8). Al parecer no era una iglesia grande ni fuerte; sin embargo, era fiel. Eran fieles a la Palabra de Dios y no tenían miedo de llevar su nombre. Apocalipsis 3:10 sugiere que habían soportado alguna prueba especial y habían demostrado ser fieles.

No es el tamaño o la fuerza de una iglesia lo que determina su ministerio, sino fe en el llamado y la orden del Señor. “Los mandamientos de Dios son las capacitaciones de Dios.” Si Jesucristo les dio una puerta abierta, ¡entonces él se encargaría de que pasaran por ella! Martín Lutero lo dice muy bien en uno de sus himnos:

Nuestro valor es nada aquí,  
Con él todo es perdido;  
Mas por nosotros pugnará  
De Dios el escogido.

El segundo obstáculo era la oposición de los judíos de la ciudad (Apocalipsis 3:9). Esto era en realidad la oposición de Satanás, porque no batallamos contra carne y sangre (Efesios 6:12). Estos pueden haber sido judíos según la carne, pero no eran “el verdadero Israel” en el sentido del Nuevo Testamento (Romanos 2:17–29). Los judíos por cierto tienen una gran herencia, pero eso no es garantía de salvación (Mateo 3:7–12; Juan 8:33 en adelante).

¿Cómo se oponían estos judíos a la iglesia de Filadelfia? Por un lado, excluyendo de su sinagoga a los creyentes judíos. Otra arma era probablemente la acusación falsa, porque de esta manera los judíos no creyentes a menudo atacaron a Pablo. Satanás es el acusador y utiliza incluso a personas religiosas para ayudarlo (Apocalipsis 12:10). No es fácil testificar de Cristo cuando los dirigentes de la comunidad están esparciendo mentiras en cuanto a uno. La iglesia de Esmirna enfrentaba la misma clase de oposición (Apocalipsis 2:9).

Los creyentes de Filadelfia estaban en una situación similar a la de Pablo cuando escribió 1 Corintios 16:9: ¡había a la vez oportunidades y obstáculos! La incredulidad ve los obstáculos, ¡pero la fe ve las oportunidades! Y puesto que el Señor tiene las llaves, ¡él tiene el control del resultado! Así que ¿qué tenemos que temer? Nadie puede cerrar las puertas en tanto y en cuanto él las mantenga abiertas. El temor, la incredulidad, y las demoras han hecho que la iglesia se pierda muchas oportunidades dadas por Dios.

El Salvador le dio tres promesas maravillosas y estimulantes a esta iglesia. Primero, él se encargaría de sus enemigos (Apocalipsis 3:9). ¡Un día estas personas tendrían que reconocer que los creyentes tenían razón! (Ve Isaías 60:14 y Filipenses 2:10–11.) Si nosotros atendemos la obra de Dios, él se encargará de nuestras batallas.

En segundo lugar, él los guardaría de la tribulación (Apocalipsis 3:10). Esto con certeza es una referencia al tiempo de la tribulación que Juan describe en Apocalipsis 6–19, “el tiempo de la angustia de Jacob”. No está hablando de alguna prueba local, porque incluye a “los que moran sobre la tierra”. (Ve Apocalipsis 6:10; 8:13; 11:10; 12:12; 13:8, 12, 14; 14:6; 17:2, 8.) La referencia inmediata sería a las persecuciones oficiales de parte de Roma que vendrían, pero la referencia última es a la tribulación que abarcará toda la tierra antes de que Jesucristo retorne para establecer su reino. Según lo entienden muchos de los estudiosos de la Biblia, Apocalipsis 3:10 es una promesa de que la iglesia no atravesará la tribulación, sino que será llevada al cielo antes de que empiece (ve 1

Tesalonicenses 4:13–5:11). La amonestación: “He aquí, yo vengo pronto”, fortalece este punto de vista.

La tercera promesa a los creyentes de Filadelfia es que Dios los honraría (Apocalipsis 3:12). El simbolismo en este versículo sería especialmente significativo para personas que vivían en constante peligro de terremotos: la estabilidad de la columna, no necesitan salir o huir, y una ciudad celestial que nada puede destruir. Las ciudades antiguas con frecuencia honraban a grandes dirigentes erigiendo columnas con sus nombres inscritos en ellas. Las columnas de Dios no son hechas de piedra, porque no hay templo en la ciudad celestial (Apocalipsis 21:22). Sus columnas son los fieles que llevan su nombre para gloria del Señor (Gálatas 2:9).

En un sentido muy real la iglesia cristiana actual se parece a la iglesia de Filadelfia, porque Dios ha puesto delante de nosotros muchas puertas abiertas de oportunidad. Si él abre las puertas, nosotros debemos trabajar; si él las cierra, debemos esperar. Sobre todo, debemos ser fieles al Señor y ver las oportunidades, no los obstáculos. Si perdemos las oportunidades, perderemos nuestras recompensas (coronas), y esto significa avergonzarnos ante él cuando él venga (1 Juan 2:28).

### **Laodicea, la iglesia insensata (Apocalipsis 3:14–22)**

Como con algunas de las iglesias anteriores, el Señor adaptó sus palabras a algo significativo en cuanto a la ciudad en donde se hallaba la asamblea. En este caso, a Laodicea se la conocía por su riqueza y su fabricación de un ungüento especial para los ojos, así como también una brillante tela de lana negra. También estaba cerca de Hierópolis, en donde había famosas fuentes termales, y Colosas, conocida por su agua pura y fría.

El Señor se presentó como “el Amén”, que en el Antiguo Testamento es un título para Dios (ve Isaías 65:16, en donde la palabra “verdad” es la palabra hebrea “amén”). Él es la verdad y dice la verdad, porque es “el testigo fiel y verdadero” (Apocalipsis 3:14). El Señor está a punto de decirle a esta iglesia la verdad de su condición espiritual; desdichadamente, ellos no creerían su diagnóstico.

“¿Por qué es que los nuevos creyentes atizan problemas en la iglesia?” me preguntó un joven pastor una vez.

“Ellos no atizan problemas”, respondí; “los *revelan*. Los problemas siempre han estado allí, pero nos hemos acostumbrado a ellos. Los nuevos creyentes son como niños en casa: ¡dicen la verdad de las cosas!”

La iglesia de Laodicea estaba ciega a sus propias necesidades y no quería encarar la verdad. Sin embargo, la honradez es el principio de la verdadera bendición, conforme admitimos lo que somos, confesamos nuestros pecados y recibimos de Dios todo lo que necesitamos. Si queremos lo mejor de Dios para nuestras vidas e iglesias, debemos ser honrados con Dios y permitir que Dios sea franco con nosotros.

“El principio de la creación de Dios” (Apocalipsis 3:14) no quiere decir que Jesús fue creado, y en consecuencia no es Dios eterno. La palabra que se traduce “principio” quiere decir *fuentes*, *origen*. (Ve Juan 1:3 y Colosenses 1:15, 18.)

El Señor demostró cuatro aspectos de necesidad de la iglesia de Laodicea.

**Habían perdido su vigor** (vs. 16–17). En la vida cristiana hay tres temperaturas espirituales: un corazón ardiente, encendido por Dios (Lucas 24:32), un corazón frío (Mateo 24:12), y un corazón tibio (Apocalipsis 3:16). El creyente tibio se siente cómodo, complacido y no se da cuenta de su necesidad. Si fuera frío, ¡por lo menos lo sentiría! Tanto el agua fría de Colosas como el agua caliente de Hierópolis estarían tibias para cuando se las llevaba por acueductos a Laodicea.

Como creyentes en Jesucristo, tenemos toda razón para ser “fervientes en espíritu” (Romanos 12:11). La oración ferviente también es esencial (Colosenses 4:12). Fue cuando los discípulos de Emaús escucharon la Palabra que su corazón empezó a arder. Con razón Pablo ordenó que su carta a Colosas ¡se la enviara a la iglesia de Laodicea! (Colosenses 4:16).

Disfrutamos de una bebida que sea caliente o fría, pero lo tibio es insípido y repugnante. Por eso la mesera continúa añadiendo café caliente o té helado frescos a nuestras tasas y vasos. La segunda ley de termodinámica requiere que un *sistema cerrado* a la larga se modere de modo que ya no se produzca más energía. A menos que se añada algo desde afuera, el sistema decae y muere. Sin combustible añadido, el agua caliente en el calentador se enfría; sin electricidad, el refrigerante en el refrigerador se calienta.

La iglesia no puede ser un sistema cerrado. Jesús dijo: “separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5). La iglesia de Laodicea era independiente, auto satisfecha y se sentía segura. “De ninguna cosa tengo necesidad”; pero mientras tanto su poder espiritual había estado decayendo; su riqueza material y sus estadísticas relucientes no eran sino mortajas que ocultaban un cadáver putrefacto. Su Señor estaba *afuera de la iglesia*, tratando de entrar (Apocalipsis 3:20).

**Habían perdido sus valores** (vs. 17–18a). La iglesia de Esmirna pensaba que era pobre, cuando en realidad era rica (Apocalipsis 2:9); los de Laodicea se jactaban de ser ricos, cuando en realidad eran pobres. Tal vez aquí tenemos un indicio de por qué esta iglesia declinó espiritualmente: se enorgullecían de su ministerio y habían empezado a medir las cosas por normas humanas en lugar de por valores espirituales. Eran, a los ojos del Señor, “desventurados, miserables, pobres”.

Laodicea era una ciudad rica y un centro bancario. Tal vez algo del espíritu del mercado de trabajo se introdujo en la iglesia de modo que sus valores se torcieron. ¿Por qué es que tantos boletines de iglesias y papeles membretados muestran fotografías de *edificios*? ¿Son éstas las cosas que son más importantes para nosotros? La junta de la iglesia de Laodicea con orgullo podía mostrarte el más reciente informe anual con sus impresionantes estadísticas; ¡y sin embargo Jesús dijo que estaba a punto de vomitarlos de su boca!

¿La solución? Pagar el precio para conseguir verdadero “oro refinado en fuego”. Esto sugiere que la iglesia necesitaba algo de persecución. Estaba demasiado cómoda (1 Pedro 1:7). ¡Nada hace que el pueblo de Dios examine sus prioridades más rápidamente que el sufrimiento!

**Habían perdido su visión** (v. 18b). Los de Laodicea estaban “ciegos”. No podían ver la realidad. Estaban viviendo en un paraíso de necios, orgullosos de

una iglesia que estaba a punto de ser rechazada. El apóstol Pedro enseña que cuando el creyente no está creciendo en el Señor, tiene afectada su visión espiritual (2 Pedro 1:5–9). La dieta afecta la condición de los ojos de uno, en un sentido espiritual tanto como físico.

Estas personas no podían verse a sí mismas como en realidad eran. Tampoco podían ver a su Señor que estaba afuera de la puerta de la iglesia. Tampoco podían ver las puertas abiertas de oportunidad. Estaban tan dedicadas a edificar su propio reino que se habían entibiado en su preocupación por un mundo perdido.

¿La solución? ¡Aplicar el colirio celestial! La ciudad de Laodicea era conocida por su colirio, pero el remedio que los santos necesitaban no estaba disponible en la botica. El ojo es una de las áreas más sensibles del cuerpo, y sólo el Gran Médico puede operarlo y hacerlo lo que debe ser. Como lo hizo con el ciego cuyo relato se nos da en Juan 9, ¡él incluso puede irritar antes de iluminar! Pero debemos someternos a su tratamiento, y entonces mantener buenos *hábitos de salud* espiritual de modo que nuestra visión se haga más aguda.

***Habían perdido su vestido*** (vs. 17–22). Como el emperador del cuento de Hans Cristian Andersen, estos creyentes pensaban que estaban vestidos de esplendor ¡cuando en realidad estaban desnudos! Estar desnudo quiere decir estar derrotado y humillado (2 Samuel 10:4; Isaías 20:1–4). Los de Laodicea podían ir al mercado y comprar ropa fina de lana, pero eso no atendería su verdadera necesidad. Necesitaban los vestidos blancos de la justicia y gracia de Dios. De acuerdo con Apocalipsis 19:8 debemos vestarnos “de lino fino, limpio y resplandeciente”, y esto simboliza “las acciones justas de los santos”. La salvación quiere decir que Dios nos *atribuye* la justicia de Cristo, la pone a nuestra cuenta; pero santificación quiere decir que Dios nos *imparte* su justicia, la hace una parte de nuestro carácter y conducta.

No hay ningún elogio divino para esta iglesia. Por supuesto, ¡los de Laodicea estaban muy atareados elogiándose a sí mismos! Pensaban que estaban glorificando a Dios, cuando en realidad eran una vergüenza para su nombre tanto como si estuvieran andando desnudos.

El Señor concluyó esta carta con tres afirmaciones especiales:

Primero, *una explicación*: “Yo reprendo y castigo a todos los que amo” (Apocalipsis 3:19a). Él todavía amaba a estos santos tibios, aunque el amor de ellos por él se había enfriado. Él planeaba castigarlos como prueba de su amor (Proverbios 3:11–12; Hebreos 12:5–6). Dios permite que las iglesias atraviesen tiempos de prueba para que puedan llegar a ser lo que él quiere que sean.

Segundo, *una explicación*: “Sé, pues, celoso, y arrepíentete” (Apocalipsis 3:19b). La iglesia de Laodicea tenía que arrepentirse de su orgullo y humillarse ante el Señor. Tenían que avivar “el fuego del don de Dios” (2 Timoteo 1:6), y cultivar un corazón ardiente.

Finalmente, *una invitación* (Apocalipsis 3:20–22). A menudo usamos estos versículos para conducir a los perdidos a Cristo, pero la aplicación básica es al creyente. ¡El Señor estaba afuera de la iglesia de Laodicea! Él le habló al individuo —“si alguno”— y no a toda la congregación. Su apelación fue a un pequeño remanente en Sardis (Apocalipsis 3:4–5) y ahora su apelación es al individuo. Dios

puede hacer grandes cosas en una iglesia, incluso por medio de un individuo dedicado.

Cristo no estaba impaciente. *Yo he tomado mi posición* es el sentido del verbo. Él “llama” mediante las circunstancias y llama mediante su Palabra. ¿Qué es lo que pide? Compañerismo y comunión, el deseo de las personas de permanecer en él. Los de Laodicea eran una iglesia independiente y no tenían necesidad de nada, pero no estaban permaneciendo en Cristo y derivando su poder de él. Tenían un “programa exitoso” pero no era el fruto que viene de permanecer en Cristo (Juan 15:1–8).

Nota que cuando le invitamos, ¡el salón del banquete se vuelve salón del trono! Es por la comunión con Cristo que hallamos victoria y llegamos a ser en realidad vencedores.

Las cartas a las siete iglesias son las radiografías de Dios, que se nos dan para que podamos examinar nuestras propias vidas y ministerios. El juicio va a venir a este mundo, pero primero empieza en la casa de Dios (1 Pedro 4:17). En estas cartas hallamos estímulo tanto como reprensión.

Que el Señor nos ayude a oír lo que el Espíritu le está diciendo *hoy* a la iglesia, ¡y a los individuos en las iglesias!

## 4

### ¡Vengan, Adorémosle!

#### Apocalipsis 4–5

La verdadera adoración es tal vez una de las mayores necesidades en nuestras vidas individuales y en nuestras iglesias. Hay un énfasis constante hoy en testificar por Cristo y trabajar por Cristo, pero no se dice lo suficiente en cuanto a adorarlo. Adorar quiere decir *asignar honor* (ve Apocalipsis 4:11; 5:12). Quiere decir usar todo lo que somos y tenemos para alabar a Dios por todo lo que él es y hace.

El cielo es un lugar de adoración, y el pueblo de Dios le adorará por toda la eternidad. ¡Tal vez sería bueno que empecemos a practicarlo ahora! Un estudio de Apocalipsis 4–5 con certeza nos ayudará a entender mejor cómo adorar a Dios y darle la gloria que se merece.

Si Apocalipsis 1:19 es el bosquejo inspirado que Dios da de este libro, entonces Apocalipsis 4 nos lleva a la tercera división: “las cosas que han de ser después de estas”. Es más, eso es exactamente lo que Dios le dijo a Juan cuando lo citó al cielo. Parece que, en esa experiencia, Juan ilustra lo que le sucederá al pueblo de Dios cuando la edad de la iglesia llegue a su término: el cielo se abrirá; habrá una voz y se tocará una trompeta, y los santos serán arrebatados al cielo (1

Corintios 15:52; 1 Tesalonicenses 4:13–18). Entonces puede empezar el juicio de Dios sobre esta tierra.

Pero antes de que Dios derrame su ira, él nos da una vislumbre de la gloria y nos permite oír a las criaturas que adoran en el cielo mientras alaban a Dios. Dos aspectos de su adoración se presentan para nuestra instrucción y para que los imitemos.

### **Adoran al Creador (Apocalipsis 4)**

La palabra clave en este capítulo es “trono”; se usa catorce veces. Es más, este es un término clave en todo el libro, y aparece cuarenta y seis veces. Sin que importe lo que pueda suceder en la tierra, Dios está en su trono y tiene control completo. Varios estudiosos interpretan Apocalipsis de maneras diferentes, pero todos concuerdan en que Juan está recalcando la gloria y soberanía de Dios. Qué estímulo sería eso para los santos sufrientes del día de Juan y de toda época de la historia.

Usando el trono como punto focal, podemos entender fácilmente el arreglo de este emocionante capítulo.

**En el trono: El Dios Todopoderoso** (vs. 2–3a). Este es Dios Padre, puesto que el Hijo se acerca al trono en Apocalipsis 5:6, y al Espíritu se le indica ante el trono en Apocalipsis 4:5. No hay manera posible en que las palabras humanas puedan describir cómo es Dios en su esencia. Juan sólo puede usar comparaciones. Jaspe es una gema clara (ve Apocalipsis 21:11) y la cornalina es roja. El Señor está vestido de luz, conforme al Salmo 104:2 y 1 Timoteo 6:16. Tanto el jaspe como la cornalina o piedra sárdica se hallaban en el pectoral del sumo sacerdote (Éxodo 28:17–21).

**Alrededor del trono: un arco iris** (v. 3b). Este arco iris era un círculo completo, y no meramente un arco, porque en el cielo todas las cosas son completas. El arco iris nos recuerda el pacto de Dios con Noé (Génesis 9:11–17), y es símbolo de la promesa divina de que nunca volvería a destruir la tierra con un diluvio. El pacto de Dios, como veremos, no fue sólo con Noé, sino con toda su creación.

El juicio está a punto de caer, pero el arco iris nos recuerda que Dios es misericordioso, incluso cuando juzga (Habacuc 3:2). Por lo general el arco iris aparece *después* de la tormenta; pero aquí lo vemos *antes* de la tempestad.

**Alrededor del trono: ancianos y seres vivientes** (vs. 3–4, 6–7). El arco iris estaba alrededor del trono en forma vertical, en tanto que estos seres celestiales están alrededor del trono en forma horizontal. Son, por así decirlo, la corte real.

¿Quiénes son estos veinticuatro ancianos sentados en tronos? Es improbable que sean ángeles, porque a los ángeles no se los cuenta (Hebreos 12:22), ni tienen coronas ni tronos. Además, en Apocalipsis 7:11 a los ancianos se los distingue de los ángeles (ve también Apocalipsis 5:8–11). Las coronas que llevan son las “coronas del vencedor” (la palabra griega *estéfanos*; ve Apocalipsis 2:10); y no tenemos evidencia de que los ángeles reciban recompensas.

Estos ancianos probablemente simbolizan al pueblo de Dios en el cielo, sentados en tronos y recompensados. Había veinticuatro grupos de sacerdotes en el templo del Antiguo Testamento (1 Crónicas 24:3, 5, 18; ve también Lucas 1:5–

9). El pueblo de Dios son “reyes y sacerdotes” (Apocalipsis 1:6), reinando y sirviendo con Cristo. Nota especialmente su alabanza (Apocalipsis 5:9–10). Cuando Daniel (Daniel 7:9) vio tronos colocados, estaban vacíos; pero cuando Juan los vio, estaban ocupados. Puesto que había doce tribus de Israel y doce apóstoles, tal vez el número veinticuatro simboliza la compleción del pueblo de Dios.

Los vestidos blancos y las palmas hablan de victoria (ve Apocalipsis 7:9). Estos son los “vencedores” que han vencido debido a su fe en Cristo (1 Juan 5:4–5).

También alrededor del trono Juan vio a cuatro “seres vivientes” que estaban más cerca de Dios que los ángeles y los ancianos. Se parecen a los querubines que vio el profeta Ezequiel (Ezequiel 1:4–14; 10:20–22), pero su alabanza (Apocalipsis 4:8) nos recuerda los serafines de Isaías 6. Pienso que estas criaturas especiales simbolizan la creación de Dios y se relacionan con el pacto de Dios con Noé (Génesis 9:8–17). Las caras de los seres vivientes son paralelas a la afirmación de Dios en Génesis 9:10: su pacto es con Noé (la cara del hombre), las aves (la cara del águila), el ganado (la cara del becerro), y las bestias de la tierra (la cara del león).

Estas criaturas significan la sabiduría de Dios (“llenos de ojos”) y proclaman la santidad de Dios. Son los recordatorios celestiales de que Dios tiene un pacto con su creación y que él gobierna desde su trono a la creación. La presencia del arco iris esmeralda fortalece más esta imagen, puesto que el arco iris fue dado como señal del pacto con la creación. Sin que importe lo terrible que sean los juicios que puedan caer sobre la tierra de Dios, él será fiel para guardar su Palabra. Los hombres puedan maldecir durante los juicios (Apocalipsis 16:9, 11, 21), pero la naturaleza le alabará y magnificará su santidad.

Los querubines descritos en Ezequiel 1 parecen tener una parte en la obra providencial de Dios en el mundo, puesto que se les describe como “rueda en medio de rueda”. Dios usa las fuerzas de la naturaleza para realizar su voluntad (Salmo 148), y toda la naturaleza le alaba y le agradece.

Algunos ven en las cuatro caras descritas (Apocalipsis 4:7) una ilustración del cuadro cuádruple de Cristo que se da en los relatos de los Evangelios. Mateo es el Evangelio real del Rey, ilustrado por el león. Marcos recalca el aspecto de siervo del ministerio del Señor (el becerro). Lucas presenta a Cristo como el compasivo Hijo del hombre. Juan magnifica la deidad de Cristo, el Hijo de Dios (el águila).

Por último, el nombre que usan estas criaturas: “Señor Dios Todopoderoso”, hace énfasis en el poder de Dios. Como se mencionó en el capítulo 1, el nombre *Todopoderoso* se usa nueve veces en Apocalipsis. El único otro uso en el Nuevo Testamento es 2 Corintios 6:18, pero se halla doce veces en el libro de Job, mas las diecinueve veces que se le llama Omnipotente en dicho libro, el cual magnifica el poder de Dios en la naturaleza.

**Saliendo del trono: señales de tempestad** (v. 5a). “Y del trono salían relámpagos y truenos y voces.” Estas son indicaciones de una tempestad que se avecina y recordatorios del asombroso poder de Dios (ve Éxodo 9:23, 28; 19:16). Estas “señales de tormenta” se repetirán durante el tiempo del juicio, siempre procediendo del trono y del templo de Dios (Apocalipsis 8:5; 11:19; 16:18). Dios en verdad ha preparado su trono para el juicio (Salmo 9:7; nota también 77:18).

A nuestro mundo no le gusta pensar de Dios como un Dios de juicio. Prefiere mirar el arco iris alrededor del trono e ignorar los relámpagos y truenos que salen del trono. Dios por cierto es un Dios de gracia, pero su gracia reina *mediante la justicia* (Romanos 5:21). Esto quedó claro en la cruz, en donde Dios manifestó tanto su amor para los pecadores como su ira contra el pecado.

***Delante del trono: lámparas y un mar*** (vs. 5b–6a). Las siete lámparas connotan compleción y simbolizan al Espíritu Santo de Dios (Apocalipsis 1:4; nota también Ezequiel 1:13). Juan también parece sugerir en Apocalipsis que el “santuario celestial” sigue el patrón del tabernáculo y templo terrenales (Hebreos 9:23). El paralelo es como sigue:

| <b><i>Templo terrenal</i></b>     | <b><i>Santuario celestial</i></b>          |
|-----------------------------------|--------------------------------------------|
| Lugar Santísimo                   | El trono de Dios                           |
| Candelero de siete brazos         | Siete lámparas de fuego delante del trono  |
| Fuente de bronce para lavar       | Mar de vidrio                              |
| Querubines sobre el propiciatorio | Cuatro seres vivientes alrededor del trono |
| Sacerdotes                        | Ancianos (reyes y sacerdotes)              |
| Altar de bronce                   | Altar (6:9–11)                             |
| Altar del incienso                | Altar del incienso (8:3–5)                 |
| Arca del pacto                    | Arca del pacto (11:19)                     |

No hay templo en el cielo en un sentido material. Todo el cielo es el santuario de Dios para los que sirven delante de su trono santo (Apocalipsis 7:15). Sin embargo, Juan indica en Apocalipsis 15:5–8 que hay un “santuario” especial de Dios (nota también Apocalipsis 11:19). En el estado eterno, no habrá templo (Apocalipsis 21:22).

Un mar de vidrio puro simboliza la santidad de Dios, y el fuego mezclado habla de su santo juicio. La “expansión” de cristal en la visión de Ezequiel también viene a la mente (Ezequiel 1:22); era el cimiento del trono de Dios. Encontraremos de nuevo a este “mar de vidrio” en Apocalipsis 15, en donde está conectado con la victoria de Israel sobre Egipto.

***Alabanza al que está en el trono*** (vs. 9–11). Siempre que los seres vivientes glorifican a Dios, los ancianos se postran ante el trono y alaban a Dios. El libro de Apocalipsis está lleno de himnos de alabanza (Apocalipsis 4:8, 11; 5:9–13; 7:12–17; 11:15–18; 12:10–12; 15:3–4; 16:5–7; 18:2–8; 19:2–6). El énfasis en la alabanza es significativo cuando se recuerda que Juan escribió este libro para animar a personas que estaban atravesando sufrimiento y persecución.

El tema de este himno es *Dios el Creador*, en tanto que en Apocalipsis 5 los ancianos alaban a *Dios el Redentor*. La alabanza en Apocalipsis 4 es dada al Padre en el trono, en tanto que en Apocalipsis 5 se dirige al Hijo (el Cordero) delante del trono. El himno de clausura (Apocalipsis 5:13) se expresa a ambos, que es otra prueba de la deidad de Cristo.

Si los veinticuatro ancianos tipifican al pueblo de Dios en el cielo, entonces debemos preguntar: “¿Por qué el pueblo de Dios debe alabar a Dios el Creador?”. Si los cielos declaran la gloria de Dios, ¿por qué el pueblo celestial de Dios no debería unirse al coro? La creación da testimonio constante del poder, sabiduría y gloria de Dios (Salmo 19). El reconocimiento del Creador es el primer paso para confiar en el Redentor (ve Hechos 14:8–18; 17:22–31). “Todo fue creado por medio de él [Cristo] y para él... y todas las cosas en él subsisten” (Colosenses 1:16–17).

Pero el hombre pecador adora y sirve a la criatura antes que al Creador, y esto es idolatría (Romanos 1:25). Es más, el hombre pecador ha contaminado y destruido la maravillosa creación de Dios; y va a pagar por eso (ve Apocalipsis 11:18). La creación es para la alabanza y placer de Dios, y el hombre no tiene derecho de usurpar lo que por derecho le pertenece a Dios. El hombre hundió la creación en el pecado, así que esa creación *buena* de Dios (Génesis 1:31) es hoy una creación *que gime* (Romanos 8:22); pero debido a la obra de Cristo en la cruz, un día será liberada y llegará a ser una creación *gloriosa* (Romanos 8:18–24).

Es desdichado que la iglesia actual a menudo descuide la adoración del Dios de la creación. La respuesta verdadera al problema ecológico no es financiero o legal, sino espiritual. Es sólo cuando el hombre reconozca al Creador y empiece a usar la creación para gloria de Dios que los problemas se resolverán.

### **Adoran al Redentor (Apocalipsis 5)**

El foco de atención ahora pasa a un rollo sellado con siete sellos en la mano de Dios. Pero no se podía leer el rollo porque estaba enrollado y sellado (como un testamento del tiempo de Roma) con siete sellos. Juan ve que está escrito por ambos lados del rollo, lo que quiere decir que no se podía añadir nada más. Lo que se escribió estaba completo y era final.

El rollo representa “las escrituras de propiedad” de Cristo a todo lo que el Padre le ha prometido debido a su sacrificio en la cruz. “Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión tuya los confines de la tierra” (Salmo 2:8). Jesucristo es el “heredero de todo” (Hebreos 1:2). Él es nuestro amado “pariente cercano” que estuvo dispuesto a dar su vida para libertarnos de la esclavitud y restaurarnos a nuestra herencia perdida (Levítico 25:23–46; el libro de Rut; Jeremías 32:6–15).

Conforme Cristo abrió los sellos, varios eventos dramáticos tuvieron lugar. El séptimo sello dio paso a los juicios de las siete trompetas (Apocalipsis 8:1–2). Luego, cuando se hubo tocado la séptima trompeta, se anunció el gran día de la ira de Dios, que dio paso a los juicios de las copas llevando la ira de Dios a su punto máximo (Apocalipsis 11:15 en adelante; 15:1). Es posible que los juicios de las trompetas estuvieran escritos en un lado del rollo y los de las copas en el otro.

Un título de propiedad o última voluntad pueden ser abiertos solamente por el heredero nombrado, y ese es Jesucristo. No se pudo hallar a nadie en todo el universo digno de abrir los sellos. Con razón Juan lloraba, porque se daba cuenta de que el glorioso plan divino de redención para la humanidad nunca podía ser completado sino hasta que el rollo se abriera. El Redentor tenía que ser un pariente, dispuesto a redimir, y capaz de redimir. Jesucristo reúne todos los requisitos. Él se hizo carne, así que es nuestro pariente. Nos ama y está dispuesto a redimir; y pagó el precio, así que es capaz de redimir.

Ahora podemos entrar en la experiencia de adoración que se describe en el resto de Apocalipsis 5. Descubriremos cuatro razones contundentes para adorar a Jesucristo.

**Debido a quién es él** (vs. 5–7). Tres títulos singulares se le dan a nuestro Señor para describir quién es él. Primero, él es *el León de la tribu de Judá*. La referencia aquí es a Génesis 49:8–10, en donde Jacob proféticamente le dio el cetro a Judá y lo hizo tribu de reyes. (Dios nunca tuvo la intención de que Saúl estableciera una dinastía, porque él venía de la tribu de Benjamín. Dios *lo usó* para disciplinar a Israel porque el pueblo pidió un rey; luego *él les dio* a David de la tribu de Judá.)

La imagen de “el León” habla de dignidad, soberanía, valentía y victoria. Jesucristo es el único judío viviente que puede demostrar su majestad en historial genealógico. “Hijo de David” era un título que a menudo usaba cuando suministraba en la tierra (ve Mateo 1).

Pero también es *la raíz de David*, lo que quiere decir que él dio existencia a David (y el linaje de David). En lo que tiene que ver con su humanidad, Jesús tenía sus raíces *en* David (Isaías 11:1, 10); pero en lo que a su deidad se refiera, Jesús es *la raíz de* David. Esto habla, por supuesto, de la eternidad de nuestro Señor; él es en verdad el “Anciano de días”. Que el Mesías podía ser a la vez Señor de David e hijo de David fue un problema que Jesús les presentó a los fariseos, y ellos no pudieron (o no quisieron) contestarle (Mateo 22:41–46).

Cuando Juan se volvió para ver, no vio un león ¡sino *un Cordero*! A Jesucristo se le llama el “Cordero” veintisiete veces en el libro de Apocalipsis (la palabra griega que se usa quiere decir *un corderito*) y el énfasis es fácil perder. La ira de Dios es “la ira del Cordero” (Apocalipsis 6:16). La limpieza es por “la sangre del Cordero” (Apocalipsis 7:14). La iglesia es “la esposa del Cordero” (Apocalipsis 19:7; 21:9).

El tema de “el Cordero” es importante en todas las Escrituras, porque presenta a la persona y obra de Jesucristo, el Redentor. La pregunta del Antiguo Testamento: “¿Dónde está el cordero?” (Génesis 22:7) la contestó Juan el Bautista cuando proclamó: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Los coros del cielo cantan: “¡Digno es el Cordero!” (Apocalipsis 5:12).

La descripción del Cordero (Apocalipsis 5:6), si un artista la pintara literalmente, proveería un cuadro grotesco; pero cuando se la entiende simbólicamente, transmite verdad espiritual. Puesto que siete es el número de perfección, aquí tenemos poder perfecto (siete cuernos), perfecta sabiduría (siete ojos), y perfecta presencia (siete espíritus en toda la tierra). Los teólogos llamarían

a estas cualidades omnipotencia, omnisciencia y omnipresencia; y los tres son atributos de Dios. El Cordero es Dios el Hijo, Jesucristo.

Adoramos a Jesucristo por lo que él es. Pero hay una segunda razón por la que le adoramos.

**Debido a dónde está él** (v. 6). Para empezar, Jesús está en el cielo. No está en el pesebre, en Jerusalén, en la cruz, ni en la tumba. Ascendió y es exaltado en el cielo. Qué estímulo es esto para los creyentes que sufren, saber que su Salvador ha derrotado a todo enemigo ¡y ahora controla los eventos desde la gloria! Él también sufrió, pero Dios convirtió su sufrimiento en gloria.

Pero, ¿dónde está Cristo en el cielo? Está *en el medio*. El Cordero es el centro de todo lo que acontece en el cielo. Toda la creación se centra en él (los cuatro seres vivientes), así como también todo el pueblo de Dios (los ancianos). Los ángeles alrededor del trono rodean al Salvador y le alaban.

También está *en el trono*. En la actualidad ciertos cristianos usan algunos himnos y poesía sentimentales que destronan a nuestro Salvador y recalcan sólo su vida terrenal. Estos poemas y cantos elogian “al carpintero benigno” o “al humilde maestro”, ¡pero no exaltan al Señor resucitado! No adoramos a un niño en un pesebre ni un cadáver en una cruz. Adoramos al Cordero vivo y reinante de Dios porque él está en medio de todos en el cielo.

**Debido a lo que él hace** (vs. 8–10). Cuando el Cordero vino y tomó el rollo (ve Daniel 7:13–14), se acabó el llanto y empezó la alabanza. El pueblo de Dios y los representantes de la creación de Dios unieron sus voces en un nuevo canto de alabanza. Nota que la alabanza y la oración estaban unidas, porque el incienso es un cuadro de la oración que se eleva al trono de Dios (Salmo 141:2; Lucas 1:10). Encontraremos de nuevo las “oraciones de incienso” de los santos (Apocalipsis 6:9–11; 8:1–6).

¿Qué clase de canto entonaron? Para empezar, era *un himno de adoración*, porque decían: “Digno eres”. Adorar quiere decir *asignar honor*, y sólo Jesús es digno. Cuando yo servía en el pastorado, trataba de empezar cada servicio de adoración en la mañana con un himno que elevara la mente y el corazón de la congregación hacia el Señor Jesucristo. Demasiados cantos contemporáneos se centran en el “yo” en lugar de centrarse en “Cristo”. Recalcan tanto la experiencia del creyente que casi ignora la gloria del Señor. Por cierto que hay lugar para ese tipo de cantos, pero nada se puede comparar a adorar a Cristo en adoración espiritual.

¡Pero este canto también era *un canto evangélico*! “Tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos [algunos textos dicen *los*] has redimido para Dios.” ¡El cielo canta en cuanto a la cruz y la sangre! Leí de una denominación que revisó su himnario oficial y sacó todos los cantos que hablan de la sangre de Cristo. Ese himnario nunca se podrá usar en el cielo, porque allí se glorifica al Cordero inmolado por los pecados del mundo.

En Génesis 22 un Cordero fue sustituto de Isaac, un cuadro de Cristo dando su vida por el individuo (Gálatas 2:20). En la Pascua un cordero se sacrificaba por cada *familia* (Éxodo 12:3). Isaías dice que Jesús murió por *la nación de Israel* (Isaías 53:8; ve también Juan 11:49–52). ¡Juan afirma que el Cordero murió por los pecados de todo el mundo! (Juan 1:29). Mientras más medita uno en el poder y alcance de la obra de Cristo en la cruz, más humilde y adorador se vuelve uno.

Este canto también era *un canto misionero*. Los pecadores fueron redimidos “de todo linaje y lengua y pueblo y nación” (Apocalipsis 5:9). “Linaje” se refiere a un *antepasado común*, y “lengua” se refiere a un *idioma común*. “Pueblo” quiere decir una *raza común*, y “nación” un *gobierno común*. Dios ama a todo el mundo (Juan 3:16) y su deseo es que el mensaje de redención sea llevado a todo el mundo (Mateo 28:18–20).

Tal vez hayas oído del creyente que estaba en contra de las misiones foráneas pero de alguna manera resulta que asistió a una concentración misionera. Cuando pasaron el plato para recoger la ofrenda, él le dijo al ujier: “¡Yo no creo en misiones!” “Entonces toma algo”, le dijo el ujier. “Es para los paganos.”

Este himno celestial también era *un himno devocional*, porque anunciaba nuestra posición única en Cristo como “reyes y sacerdotes”. Como Melquisedec en la antigüedad, los creyentes son reyes y sacerdotes (Génesis 14:17 en adelante; Hebreos 7; 1 Pedro 2:5–10). El velo del templo se rasgó cuando Jesús murió, y el camino está abierto a Dios (Hebreos 10:19–25). “Reinamos en vida” conforme nos rendimos a Cristo y permitimos que su Espíritu obre en nosotros (Romanos 5:17).

Finalmente, este canto era *un himno profético*: “reinaremos sobre la tierra” (Apocalipsis 5:10). Cuando Jesucristo vuelva a la tierra, establecerá su reino justo por mil años; y nosotros reinaremos con él (Apocalipsis 20:1–6). Las oraciones de los santos: “¡Venga tu reino!” se cumplirán entonces. La creación entonces será libre de la esclavitud al pecado (Isaías 11:1–10; Romanos 8:17–23), y Cristo reinará en justicia y poder.

¡Qué himno tan maravilloso! ¡Qué rica sería nuestra adoración si tan sólo combináramos estas verdades para honrarle!

**Debido a lo que él tiene** (vs. 11–14). Para concluir esta exclamación de alabanza, todos los ángeles y toda criatura del universo se unen para adorar al Redentor. ¡Qué cascadas de armonía oyó Juan! En este himno ellos declaraban esas cosas que Jesucristo merecía recibir debido a su muerte como sacrificio en la cruz. Cuando Jesús estaba en la tierra, la gente no le adscribió estas cosas; porque muchas de esas cosas él deliberadamente dejó a un lado en su humillación.

Nació en debilidad y murió en debilidad; pero ha recibido todo poder. Se hizo el más pobre de los pobres (2 Corintios 8:9), y sin embargo es dueño de todas las riquezas del cielo y de la tierra. Los hombres se rieron de él y le llamaron necio; y sin embargo él es la misma sabiduría de Dios (1 Corintios 1:24; Colosenses 2:3).

Participó sin pecado en las debilidades de la humanidad cuando sintió hambre, sed, y se cansó. Hoy, en gloria, él posee toda fuerza. En la tierra él experimentó humillación y vergüenza cuando los pecadores le ridiculizaron y se mofaron de él. Se rieron de su majestad y le vistieron con un manto, una corona y cetro de burla. ¡Pero todo eso ya ha cambiado! ¡Él ha recibido todo honor y gloria!

Él se hizo maldición por nosotros en la cruz (Gálatas 3:13), para que nosotros ya no estuviéramos bajo la maldición de la ley quebrantada. ¡Él es digno de toda alabanza!

El culto de adoración llega a su clímax con todo el universo alabando al Cordero de Dios y al Padre ¡sentados en el trono!

E incluso hubo un fuerte “¡Amén!” de los cuatro seres vivientes. En el cielo se permite decir “¡Amén!”.

Ten presente que toda esta alabanza se centraba en el Señor Jesucristo, el Redentor. No es Cristo el Maestro, sino Cristo el Salvador, quien es el tema de su adoración. En tanto que la persona no convertida puede alabar al Creador, por cierto no puede alabar con sinceridad al Redentor.

Toda la alabanza del cielo resultó porque el Cordero tomó el rollo de la mano del Padre. El gran plan eterno de Dios ahora se cumpliría y la creación sería libertada de la esclavitud al pecado y la muerte. Un día el Cordero abrirá los sellos y pondrá en movimiento sucesos que a la larga conducirán a su venida a la tierra y el establecimiento de su reino.

Al participar en estos cultos de adoración celestial, ¿hallas a tu propio corazón diciendo “¡Amén!” a lo que ellos han cantado? Tal vez has creído en Cristo como Creador, pero, ¿has confiado en él como tu Redentor?

Si no, ¿lo harías ahora mismo?

“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Apocalipsis 3:20).

## 5

# Los Sellos y los Sellados

## Apocalipsis 6–7

La adoración que se describe en Apocalipsis 4–5 es preparación para la ira que se describe en Apocalipsis 6–19. A nosotros nos parece extraño que la adoración y el juicio vayan juntos, pero esto se debe a que no entendemos plenamente ni la santidad de Dios ni cuán horrible que es el pecado del hombre. Tampoco captamos el cuadro total de lo que Dios quiere lograr y cómo las fuerzas del mal se oponen a él. Dios es paciente, pero a la larga él debe juzgar al pecado y vindicar a sus siervos.

Según a Daniel 9:27, hay designados siete años para Israel en el calendario profético de Dios, empezando con la firma de un acuerdo con el dictador mundial (el Anticristo), y terminando con el retorno de Cristo a la tierra para juzgar al mal y establecer su reino. Es este período lo que se describe en Apocalipsis 6–19. Refiriéndonos al bosquejo de Juan (Apocalipsis 1), verás que esta descripción tiene tres partes: los primeros tres años y medio (Apocalipsis 6–9), los acontecimientos en la mitad del período (Apocalipsis 10–14), y los últimos tres años y medio (Apocalipsis 15–19).

¿Qué hay de tanto significado en la mitad de la tribulación? Allí es cuando el Anticristo rompe su pacto con Israel y se vuelve su perseguidor en lugar de su protector (Daniel 9:27).

Al estudiar estos catorce capítulos llenos de acción, ten presente que Juan escribió para animar al pueblo de Dios en toda época de la historia. Él no estaba

sólo escribiendo *profecía* que se cumpliría en los tiempos del fin; sino también escribiendo gran *teología* y revelando dramáticamente el carácter de Dios y los principios de su reino. Estos capítulos describen el conflicto cósmico entre Dios y Satanás, la nueva Jerusalén y Babilonia; y sin que importe qué “clave” el estudiante use para desentrañar Apocalipsis, no puede dejar de ver al exaltado Rey de reyes que reivindica a su pueblo y da victoria a sus vencedores.

Puesto que la iglesia nunca sabe cuándo volverá Cristo, cada generación debe vivir con la expectación de su venida. Por consiguiente, el libro de Apocalipsis debe poder comunicar verdad a toda generación, y no sólo a las personas que estarán vivas cuando estos sucesos tengan lugar. Versículos tales como Apocalipsis 13:9; 16:15; y 22:7, 18–20 indican la permanencia del mensaje de Juan. Esto también explica por qué el apóstol usó tanto simbolismo, porque los símbolos nunca pierden su significado. En toda época de su historia la iglesia cristiana ha tenido que contender con Babilonia (compara Apocalipsis 18:4 con Jeremías 50–51) y el Anticristo (ve 1 Juan 2:18 en adelante). Apocalipsis 6–19 es solamente el punto máximo de este conflicto.

En Apocalipsis 6–7 Juan caracterizó los primeros días de la tribulación como un tiempo de retribución, respuesta y redención.

### **Retribución (Apocalipsis 6:1–8)**

En esta sección Juan anotó la apertura de los cuatro primeros sellos; y conforme cada sello fue abierto, uno de los cuatro seres vivientes llamó a un jinete en un caballo. (“Ven y mira” debería decir: “¡Ven!”.) En otras palabras, los sucesos tienen lugar en la tierra debido a dirección soberana de Dios en el cielo.

La imagen del caballo probablemente tiene que ver con la visión descrita en Zacarías 1:7–17. Los caballos representan la actividad de Dios en la tierra, las fuerzas que él usa para realizar sus propósitos divinos. El centro de su programa es Israel, particularmente la ciudad de Jerusalén. (A Jerusalén se menciona cuarenta y uno veces en Zacarías.) Dios tiene un propósito de pacto para Israel, y ese propósito se cumplirá tal como él lo prometió.

Ahora, tratemos de identificar a estos caballos y sus jinetes.

**Anticristo** (vs. 1–2). Daniel indica que hay un “príncipe que ha de venir”, que hará un pacto con Israel para protegerla de sus enemigos (Daniel 9:26–27). En otras palabras, el futuro dictador mundial ¡empieza su carrera como pacificador! Irá de victoria en victoria y finalmente controlará todo el mundo.

Algunos han sugerido que el jinete del caballo blanco en realidad es un símbolo del “Cristo vencedor” que hoy está derrotando a las fuerzas del mal en el mundo. Señalan Apocalipsis 19:11 como prueba, pero la única similitud es la presencia de un caballo blanco. Si este jinete fuera en verdad Jesucristo, parece extraño que se le mencione *al final del libro* y no al principio.

No nos extraña que el Anticristo se parezca a Cristo, porque el Anticristo es la gran imitación satánica. Engañará incluso a los judíos (que deberían conocer las Escrituras; Juan 5:43; 2 Tesalonicenses 2:1–12). Este gran engañador vendrá como dirigente pacífico, ¡teniendo un arco pero sin flechas! (El arma de nuestro Señor es una espada; Apocalipsis 19:15.) El Anticristo resolverá los problemas del mundo y será recibido como el gran libertador.

La palabra para “corona” en Apocalipsis 6:2 es *estéfanos*, que quiere decir *la corona del vencedor*. La corona que Jesucristo lleva es una *diadema*, la corona de realeza (Apocalipsis 19:12). El Anticristo nunca podría llevar la diadema, porque le pertenece sólo al Hijo de Dios.

Por cierto, hay un sentido en el cual Jesucristo está venciendo hoy, conforme él libra a las personas de la esclavitud del pecado y Satanás (Hechos 26:18; Colosenses 1:13). ¡Pero esta conquista empezó con su victoria en la cruz y por cierto no tiene que esperar la apertura de un sello! Debemos notar más adelante que la secuencia de sucesos en Apocalipsis 6 se parece mucho a la secuencia dada por nuestro Señor en su discurso en el monte de los Olivos; y el primer asunto mencionado es la aparición de falsos cristos (Mateo 24:5).

**Guerra** (vs. 3–4). La conquista del Anticristo empieza en paz, pero pronto él cambia el arco vacío por una espada. El color rojo a menudo está asociado con el terror y la muerte; el dragón rojo (Apocalipsis 12:3), la bestia roja (Apocalipsis 17:3). Es un cuadro de derramamiento de sangre sin misericordia. La guerra ha sido parte de la experiencia del hombre desde que Caín mató a Abel, así que esta imagen hablaría a los creyentes de toda época, recordándoles que Dios tiene en última instancia el control, aunque él no es responsable por las acciones perversas de hombres y naciones.

**Hambruna** (vs. 5–6). Al color negro a menudo se conecta con la hambruna (Jeremías 14:1–2; Lamentaciones 5:10). La hambruna y la guerra van juntas. Una escasez de alimentos siempre eleva los precios y obliga al gobierno a racionar lo que hay disponible. Comer “pan por peso” es una frase judía que indica que los alimentos escasean (Levítico 26:26). “Un denario al día” era el salario regular para los obreros (Mateo 20:2) pero, por supuesto, tenía mucho mayor poder adquisitivo que el salario común de hoy. Una “medida” de trigo era casi un litro, suficiente para las necesidades diarias de una persona. De ordinario una persona podía comprar entre ocho y doce medidas por un denario, y mucho más de cebada, que era un grano más barato.

Sin embargo, durante la tribulación el hombre tendrá que trabajar todo el día apenas para conseguir alimento para sí mismo. ¡No habrá nada para su familia! Al mismo tiempo, los ricos disfrutarán de abundancia de aceite y vino. Con razón el Anticristo a la larga podrá controlar la economía (Apocalipsis 13:17) cuando prometa dar de comer a las masas hambrientas.

**Muerte** (vs. 7–8). Juan vio a dos personajes: la muerte montada en un caballo amarillento y el Hades (el campo de los muertos) siguiéndole. Cristo tiene las llaves de la muerte y del Hades (Apocalipsis 1:18), y ambos un día serán arrojados al infierno (Apocalipsis 20:14). La muerte reclama el cuerpo, en tanto que el Hades reclama el alma de los muertos (Apocalipsis 20:13). Juan vio que estos enemigos iban y venían para reclamar a sus presas, armados con las armas de la espada, el hambre, la pestilencia (muerte), y las bestias salvajes. En tiempos antiguos se esperaba que acompañaran a la guerra el hambre, la pestilencia y las bestias de rapiña (nota también Jeremías 15:2; 24:10; Ezequiel 14:21).

Los tiranos vencedores que traen al mundo guerra, hambruna y pestilencia por cierto no son nada nuevo. Las personas sufrientes desde los días del imperio romano hasta la guerra más reciente pueden fácilmente reconocer la expectación de estos cuatro jinetes aterradores. Por eso el libro de Apocalipsis ha sido fuente

de estímulo para los santos sufrientes en toda la historia. Al ver al Cordero abriendo los sellos, se dan cuenta de que Dios tiene el control y que sus propósitos se realizarán.

### **Respuesta (Apocalipsis 6:9–17)**

Juan anotó dos respuestas a la apertura de los sellos, una en el cielo y otra en la tierra.

**Los mártires** (vs. 9–11). Cuando el sacerdote del Antiguo Testamento presentaba un sacrificio animal, la sangre de la víctima se derramaba en la base del altar de bronce (Levítico 4:7, 18, 25, 30). En las imágenes del Antiguo Testamento, la sangre representa la vida (Levítico 17:11). Así que aquí en Apocalipsis, las almas de los mártires “bajo el altar” indican que dieron sus vidas en sacrificio para la gloria de Dios. El apóstol Pablo tenía la misma idea en mente cuando escribió Filipenses 2:17 y 2 Timoteo 4:6.

La palabra griega *martus*, que nos da nuestra palabra castellana “mártir”, simplemente significa *un testigo* (Apocalipsis 2:13; 17:6). El enemigo asesinó a estos santos debido a su testimonio de la verdad de Dios y el mensaje de Jesucristo. Las fuerzas del Anticristo no aceptan la verdad, porque Satanás quiere engañarlos y que acepten sus mentiras (ve Apocalipsis 19:20; 20:10; también 2 Tesalonicenses 2:9–12).

Siendo que sus asesinos todavía están vivos en la tierra, estos mártires al parecer son de la primera parte de la tribulación. Pero representan a *todos* los que han puesto sus vidas por Jesucristo y la causa de la verdad de Dios, y son un estímulo para todos los que hoy tal vez sean llamados a seguirlos. Nos aseguran que las almas de los mártires están en el cielo, esperando la resurrección (Apocalipsis 20:4), y que están descansando, vestidos de la gloria celestial.

Pero, ¿es “cristiano” que estos santos mártires oren pidiendo venganza de sus asesinos? Después de todo, tanto Jesús como Esteban oraron pidiendo que Dios perdonara a los que los mataban. No tengo duda de que, cuando fueron asesinados en la tierra, estos mártires también oraron por sus asesinos; y eso es lo apropiado que se haga (Mateo 5:10–12, 43–48).

La gran pregunta, sin embargo, no es *si* los enemigos serán juzgados, sino *cuándo*. “¿Hasta cuándo, Señor?” ha sido el clamor del pueblo sufriente de Dios por todas las edades. (Ve Salmo 74:9–10; 79:5; 94:3–4 y también Habacuc 1:2.) Estos santos en el cielo saben que Dios a la larga juzgará el pecado y establecerá justicia en la tierra, pero no saben el calendario exacto de Dios. No es venganza personal lo que buscan, sino vindicación de la santidad de Dios y el establecimiento de la justicia de Dios. Todo creyente hoy que sinceramente ora: “venga tu reino” hace eco de su petición.

Dios les dice con claridad a estos mártires que su sacrificio había sido designado por Dios y no fue un accidente; y que otros se les unirán. Incluso en la muerte de su pueblo, Dios tiene el control (Salmo 116:15); así que no hay nada que temer.

Muchos otros serán masacrados por su fe antes de que el Señor vuelva y establezca su reino (Apocalipsis 11:7; 12:11; 14:13; 20:4, 5). Entonces, como hoy, parecerá que el enemigo esté ganando; pero Dios tendrá la última palabra. Incluso

en nuestro ilustrado siglo actual, muchos miles de verdaderos creyentes han puesto su vida por Cristo; ciertamente ellos recibirán la corona de la vida (Apocalipsis 2:10).

**Los moradores de la tierra** (vs. 12–17). Los mártires clamaban: “¡véngannos!” pero los no creyentes en la tierra clamarán: “¡escóndannos!”. La apertura del sexto sello producirá convulsiones y catástrofes mundiales, incluyendo el primero de tres grandes terremotos (Apocalipsis 6:12; 11:13; 16:18–19). Toda la naturaleza quedará afectada: el sol, la luna, y las estrellas, así como los cielos, las montañas y las islas. Compara esta escena con Joel 2:30–31 y 3:15, así también con Isaías 13:9–10 y 34:2–4.

Aun cuando Juan escribió usando lenguaje simbólico, estos versículos describen una escena que aterrorizaría incluso a la persona más valiente. ¡Las personas tratarán de esconderse de la cara de Dios y de la cara del Cordero! ¡Imagínate queriendo esconderte de *un Cordero*! Una vez oí al Dr. Vance Havner decir que llegará el día cuando el terreno más costoso será un hoyo en la tierra, y tenía razón.

Veremos más de “la ira de Dios” conforme avancemos en Apocalipsis (Apocalipsis 11:18; 14:10; 16:19; 19:15). También encontraremos la ira de Satanás (Apocalipsis 12:17) y la ira de las naciones que se oponen a Dios (Apocalipsis 11:18). Si los hombres y mujeres no se rinden al amor de Dios, y son cambiados por la gracia de Dios, entonces no hay manera para que escapen de la ira de Dios.

El rango y la riqueza no librarán a nadie en ese día terrible. La lista de Juan incluye reyes, capitanes y esclavos, ricos y pobres. “¿Y quién podrá mantenerse en pie?”

La frase “ira del Cordero” parece una paradoja. “Ira del león” sería más consistente. Estamos tan acostumbrados a recalcar la mansedumbre y gentileza de Cristo (Mateo 11:28–30) que nos olvidamos de su santidad y justicia. El mismo Cristo que recibió a los niños también expulsó del templo a los mercaderes. La ira de Dios no es como una rabieta de un niño ni castigo aplicado por un padre impaciente. La ira de Dios es la evidencia de su amor santo por todo lo que es recto y su aborrecimiento santo de todo lo que es malo. Sólo una persona blanda y sentimental querría adorar a un Dios que no castigara con justicia el mal en el mundo.

Es más, las personas que se mencionan aquí son *impenitentes*. Rehúsan someterse a la voluntad de Dios. Preferirían esconderse de Dios con miedo (¿recuerdas a Adán y Eva?) que acudir a él por fe. Son prueba de que el juicio *en sí mismo* no cambia el corazón humano. No sólo que los hombres procurarán esconderse de Dios, ¡sino que también blasfemarán contra él! (Apocalipsis 16:9, 11, 21).

Pero, ¿hay alguna esperanza para los creyentes durante este terrible tiempo de juicio? Y, ¿qué tal en cuanto al pueblo especial de Dios, los judíos, que hicieron un pacto con el Anticristo? Por cierto que habrá personas que confiarán en el Señor incluso después de que la iglesia sea llevada al cielo, pero, ¿cómo se las arreglarán? Pasamos a Apocalipsis 7 para algunas de estas respuestas.

Pero antes de considerar el tercer tema de Juan en esta sección: redención, debemos notar los paralelos que existen entre las palabras proféticas de Cristo

anotadas en Mateo 24 y lo que Juan escribió en Apocalipsis 6. El siguiente bosquejo resumido explica esto con claridad:

**Mateo 24**

**Apocalipsis 6**

Falsos cristos (vs. 4–5)

Jinete en caballo blanco (vs. 1–2)

Guerras (v. 6)

Caballo rojo: guerra (vs. 3–4)

Hambrunas (v. 7a)

Caballo negro: hambruna (vs. 5–6)

Muerte (vs. 7b–8)

Caballo amarillento: muerte (vs. 7–8)

Mártires (v. 9)

Mártires bajo el altar (vs. 9–11)

Caos mundial (vs. 10–13)

Caos mundial (vs. 12–17)

Mateo 24:14 presenta la predicación del evangelio del reino por todo el mundo, y esto bien puede ser en dónde encaja Apocalipsis 7. Dios puede usar a los 144.000 judíos sellados para proclamar su Palabra al mundo, resultando en la salvación de multitudes.

**Redención (Apocalipsis 7:1–17)**

Es importante contrastar los dos grupos de personas que se describen en este capítulo.

**7:1–8**

**7:9–17**

Judíos

Gentiles de todas las naciones

Contados: 144.000

No contados, ni se pueden contar

Sellados en la tierra

De pie en el cielo ante Dios

Aunque en la Biblia no se nos dice explícitamente que los 144.000 judíos son los testigos especiales de Dios, y que la multitud gentil es salvada por su ministerio, esto parece ser una deducción lógica; de otra manera, ¿por qué se los asocia en este capítulo? El paralelo con Mateo 24:14 también indica que los 144.000 testificarán del Señor durante la tribulación.

**Los judíos sellados** (vs. 1–8). A los ángeles se los asocia con las fuerzas de la naturaleza: el viento (Apocalipsis 7:1), fuego (Apocalipsis 14:18), y agua (Apocalipsis 16:5). Detener los vientos implica “la calma antes de la tempestad”. Dios controla toda la naturaleza. Durante los días de su ira él usará la fuerza de la naturaleza para juzgar a la humanidad. La frase “los cuatro ángulos de la tierra” no carece más de pruebas científicas aquí que “cuatro confines” en Isaías 11:12 o en el periódico.

En la Biblia un sello indica propiedad y protección. Hoy, el pueblo de Dios está sellado por el Espíritu Santo (Efesios 1:13–14). Esta es la garantía de Dios de que somos salvados y estamos seguros, y que un día él nos llevará al cielo. Los 144.000 judíos recibirán el nombre del Padre como su sello (Apocalipsis 14:1), en contraste con la “marca de la bestia” que el Anticristo les dará a los que le siguen (Apocalipsis 13:17; 14:11; 16:2; 19:20).

Este sello protegerá a estos judíos escogidos de los juicios que harán “daño a la tierra y al mar” (Apocalipsis 7:2), y que ocurren cuando los primeros cuatro ángeles tocan sus trompetas (Apocalipsis 8). Los juicios se intensifican cuando las horribles langostas son liberadas del abismo (Apocalipsis 9:1–4). Protegidos de estos horribles juicios, los 144.000 podrán hacer su trabajo y glorificar al Señor.

En toda época Dios ha tenido un remanente fiel. Elías pensó que estaba solo, pero Dios tenía 7.000 que todavía le eran fieles (1 Reyes 19:18). El sello que se describe en Apocalipsis 7 por cierto tiene su trasfondo en Ezequiel 9:1–7, en donde a los fieles se los sellaron antes de que cayeran los juicios de Dios. Así que, mientras estos 144.000 judíos son un pueblo elegido durante los últimos días con una tarea especial de Dios, también simbolizan a los elegidos fieles de Dios en toda época de la historia.

El número 144.000 es significativo porque significa perfección y entereza ( $144 = 12 \times 12$ ). Algunos ven aquí la compleción de *todo* el pueblo de Dios: las doce tribus de Israel (santos del Antiguo Testamento) y los apóstoles (santos del Nuevo Testamento). Esto puede ser una buena *aplicación* del pasaje, pero no es la *interpretación* básica; porque se nos dice que estos 144.000 son todos judíos, e incluso se dan los nombres de las tribus.

Un hombre me dijo una vez que era uno de los 144.000; así que le pregunté: “¿A qué tribu pertenece usted, y cómo puede demostrarlo?” Por supuesto, no pudo demostrarlo, como tampoco un judío en la actualidad puede demostrar la tribu de la cual descende. Todos los registros genealógicos han quedado destruidos. Incluso el hecho de que diez de las tribus fueron llevadas por los asirios y están “perdidas” no es problema para Dios. Él conoce a su pueblo y dónde están (ve Mateo 19:28; Hechos 26:7; Santiago 1:1).

Esto no es decir que nuestra interpretación literal de este pasaje no carece de problemas. ¿Por qué se incluye a Leví cuando no tenía herencia con las otras tribus? (Números 18:20–24; Josué 13:14). ¿Por qué se menciona a José pero no a su hijo Efraín, quien por lo general se conecta con su hermano Manasés? Finalmente, ¿por qué se omite la tribu de Dan aquí y sin embargo se la incluye en la lista de Ezequiel para la repartición de la tierra? (Ezequiel 48:1). Se han dado muchas sugerencias, pero no sabemos las respuestas. Incluso si interpretamos este pasaje en un sentido espiritual (que Israel es la iglesia), no tendríamos más certeza. Debemos permitir que Dios sepa “las cosas secretas”, y no permitir que nuestra ignorancia de ellas nos estorbe para que no obedezcamos a lo que *sí* sabemos (Deuteronomio 29:29).

**Los gentiles salvos** (vs. 9–17). No se puede leer el libro de Apocalipsis sin formarse una perspectiva global, porque el énfasis recae en lo que Dios hace por *todo* el mundo. El Cordero murió para redimir a personas “de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas” (Apocalipsis 7:9). “Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura” fue el mandato de nuestro Señor (Marcos 16:15).

No hay duda de quienes forman esta multitud, porque uno de los ancianos se lo explicó a Juan (Apocalipsis 7:14): son los gentiles que han sido salvados por fe en Cristo durante la tribulación. (Encontraremos al mismo grupo de nuevo en Apocalipsis 14.) En tanto que hoy en nuestra parte del mundo es relativamente fácil confesar a Cristo, este no será el caso durante la tribulación, por lo menos durante la última mitad de ella. Entonces, a menos que la persona lleve “la marca de la bestia”, no podrá ni comprar ni vender; y esto la dejará incluso sin las necesidades básicas de la vida. Apocalipsis 7:16 indica que sufrirán hambre (ve Apocalipsis 13:17), sed (Apocalipsis 16:4), y falta de refugio. (En cuanto al calor del sol, ve Apocalipsis 16:8–9.)

El hecho de que estén *de pie* ante el trono y no sentados alrededor del mismo indica que estas personas no se identifican con los veinticuatro ancianos. Es más, ¡Juan mismo no sabía quienes eran! Si hubieran sido los creyentes del Antiguo Testamento, o la iglesia, Juan los hubiera reconocido. El que el anciano tuviera que decirle a Juan quienes eran sugiere que son un pueblo especial, que en verdad, lo son.

Por supuesto, en la ciudad celestial (Apocalipsis 21–22), todas las distinciones cesarán y todos seremos simplemente el pueblo de Dios en gloria. Pero mientras Dios está realizando su programa en la historia humana, las distinciones todavía existen entre judíos, gentiles, la iglesia y los santos de la tribulación.

Juan dio una hermosa descripción de estas personas.

Primero, eran *aceptados*, porque estaban ante el trono de Dios y del Cordero. Sin duda habían sido rechazados en la tierra porque defendían la verdad en un tiempo cuando las mentiras eran populares y Satanás estaba a cargo. Sus vestidos blancos y palmas simbolizan victoria: ¡en verdad eran vencedores! Los judíos usaban palmas en su fiesta de los tabernáculos (Levítico 23:40–43), que era un tiempo especial de regocijo nacional.

Segundo, estaban *gozosos*. Entonaban alabanzas al Padre y al Cordero; y en su adoración se les unían los que estaban alrededor del trono.

Tercero, habían sido *recompensados*. Tenían el privilegio de estar ante el trono de Dios y de servirle. Cuando el pueblo de Dios llegue al cielo, ¡habrá trabajo para hacer! ¡Podemos servirle perfectamente! El Cordero nos pastoreará y nos dará todo lo bueno (ve Isaías 49:10; Apocalipsis 21:4).

La apertura del séptimo sello da paso a los siete “juicios de las trompetas” (Apocalipsis 8–11) y la ira de Dios aumentará tanto en intensidad como en alcance. Pero antes de que eso ocurra, se nos asegura que en su ira Dios recordará misericordia (Habacuc 3:2). A pesar de la ira de Dios y el terror inspirado por Satanás y sus ayudantes, multitudes serán salvadas por la sangre de Jesucristo. Sin que importe cuál sea la edad o dispensación, el camino de Dios de salvación siempre ha sido el mismo: fe en Jesucristo, el Cordero de Dios.

Lamentablemente, sin embargo, multitudes durante ese tiempo también rechazarán al Salvador y confiarán en “la bestia”. Pero, ¿acaso no hay personas hoy día que prefieren a Satanás en lugar de a Cristo y prefieren a este mundo en lugar del mundo venidero? Están tan condenadas como lo fueron los pecadores de la tribulación que reciben la “marca de la bestia”.

Si tú nunca has confiado en el Salvador, hazlo ahora.

Si has confiado en él, entonces háblales a otros de las buenas nuevas de salvación para que ellos puedan ser salvados de la ira que vendrá.

## 6

# ¡Toquen las Trompetas!

## Apocalipsis 8–9

Con los sellos de juicio acabados, las trompetas de juicios están por empezar. A éstas le seguirán las copas de juicio, culminando en la destrucción de Babilonia y el retorno de Cristo a la tierra. Nota que desde los sellos hasta las trompetas y luego hasta las copas, los juicios aumentan en su intensidad. Nota también que los juicios de las trompetas y de las copas tocan los mismos aspectos, como ilustra el siguiente sumario:

| <b><i>Las trompetas</i></b> | <b><i>El juicio</i></b> | <b><i>Las copas</i></b> |
|-----------------------------|-------------------------|-------------------------|
| 1. 8:1–7                    | La tierra               | 16:1–2                  |
| 2. 8:8, 9                   | El mar                  | 16:3                    |
| 3. 8:10, 11                 | Los ríos                | 16:4–7                  |
| 4. 8:12, 13                 | Los cielos              | 16:8–9                  |
| 5. 9:1, 2                   | La humanidad; tormento  | 16:10–11                |
| 6. 9:13–21                  | Un ejército             | 16:12–16                |
| 7. 11:15–19                 | Naciones furiosas       | 16:17–21                |

Los juicios de las trompetas tienen lugar durante la primera mitad de la tribulación, y los juicios de las copas durante la segunda mitad, a lo que también se llama “la ira de Dios” (Apocalipsis 14:10; 15:7). Los juicios de las trompetas tienen un paralelo con las plagas que Dios envió a la tierra de Egipto. Y, ¿por qué no? Después de todo, todo el mundo estará diciendo como dijo el faraón: “¿Quién es el Señor para que le sirvamos?”.

La apertura del séptimo sello, y el toque de las primeras seis trompetas, produjeron tres resultados dramáticos.

**Preparación** (Apocalipsis 8:1–6)

Esta preparación incluye dos factores: silencio (Apocalipsis 8:1) y súplica (Apocalipsis 8:2–6).

Las multitudes en el cielo acaban de adorar al Padre y al Cordero con tremendo volumen de alabanza (Apocalipsis 7:10–12). Pero cuando el Cordero abrió el séptimo sello, el cielo quedó en silencio como por treinta minutos. Juan no nos dice lo que causó el silencio, pero existen varias posibilidades. El rollo ahora estaba abierto por completo, y tal vez incluso dado la vuelta; todo el cielo podía ver cómo se desarrollaba el glorioso plan de Dios. Tal vez las multitudes celestiales simplemente quedaron asombradas por lo que vieron.

Por cierto, este silencio fue “la calma antes de la tormenta”, porque los juicios intensificados de Dios estaban a punto de ser lanzados a la tierra. “Calla en la presencia de Jehová el Señor, porque el día de Jehová está cercano” (Sofonías 1:7; nota también los versículos 14–18, especialmente el versículo 16: “día de trompeta”). “Calle toda carne delante de Jehová; porque él se ha levantado de su santa morada” (Zacarías 2:13). “Mas Jehová está en su santo templo; calle delante de él toda la tierra” (Habacuc 2:20).

Durante este silencio a los siete ángeles se les dan trompetas, significativas para Juan, porque él era judío y entendía el lugar de las trompetas en la vida nacional de Israel. De acuerdo a Números 10, las trompetas tenían tres usos importantes: convocaban al pueblo (Números 10:1–8); anunciaban guerra (Números 10:9); y anunciaban ocasiones especiales (10:10). Se tocaron trompetas en el monte Sinaí cuando la ley fue dada (Éxodo 19:16–19), y se tocaron las trompetas cuando se ungía al rey y se ponía al rey en el trono (1 Reyes 1:34, 39). Por supuesto, todo el que estaba familiarizado con el Antiguo Testamento recordaría las trompetas en la conquista de Jericó (Josué 6:13–16).

La voz del Señor Jesucristo le sonó a Juan como trompeta (Apocalipsis 1:10). La voz de una trompeta llamó a Juan al cielo (Apocalipsis 4:1), y algunos relacionan esto a la promesa del arrebatamiento de la iglesia dada en 1 Tesalonicenses 4:13–18. Tocar siete trompetas por cierto anunciaría una declaración de guerra, así como también el hecho de que el Rey ungido de Dios estaba en el trono en gloria y a punto de juzgar a sus enemigos (Salmo 2:1–5). Así como las trompetas declararon la derrota de Jericó, en última instancia darán la derrota a Babilonia.

Al impresionante silencio le sigue una acción de un ángel especial en el altar de oro en el cielo (Apocalipsis 9:13; 14:18; 16:7). En el tabernáculo y el templo, el altar de oro estaba delante del velo y se usaba para quemar incienso (Éxodo 30:1–10). Este era el ministerio que Zacarías estaba realizando cuando el ángel le dijo que él y Elisabet iban a tener un hijo (Lucas 1:5 en adelante). Quemar incienso en este altar era un cuadro de la oración ascendiendo a Dios (Salmo 141:2).

Las oraciones de todos los santos (Apocalipsis 8:4) no son las oraciones de un grupo especial de personas en el cielo que llegaron a la “canonización”. Para empezar, *todos* los hijos de Dios son santos —separados para Dios— por fe en Jesucristo (2 Corintios 1:1; 9:1, 12; 13:13). Y no hay enseñanza definitiva en la Biblia de que los que están en el cielo oren por los creyentes en la tierra, o que podamos dirigir nuestras oraciones a Dios por medio de ellos. Oramos al Padre por el Hijo, porque solo él es digno (Apocalipsis 5:3). Por siglos el pueblo de Dios

ha estado orando: “¡Venga tu reino, hágase tu voluntad!” y ahora esas oraciones están a punto de ser contestadas. De igual manera, los mártires de la tribulación oraban que Dios los vindicara (Apocalipsis 6:9–11), súplica común de David en los salmos (ve Salmo 7; 26; 35; 52; 55; y 58, por ejemplo). Estos “salmos imprecatorios” no son expresiones de venganza personal y egoísta, sino más bien el clamor de que Dios defienda su ley santa y vindique a su pueblo.

En el gran día de la expiación el sumo sacerdote ponía incienso sobre las brasas del incensario y, con la sangre del sacrificio, entraba en el Lugar Santísimo (Levítico 16:11–14). Pero en esta escena, el ángel pone incienso en el altar (presentando las oraciones ante Dios) ¡y *arroja las brasas* del altar a la tierra! El paralelo en Ezequiel 10 indica que esto simboliza el juicio de Dios; y los efectos descritos en Apocalipsis 8:5 sustancian esta noción. ¡Una tempestad está a punto de empezar! (Ve Apocalipsis 4:5; 11:19; 16:18.)

Nos guste o no, las oraciones del pueblo de Dios intervienen en los juicios que él envía. El trono y el altar están relacionados. El propósito de la oración, se ha dicho a menudo, no es lograr que la voluntad del hombre se haga en el cielo, sino que la voluntad de Dios se haga en la tierra; aun cuando esa voluntad incluya juicio. La verdadera oración es asunto serio, ¡así que será mejor no mover el altar demasiado lejos del trono!

### **Desolación** (Apocalipsis 8:7–13)

Los juicios de las primeras cuatro trompetas son “naturales” en que afectan la tierra, el agua salada, el agua dulce y los cuerpos espaciales. El quinto y el sexto juicios tienen que ver con la liberación de fuerzas demoníacas que primero atormentan y después matan. La última de las trompetas de juicios (Apocalipsis 11:15–19) produce una crisis en todas las naciones del mundo.

**Desolación en la tierra** (v. 7). El “granizo y fuego mezclados con sangre” nos recuerda la séptima plaga que Dios envió contra Egipto (Éxodo 9:18–26). El profeta Joel también prometió “sangre y fuego” en los últimos días (Joel 2:30). Puesto que este es un juicio sobrenatural, no es necesario tratar de explicar cómo el granizo, el fuego y la sangre se mezclan. “Fuego” puede referirse a los relámpagos de una severa tormenta eléctrica.

El blanco de este juicio es la vegetación, los árboles y la hierba, una tercera parte de lo cual se quema. Uno puede imaginarse cómo esto afectaría no sólo el balance de la naturaleza, sino también la provisión de alimentos. La palabra griega para “árboles” por lo general quiere decir *frutales*; y la destrucción de los pastos devastaría las industrias de carne y leche.

**Desolación en los mares** (vs. 8–9). Convertir el agua en sangre nos recuerda la primera plaga de Egipto (Éxodo 7:19–21). Nota que Juan no dice que era realmente una montaña ardiente que fue arrojada del cielo, sino que el objeto encendido era como una gran montaña. Un juicio triple resultó: una tercera parte del agua salada se convirtió en sangre, una tercera parte de la vida marina murió, y una tercera parte de las embarcaciones fue destruida. Esto sería un desastre ecológico y económico de proporciones sin precedentes.

Tomando en cuenta que los océanos ocupan como tres cuartas partes de la superficie de la tierra, es fácil imaginarte la extensión de este juicio. La

contaminación del agua y la muerte de tantas criaturas afectarían grandemente el equilibrio de vida en los océanos, y esto sin ninguna duda llevaría a otros problemas insolubles. El 1º de enero de 1981 había 24.867 barcos mercantes registrados. Imagínate la oleada de sorpresa que golpearía a la industria naviera si 8.289 barcos valiosos de repente quedaran destruidos ¡y, qué de su carga!

Algunos intérpretes creen que “el mar” se refiere al mar Mediterráneo. Sin embargo, esto haría un impacto relativamente pequeño en el mundo, puesto que el mar Mediterráneo cubre sólo 2.509.969 kilómetros cuadrados y tiene un promedio de 1.500 metros de profundidad. Es probable que todos los principales cuerpos de agua salada estén incluidos en este juicio.

**Desolación en el agua dulce** (vs. 10–11). La ira de Dios luego alcanza *tierra adentro* y toca los ríos y los manantiales de agua (pozos y fuentes de los ríos), haciendo que el agua dulce sea amarga como ajeno. La Sociedad Geográfica Nacional menciona aproximadamente cien ríos principales en el mundo, que varían en longitud desde el Amazonas (cerca de 6.400 kilómetros de largo), al río de la Plata, que tiene más o menos 240 kilómetros de largo). El Servicio Geológico de los Estados Unidos de América informa de treinta ríos grandes en los Estados Unidos, empezando con el poderoso Misisipí (de cerca de 4.800 kilómetros de largo). Una tercera parte de estos ríos, y sus fuentes, quedarán tan amargamente contaminados que beber de sus aguas pudiera producir la muerte.

Dios tiene sus estrellas contadas y con nombre (Job 9:9–10). Es probable que esta estrella que cae se derrita y que, al acercarse a la tierra, empiece a desintegrarse y caiga en los varios cuerpos de agua. Si una estrella en realidad chocara contra la Tierra, nuestro globo quedaría destruido; así que esta estrella debe “desbaratarse” al entrar en la atmósfera. Por supuesto, este evento es un juicio controlado divinamente; por consiguiente, no debemos tratar de limitarlo por las leyes conocidas de la ciencia.

“Ajeno” (absinthe o absenta) es un licor popular en algunos países del mundo. La palabra quiere decir *impotable* y en el Antiguo Testamento era sinónimo de aflicción y gran calamidad. Jeremías, “el profeta llorón”, a menudo la usó (Jeremías 9:15; 23:15; Lamentaciones 3:15, 19), y también Amós (Amós 5:7: “Los que convertís en ajeno el juicio”). Moisés advirtió que la idolatría daría aflicción a Israel, como una raíz que produce ajeno (Deuteronomio 29:18). Salomón advirtió que la inmoralidad podría parecer agradable, pero que al fin produce amargura como ajeno (Proverbios 5:4).

Si los que *beben* de estas aguas corren peligro de morir, ¿qué les sucederá a los peces y otras criaturas que *viven* en estas agua? Y, ¿qué sucederá a la vegetación cerca de estos ríos? Si los ecólogos se preocupan por las consecuencias mortales de la contaminación del agua hoy, ¿qué pensarán cuando se toque la tercera trompeta?

No hay paralelo directo aquí a ninguna de las plagas de Egipto. Sin embargo, después del Éxodo, Israel encontró aguas amargas en Mara (que quiere decir *amarga*) y Moisés tuvo que purificar la provisión de agua (Éxodo 15:23–27). Pero ninguna purificación sobrenatural habrá disponible durante la tribulación.

**Desolación en los cielos** (vs. 12–13). Los juicios de las primeras tres trompetas afectaron sólo la tercera parte de la tierra y de las aguas, pero este cuarto juicio afecta a todo el mundo. ¿Por qué? Porque llega a la misma fuente de

la vida y energía de la tierra: el sol. Con un tercio menos de luz del sol sobre la tierra, habrá un tercio menos de energía disponible para sostener los sistemas de vida del hombre y la naturaleza.

Este juicio es paralelo a la novena plaga de Egipto (Éxodo 10:21–23), que duró tres días. Este día de Jehová “será de tinieblas, y no de luz” (Amós 5:18). Piensa en los vastos cambios de temperaturas que tendrán lugar y cómo esto afectará la salud humana y el crecimiento de los alimentos.

Es posible que este juicio en particular sea temporal, porque el juicio de la cuarta copa lo invertirá, y el poder del sol se intensificará (Apocalipsis 16:8–9). Luego, al final de la tribulación, el sol y la luna se oscurecerán de nuevo para anunciar el retorno del Salvador (Mateo 24:29, 30; ve también Lucas 21:25–28).

“Tocad trompeta en Sion”, dijo el profeta Joel, “porque viene el día de Jehová,... Día de tinieblas y de oscuridad” (Joel 2:1–2). ¡Oscuridad, en verdad! No sólo que la naturaleza sufrirá pérdida, sino que la naturaleza humana se aprovechará de la larga oscuridad y sin duda se dedicará al crimen y a la perversidad. “Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz” (Juan 3:20).

En este punto un mensajero asombroso aparecerá en el cielo, proclamando ayes a los habitantes de la tierra. La mayoría de los manuscritos dicen “águila” en lugar de “ángel”, ¡pero cualquiera de ellos con toda certeza captará la atención de la gente! ¿Pudiera ser este el ser viviente como águila que Juan vio adorando ante el trono (Apocalipsis 4:7–8)? ¿Lo enviaría Dios en esta misión especial? No podemos decirlo con certeza, pero es una posibilidad.

Esos tres “ayes” en el versículo 13 se refieren a los juicios todavía por venir cuando los tres ángeles restantes toquen sus trompetas. Es como si el mensajero clamara: “Si piensan que esto ha sido terrible, ¡simplemente esperen! ¡Lo peor está todavía por venir!”.

La frase “los que moran en la tierra” se halla doce veces en Apocalipsis (3:10; 6:10; 8:13; 11:10 [dos veces]; 12:12; 13:8, 12, 14; 14:6; 17:2, 8). Quiere decir mucho más que “las personas que viven en la tierra”, porque allí es donde *todas* las personas vivas residen. Más bien, se refiere a una *clase* de personas: las que viven *para* la tierra y las cosas *de* la tierra. Son simplemente lo opuesto de personas que tienen su ciudadanía en el cielo (Filipenses 3:18–21). Juan describió bien a esta clase mundanal en su primera epístola (1 Juan 2:15–17), y más tarde en esta profecía de nuevo indica claramente que “los que moran en la tierra” no han nacido de nuevo (Apocalipsis 13:8).

Al principio de la historia humana el cielo y la tierra estaban unidos porque nuestros primeros padres honraban a Dios y obedecían su voluntad. Satanás los tentó a enfocarse en la tierra; ellos desobedecieron a Dios; y desde entonces, un gran abismo ha estado fijo entre el cielo y la tierra. En ese abismo se hizo un puente cuando el Hijo de Dios vino a la tierra y murió por los pecados del mundo.

### **Liberación (Apocalipsis 9:1–21)**

El finado Dr. Wilbur M. Smith, quien hizo del libro de Apocalipsis materia de estudio especial, una vez escribió: “Es probable que, aparte de la identificación exacta de Babilonia en Apocalipsis 17 y 18, el significado de los dos juicios en este capítulo represente el problema más difícil en Apocalipsis” (*Wycliffe Bible*

*Commentary* [Comentario Bíblico de Wycliffe], p. 1509). Apocalipsis 9 describe dos ejércitos aterradores que son liberados en el momento preciso y se les permite juzgar a la humanidad.

**El ejército del abismo** (vs. 1–12). El “pozo del abismo” quiere decir lo más hondo del abismo. Lucas dijo claramente que este “pozo” o abismo es la morada de los demonios (Lucas 8:31), y Juan afirma que Satanás será temporalmente “encadenado” allí durante el reinado de nuestro Señor en la Tierra (Apocalipsis 20:1–3). El Anticristo (es decir, “la bestia”) saldrá de este abismo (Apocalipsis 11:7; 17:8). No es el lago de fuego, porque esa es la “prisión” final de Satanás y de todos los que le siguen (Apocalipsis 20:10), sino parte del mundo oculto y subterráneo bajo la autoridad del Señor. Hoy, este aterrador ejército descrito aquí ya está encarcelado, esperando la hora de la liberación.

Esta estrella que cayó es una persona, el rey sobre los seres en el abismo (Apocalipsis 9:11). Él no tiene autoridad *completa*, porque se le da la llave del abismo antes de que él pueda soltar a su ejército. Esta “estrella” probablemente es Satanás y el ejército, sus demonios (Efesios 6:10 en adelante). Uno de los nombres de Satanás es “Lucifer”, que quiere decir *brillo*; también se le compara con el “Lucero” (Isaías 14:12–14). Jesús les dijo a sus discípulos: “Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo” (Lucas 10:18).

Cuando se abrió el abismo, surgió humo como por la puerta de un horno que se abre. Jesús comparó el infierno a un horno de fuego (Mateo 13:42, 50), imagen que debería hacer que la gente se detenga y piense antes de bromear al respecto. El humo contaminó el aire y oscureció el sol, que ya se había oscurecido cuando se tocó la cuarta trompeta.

Pero lo que salió del humo es lo que verdaderamente aterrizó a la humanidad: un ejército de demonios, que se compara con langostas. La octava plaga de Egipto fue un enjambre devastador de langostas (Éxodo 10:1–20). Los que nunca se han encontrado con estos insectos no tienen ni idea del daño que pueden hacer. Cuando Dios quería juzgar a su pueblo, a veces enviaba langostas para que devoraran las cosechas (Deuteronomio 28:38, 42; Joel 2).

Estas no son langostas literales, porque las langostas no tienen aguijones como de escorpión en la cola. Estas criaturas no devoran la vegetación verde; es más, se les prohíbe hacerlo. A este ejército demoníaco se le da la asignación de atormentar a todos los que no están protegidos por el sello de Dios. Los 144.000 hombres de las tribus de Israel escaparán, por consiguiente, de este juicio doloroso (Apocalipsis 7:1–8). Es más, es probable que *todos* los que han confiado en el Señor serán sellados de alguna manera especial y protegidos del tormento.

El ciclo de vida normal de la langosta es más o menos de cinco meses (de mayo a septiembre, en el hemisferio norte), y este es el tiempo que el juicio durará. Estos demonios aguijonearán a las personas y así producirán tal dolor que sus víctimas en realidad querrán morir, pero la muerte huirá de ellos (Jeremías 8:3).

Al leer la descripción detallada de estas criaturas nos damos cuenta de que Juan no está escribiendo de langostas ordinarias. Sin embargo, a pesar de su obvio simbolismo, aptamente pinta un ejército poderoso armado para la batalla. Con cuerpos como de caballo pero caras como de hombre, las cabezas de los demonios tienen coronas y están cubiertas de pelo largo. Tienen dientes como de

león, y su piel es como una cota de malla. Cuando vuelan, el ruido es como un ejército de carros avanzando. No es necesario tratar de “espiritualizar” estos símbolos, o de interpretarlos a la luz de los medios modernos de guerra. Juan está amontonando imagen sobre imagen para obligarnos a sentir el horror de este juicio.

Las langostas verdaderas no tienen rey (Proverbios 30:27), pero este ejército sigue al gobierno de Satanás, el ángel del abismo. Su nombre es “destructor”. “El ladrón [Satanás] no viene sino para hurtar y matar y destruir” (Juan 10:10). Verdaderas langostas son destructoras de amplio alcance, pero este ejército sólo tortura a los que no pertenecen al Señor.

Como pueblo de Dios podemos dar gracias de que Jesucristo tiene las llaves del infierno y de la muerte (Apocalipsis 1:18) y ejerce autoridad divina incluso sobre Satanás. Dios tiene un calendario para todos estos sucesos, y nada sucede ni demasiado temprano ni demasiado tarde (2 Tesalonicenses 2:6; nota también Apocalipsis 9:15).

**El ejército de oriente** (vs. 13–21). Fue en el altar de oro del incienso que el ángel ofreció las oraciones de los santos (Apocalipsis 8:3–5); ahora desde este mismo altar se oye una voz, ordenando que se suelte a los cuatro ángeles. Estos ángeles al parecer son perversos, porque ningún ángel santo estaría atado. Cada ángel tiene a cargo una parte del vasto ejército que les sigue en su liberación, ¡un ejército de 200 millones! A este ejército se suelta en un momento preciso, con un propósito especial: matar (no sólo atormentar) a una tercera parte de la población del mundo. Puesto que a una cuarta parte de la humanidad ya se la ha matado (Apocalipsis 6:8), esto quiere decir que *la mitad de la población del mundo está muerta* para cuando se completa el juicio de la sexta trompeta.

¿Debemos identificar esto como un ejército literal de hombres, moviéndose en conquista por el globo? Probablemente no. Por un lado, el énfasis de este párrafo no está en los jinetes, sino en los caballos. La descripción no es apta para caballos de guerra según los conocemos, o, a propósito, equipo moderno de guerra, tal como tanques. Afirmar que este es un ejército literal, y señalar alguna nación (tal como China) que afirma tener 200 millones de soldados, es perderse el mensaje que Juan está tratando de dar.

El poder mortal de estos caballos está en sus bocas y colas, no en sus patas. Fuego, humo y azufre salen de sus bocas, y sus colas son como serpientes que muerden. Pueden atacar a los hombres de frente tanto como por atrás.

Yo considero que este es otro ejército demoníaco, encabezado por cuatro ángeles caídos; y que a todos ellos hoy el Señor los tiene atados, incapaces de actuar hasta que Dios les dé permiso. No se explica por qué están atados junto al río Éufrates, aunque esa región es la cuna de la civilización (Génesis 2:14), además de uno de los límites de Israel (Génesis 15:18).

Uno pensaría que la combinación de cinco meses del tormento y entonces muerte (por el fuego, humo y azufre) llevaría a los hombres y mujeres a sus rodillas en arrepentimiento; pero ese no es el caso. Estos juicios no son remediadores sino retributivos: Dios está defendiendo su santa ley y vindicando a su pueblo que sufre (ve Apocalipsis 6:9–11). Incluso una lectura casual de Apocalipsis 9:20–21 revela la horrenda perversidad de la humanidad, incluso en medio de los castigos divinos. Lo más aterrador de Apocalipsis 9 no son los juicios

que Dios envía sino los pecados que los hombres persisten en cometer *incluso mientras Dios los está castigando*.

Considera los pecados que los hombres y las mujeres cometerán:

La *adoración a los demonios*, que va mano a mano con la *idolatría* (ve 1 Corintios 10:19–21), será el pecado principal. Satanás estará obrando (siempre bajo la voluntad permisiva de Dios), y Satanás siempre ha querido que se le adore (Isaías 14:12–15; Mateo 4:8–10). En ese tiempo se practicará mucha “religión”, pero será religión falsa. La gente adorará la obra de sus manos, lo que pudiera incluir los edificios que construyen, las máquinas que fabrican, y las ciudades que edifican, tanto como sus ídolos.

¡Aquí tenemos a pecadores muertos adorando a dioses muertos! (Ve Salmo 115.) Sus dioses no podrán protegerlos ni librarlos, y sin embargo ¡esta gente continuará rechazando al Dios verdadero y adorando a Satanás y a los ídolos!

El *asesinato* y el *robo* también florecerán en aquellos días. También varias clases de *inmoralidad sexual*. La palabra que se traduce “hechicería” viene de la palabra griega *farmakia*, que quiere decir *uso de drogas*. Las drogas a menudo se usan en los paganos ritos religiosos y la adoración a los demonios. Al ver la expansión de la “cultura de drogas” de hoy, no tenemos problemas para concebir toda una sociedad entregada a estas prácticas demoníacas.

La humanidad está rompiendo los primeros dos mandamientos de la ley mosaica al hacer y adorar ídolos. En sus homicidios violan el sexto mandamiento, y en sus robos el octavo. Con su fornicación romperán el séptimo mandamiento. Será una edad de iniquidad y “cada uno hará lo que bien le parezca” (ve Jueces 21:25).

Pero Dios está realizando su plan; y ni los pecados de la humanidad ni las artimañas de Satanás le impedirán que realice su voluntad.

Hemos llegado al punto medio de la tribulación (Apocalipsis 10–14), tiempo durante el cual deben tener lugar algunos sucesos importantes. Hasta aquí, hemos cubierto cerca de tres años y medio de este período de siete años (Daniel 9:27). Durante este tiempo el Anticristo empezará su carrera como pacificador y amigo especial de Israel; pero ahora se revelará su verdadero carácter. Será el que rompe la paz y persigue al pueblo de Dios.

Las cosas no parecerán promisorias para el pueblo de Dios durante esta etapa al medio de la jornada profética, pero de todos modos ellos serán vencedores por el poder del Rey de reyes y Señor de señores.

## 7

# Un Tiempo de Testimonio

Apocalipsis 10–11

Apocalipsis 10–14 describe los sucesos que tendrán lugar a mediados de la tribulación de siete años. Esto explica la mención repetida que hace Juan del segmento de tiempo de tres años y medio en una forma u otra (Apocalipsis 11:2–3; 12:6, 14; 13:5). Al principio de este período el Anticristo empieza su conquista prometiendo proteger a los judíos y ayudarles a reconstruir el templo en Jerusalén. Pero después de tres años y medio romperá este acuerdo, invadirá el templo, y empezará a perseguir a los judíos.

Por deprimentes que sean los eventos en el segmento a la mitad de la tribulación, Dios no está sin testimonio en el mundo. En Apocalipsis 10–11 hay tres testimonios importantes: el de un ángel fuerte (Apocalipsis 10:1–11), el de dos testigos especiales (Apocalipsis 11:1–14), y el de los ancianos en el cielo (Apocalipsis 11:15–19).

### **El testimonio del ángel fuerte (Apocalipsis 10:1–11)**

En Apocalipsis hay más de sesenta referencias a ángeles. Pues, son el ejército de Dios enviado a realizar sus propósitos en la tierra. Los creyentes de hoy rara vez piensan en estos siervos (Hebreos 1:14), pero un día en el cielo aprenderemos todo lo que ellos hicieron por nosotros aquí.

**La descripción del ángel** (vs. 1–4). Este ángel nos asombra, porque tiene algunas de las características que le pertenecen en especial al Señor Jesucristo. Juan había visto y oído a un “ángel fuerte” (Apocalipsis 5:2), y la misma palabra griega aquí se puede traducir “poderoso”. Todos los ángeles sobresalen en fuerza (Salmo 103:20), pero al parecer algunos tienen mayor poder y autoridad que otros.

Vimos primero al arco iris alrededor del trono de Dios (Apocalipsis 4:3); ahora está como una corona en la cabeza de este mensajero. El arco iris fue la señal de Dios a la humanidad de que nunca volvería a destruir el mundo con un diluvio. Incluso en su ira, Dios recuerda su misericordia (Habacuc 3:2). Quienquiera que sea este ángel, le es dada la autoridad del trono de Dios.

A Dios a menudo se lo identifica con las nubes. Dios guió a Israel con una nube gloriosa (Éxodo 16:10), y nubes oscuras cubrieron el Sinaí cuando fue dada la ley (Éxodo 19:9). Cuando Dios se le apareció a Moisés, fue en una nube de gloria (Éxodo 24:15 en adelante; 34:5). “El que pone las nubes por su carroza” (Salmo 104:3). Una nube recibió a Jesús cuando ascendió al cielo (Hechos 1:9); y cuando él vuelva, será en las nubes (Apocalipsis 1:7).

El hecho de que la cara del ángel es “como el sol” corresponde a la descripción de Jesucristo en Apocalipsis 1:16; sus pies corresponden a la descripción del Señor en Apocalipsis 1:15. Su voz como de león sugiere Apocalipsis 5:5. Este ser bien podría ser nuestro Señor Jesucristo, apareciéndosele a Juan como un ángel majestuoso. A menudo él se apareció en el Antiguo Testamento como “el Ángel de Jehová” (Éxodo 3:2; Jueces 2:4; 6:11–12, 21–22; 2 Samuel 24:16). Esta fue una manifestación temporal con un propósito especial, y no una encarnación permanente.

Otras dos características sugieren que se identifique al ángel como Jesucristo: el librito en su mano y la asombrosa postura que asume. El librito contiene el resto del mensaje profético que Juan entregará. Puesto que nuestro Señor fue el único

digno de tomar el rollo y de abrir sus sellos (Apocalipsis 5:5 en adelante), bien se pudiera concluir que es el único digno de darle a su siervo el resto del mensaje.

La postura del ángel es la de un conquistador que toma posesión de su territorio. Él está reclamando todo el mundo (ve Josué 1:1–3). Por supuesto, sólo el Salvador victorioso puede hacer tal reclamo. El Anticristo pronto completará su conquista y obligará a todo el mundo a someterse a su control. Pero antes de que eso suceda, el Salvador reclamará al mundo para sí mismo, la herencia que su Padre le prometió (Salmo 2:6–9). Satanás ruge como león para asustar a su presa (1 Pedro 5:8), pero el León de Judá ruge para anunciar la victoria (ve Salmo 95:3–5; Isaías 40:12–17).

No se nos dice por qué a Juan se le prohibió que escribiera lo que dijeron los siete truenos, lo único “sellado” en un libro de otra manera “no sellado” (Daniel 12:9; Apocalipsis 22:10). A menudo se compara la voz de Dios con el trueno (Salmo 29; Job 26:14; 37:5; Juan 12:28–29). Es inútil especular cuando Dios escoge velar su verdad (Deuteronomio 29:29).

**La declaración del ángel** (vs. 5–7). Esta declaración nos llena de asombro, no sólo por lo que el ángel declara, sino también por la manera en que la declara. Es una escena solemne, con su mano levantada al cielo como si estuviera bajo juramento.

Pero, si este ángel es nuestro Señor Jesucristo, ¿por qué tendría que prestar juramento? A fin de afirmar la solemnidad y certeza de las palabras que se dicen. Dios se puso a sí mismo *bajo juramento* cuando hizo su pacto con Abraham (Hebreos 6:13–20) y cuando declaró que su Hijo era Sumo Sacerdote (Hebreos 7:20–22). También prestó juramento cuando le prometió a David que el Cristo saldría de su familia (Hechos 2:29–30).

El énfasis de Apocalipsis 10:6 es en Dios el Creador. Varios juicios ya se han sentido en los cielos, la tierra y el mar; y más juicios están por venir. La palabra que se traduce “tiempo” en realidad quiere decir *demora*. Dios ha estado demorando sus castigos para que los pecadores perdidos tengan tiempo de arrepentirse (2 Pedro 3:1–9); ahora, sin embargo, él acelerará sus juicios y cumplirá sus propósitos.

Recuerda que los santos que murieron como mártires y que están en el cielo estaban preocupados por lo que parecía ser demora de Dios para vengar sus muertes (Apocalipsis 6:10–11). “¿Hasta cuándo, Señor?” ha sido el clamor del pueblo sufriente de Dios de edad en edad. Lo que parece ser demora de Dios para cumplir sus promesas ha dado a los burladores oportunidad de negar la Palabra de Dios y cuestionar su sinceridad (ve 2 Pedro 3). La Palabra de Dios es cierta y su tiempo es perfecto. Esto significa consuelo para los santos; pero castigo para los pecadores.

En la Biblia un “misterio” es un *secreto sagrado*, una verdad oculta para los que están fuera pero revelada al pueblo de Dios por su Palabra (Mateo 13:10–12). El “misterio de Dios” tiene que ver con el problema de siglos del mal en el mundo. ¿Por qué hay mal tanto moral como natural en el mundo? ¿Por qué no hace Dios algo al respecto? Por supuesto, el creyente sabe que Dios “hizo algo al respecto” en el Calvario cuando Jesucristo fue hecho pecado y sufrió la ira divina por un mundo pecador. También sabemos que Dios permite que el mal aumente hasta que el mundo esté listo para el juicio (2 Tesalonicenses 2:7 en adelante;

Apocalipsis 14:14–20). Puesto que Dios ya ha pagado el precio del pecado, es libre para demorar su juicio, y no se le puede acusar de injusticia o de desinterés.

La señal para la compleción de este misterio es el toque de la séptima trompeta (Apocalipsis 11:14–19). La segunda mitad de la tribulación empieza cuando el ángel empieza a derramar las copas, en las cuales “se consumaba [completaba] la ira de Dios” (Apocalipsis 15:1).

Las instrucciones que el ángel le dio a Juan (Apocalipsis 10:8–11) deberían recordarnos nuestra responsabilidad de asimilar la Palabra de Dios y hacerla parte del hombre interior. No bastó que Juan viera el libro o que supiera su contenido y propósito. Tenía que *recibirlo* en su ser interior.

A la Palabra de Dios se la compara con comida: pan (Mateo 4:4), leche (1 Pedro 2:2), carne (1 Corintios 3:1–2) y miel (Salmo 119:103). Los profetas Jeremías (Jeremías 15:16) y Ezequiel (Ezequiel 2:9–3:4) supieron lo que es “comer” la Palabra antes de poder proclamarla a otros. La Palabra siempre debe “hacerse carne” (Juan 1:14) antes de que se pueda darla a los que la necesitan. Ay del predicador o maestro que meramente hace eco de la Palabra de Dios y no la encarna, haciéndola una parte viva de su mismo ser.

Dios no va a embutirnos su Palabra en la boca y obligarnos a que la recibamos. Él nos la entrega y nosotros debemos tomarla. Tampoco él puede cambiar los efectos que la Palabra ejercerá en nuestras vidas. Habrá a la vez tristeza y alegría, amargura y dulzura. La Palabra de Dios contiene dulces promesas y seguridades, pero también contiene amargas advertencias y profecías de juicio. El creyente da testimonio tanto de la vida como de la muerte (2 Corintios 2:14–17). El ministro fiel declarará todo el consejo de Dios (Hechos 20:27). No diluirá el mensaje de Dios simplemente para agradar a sus oyentes (2 Timoteo 4:1–5).

El ángel comisionó a Juan que profetizara *de nuevo*; su tarea todavía no estaba completa. Debía declarar la verdad profética de Dios respecto a muchos pueblos, y naciones, y lenguas, y reyes (Apocalipsis 5:9). La palabra “naciones” por lo general se refiere a las naciones gentiles. Juan tendrá mucho que decir en cuanto a las naciones del mundo al presentar el resto de esta profecía.

## **El testimonio de los dos testigos (Apocalipsis 11:1–14)**

**El ministerio de los testigos** (vs. 1–6). El lugar es Jerusalén y el tiempo es la primera mitad de la tribulación. Israel está adorando de nuevo en su templo restaurado, construido bajo la protección del Anticristo, cuyo carácter todavía no se ha revelado. Espiritualizar Apocalipsis 11:1–2 y hacer que el templo se refiera a la iglesia produce varios problemas serios. Por un lado, ¿cómo pudo Juan medir un cuerpo invisible de personas, incluso si la iglesia estuviera todavía en la Tierra? Si el templo es la iglesia, entonces ¿quienes son los adoradores y qué es el altar? Y puesto que la iglesia une a judíos y a gentiles en un solo cuerpo (Efesios 2:1 en adelante), ¿por qué están segregados los gentiles en este templo? Parece ser más sabio interpretar este templo como un edificio verdadero en la santa ciudad de Jerusalén (Nehemías 11:1, 18; Daniel 9:24).

La acción de Juan al medir el templo es simbólica. Medir algo significa reclamarlo para uno. Cuando vendimos nuestra casa en Chicago, los nuevos

dueños trajeron un arquitecto para que midiera varias áreas y recomendara cambios posibles. Si el arquitecto se hubiera asomado antes de que los compradores firmaran el acuerdo de compra y venta, no le hubiéramos permitido entrar. El Señor estaba diciendo por medio de Juan: “Yo soy el dueño de esta ciudad y este templo, ¡y reclamo los dos para mí mismo!”. El trasfondo del Antiguo Testamento se halla en Ezequiel 40–41 y Zacarías 2:1–3.

Lo que Juan hizo era significativo en especial porque los gentiles se habían apoderado de Jerusalén. El Anticristo había roto su acuerdo con Israel (Daniel 9:27) y ahora estaba a punto de usar este templo para sus propios propósitos diabólicos (2 Tesalonicenses 2:3–4). Todo esto se explicará en Apocalipsis 13. “Jerusalén será hollada por los gentiles”, dijo Jesús, “hasta que los tiempos de los gentiles se cumplan” (Lucas 21:24). Los “tiempos de los gentiles” empezaron en el 606 a. de C., cuando Babilonia empezó a devastar a Judá y Jerusalén, y continuará hasta que Jesucristo vuelva para librar a la ciudad santa y redimir a Israel (Zacarías 14).

Nota que los dos testigos ministran durante la *primera* mitad de la tribulación (Apocalipsis 11:3; 1.260 días). Jerusalén entonces es pisoteada por los gentiles por cuarenta y dos meses, la *segunda* mitad de la tribulación.

Su testimonio tiene que ver con Israel y el templo. Es trágico que el poder de Dios y la Palabra de Dios estén *fuera* del templo y no dentro como en edades anteriores. Como el templo que Jesús dejó, esta nueva casa será desolada (ve Mateo 23:38). A estos dos hombres específicamente se les llama profetas (Apocalipsis 11:3, 6), y yo considero que esto quiere decir ministerio profético en el sentido del Antiguo Testamento, llamando a las naciones a arrepentirse y a volver al verdadero Dios de Israel.

No sólo que estos testigos declaran las palabras de Dios, sino que también realizan las obras de Dios y hacen milagros de juicio, recordándonos a Moisés y Elías (Éxodo 7:14–18; 1 Reyes 17:1 en adelante; 2 Reyes 1:1–12). Algunos citan Malaquías 4:5, 6 como evidencia de que uno de los testigos puede ser Elías, pero Jesús aplicó esta profecía a Juan el Bautista (Mateo 17:10–13). Juan el Bautista, sin embargo, negó que él fuera Elías que había vuelto a la tierra (Juan 1:21, 25; ve también Lucas 1:16–17). Esta confusión se puede explicar en parte al darnos cuenta de que en toda la historia de Israel Dios envió mensajeros especiales: varios “Elías”, para llamar a su pueblo al arrepentimiento, así que, en este sentido, estos dos testigos cumplen la profecía de Malaquías.

En lugar de relacionar el misterio de los testigos a Moisés y Elías, el ángel que habló con Juan conectó su ministerio con Zorobabel y Josué el sumo sacerdote (Zacarías 4). Estos dos hombres ayudaron a restablecer a Israel en Palestina y a reconstruir el templo. Fue una tarea desalentadora, y los gentiles la hicieron incluso más difícil; pero Dios proveyó el poder especial que necesitaban para hacer la tarea. Esta verdad es un estímulo para los siervos de Dios en todas las edades, porque el trabajo del Señor nunca es fácil.

**El martirio de los testigos** (vs. 7–10). Esto viene sólo después de que hayan terminado su testimonio. Los siervos obedientes de Dios son inmortales hasta que terminen su trabajo. “La bestia” (el Anticristo) ahora está en poder y quiere apoderarse del templo; pero no puede mientras los dos testigos estén estorbando.

Dios le permitirá que los mate, porque nadie podrá hacer la guerra contra “la bestia” y ganar (Apocalipsis 13:4).

A los testigos ni siquiera se les dará un entierro decente (ve Salmo 79:1–3). Pero Dios usará incluso esta indecencia para dar testimonio a la humanidad. Sin duda las cámaras de televisión de Jerusalén transmitirán la escena a todo el mundo, y los analistas de noticias hablarán de su significado. Los moradores de la tierra se regocijarán por la eliminación de sus enemigos y celebrarán una *navidad satánica* enviándose regalos unos a otros. Así que parecería que el poder de los dos testigos no estará limitado a Jerusalén, sino que podrán hacer que sucedan cosas en otras partes del mundo.

Estos dos profetas definitivamente tendrán alguna relación con Israel; y el mundo, por la mayor parte, no ha aprobado a la nación de Israel. En medio de la tribulación “la bestia” se volverá contra Israel y empezará a perseguir a los judíos. Los dos testigos no estarán para proteger a la nación y el resultado será un aterrador movimiento anti semítico.

A Jerusalén se la llama “grande ciudad” (Apocalipsis 11:8); y desde el punto de vista humano, esta es una afirmación verdadera. Pero Dios mira a los hombres y a las naciones desde un punto de vista *espiritual*. Para él, Israel será considerada tan contaminada y mundana como Sodoma y tan rebelde y orgullosa como Egipto.

**La resurrección de los testigos** (vs. 11–14). Milagrosamente, los dos testigos no sólo son resucitados de los muertos, ¡sino llevados al cielo! Dios los rescata de sus enemigos y da un testimonio solemne al mundo que observa. El más grande regocijo del mundo de repente se convierte en gran temor. (Nota la palabra “grande” en Apocalipsis 11, que se repite ocho veces.)

¿Debemos interpretar en forma literal los tres días y medio? O, ¿significa la frase simplemente “después de poco tiempo”? Parece demasiado específico para significar eso. ¿Simboliza un período más largo, digamos, tres años y medio? No es probable que dos cadáveres quedaran expuestos en una calle en una ciudad por más de tres años. Tal vez es un cuadro de un arrebatamiento de todos los santos en medio de la tribulación, y los tres años y medio cubren la primera mitad del período. Si es así, entonces ¿qué se simboliza por la *muerte* de los dos testigos? Esta interpretación resuelve un problema sólo para producir otro.

Estos días parecen ser días literales, tal como los cuarenta y dos meses de Apocalipsis 11:2 son meses literales. La Biblia no explica por qué se escogió este tiempo, y es inútil especular.

Los *amigos* de nuestro Señor le vieron ascender al cielo (Hechos 1:9–12), pero los *enemigos* de los testigos los verán resucitados y se estremecerán por el miedo. Este miedo aumentará con un gran terremoto que ocurre, matando a 7.000 hombres y destruyendo una décima parte de Jerusalén. Un gran terremoto tuvo lugar cuando se abrió el sexto sello (Apocalipsis 6:12), y habrá uno aun mayor cuando se derrame la séptima copa (Apocalipsis 16:18–20).

### **El testimonio de los ancianos (Apocalipsis 11:15–19)**

Hemos estado esperando desde Apocalipsis 8:13 que llegue este tercer “ay” y ahora está aquí. Cuando el séptimo ángel toca la trompeta, ocurren tres eventos dramáticos.

**Un anuncio de victoria** (v. 15). Estas “grandes voces” probablemente fueron los coros del cielo. El gran anuncio es que el reino (Juan usa el singular porque “la bestia” ahora tiene el mundo bajo su control) de este mundo le pertenece a Jesucristo. Por supuesto, Cristo no *reclama* sus derechos reales sino cuando vuelva; pero la victoria ya ha sido ganada. Satanás le ofreció los reinos del mundo, pero él rehusó la oferta (Mateo 4:8–9). Más bien, él murió en la cruz, resucitó y volvió victoriosamente al cielo; y ahí el Padre le dio su herencia (Salmo 2:4–9).

Sin embargo, no debemos dar por sentado incorrectamente que nuestro Señor no está reinando *hoy*, porque lo está. De acuerdo a Hebreos 7:1, 2, Jesucristo es “Rey de justicia” y “Rey de paz”. Está en el trono con el Padre (Apocalipsis 3:21), y reinará hasta que derrote a todos sus enemigos (1 Corintios 15:25). Hoy él gobierna sobre un reino espiritual; pero en ese día futuro reinará sobre las naciones del mundo y gobernará con vara de hierro.

Por difíciles que puedan ser las circunstancias, o por derrotado que el pueblo de Dios pueda pensar que esté, Jesucristo sigue siendo Rey de reyes y Señor de señores, y en control. ¡Un día triunfaremos!

**Una aclamación de alabanza** (vs. 16–18). Los ancianos dejan sus tronos y se postran en adoración ante el trono de Dios. Dan gracias por tres bendiciones especiales: que Cristo reina supremamente (Apocalipsis 11:17), que juzga con justicia (Apocalipsis 11:18), y que recompensa amablemente (Apocalipsis 11:18).

En Apocalipsis 4:10–11 los ancianos alababan al Creador; en Apocalipsis 5:9–14 adoraban al Redentor. Aquí el énfasis está en el Vencedor y Rey. Ten presente que en el día de Juan la iglesia en la tierra parecía como si estuviera derrotada, porque Roma era el conquistador y rey. Juan les recuerda a los santos que ellos son “un reino de sacerdotes” reinando con el Salvador (Apocalipsis 1:5–6). Puede parecer a veces que el trono del cielo está vacío, pero no lo está. Jesucristo tiene tanto el poder como la autoridad; en verdad, *toda* autoridad (Mateo 28:18, en donde la palabra “potestad” quiere decir *autoridad*). “Tú... has empezado a reinar” sería una buena traducción.

Cristo no sólo reina supremamente, sino que también juzga con justicia (Apocalipsis 11:18). ¡El Cordero también es el León! En Apocalipsis 11:18 tenemos una *tabla de contenido* del resto del libro de Apocalipsis. Estos eventos no tuvieron lugar el instante en que el ángel tocó su trompeta; simplemente él dio la señal para el principio del proceso, y ahora estos eventos tendrán lugar tal como está planeado.

“Se airaron las naciones”. ¿De qué se enfurecen las naciones? Ciertamente el Señor ha sido bueno y bondadoso para con ellas. Les ha provisto de sus necesidades (Hechos 14:15–17; 17:24–31), les ha asignado sus territorios, y amablemente ha pospuesto su juicio para darle a los hombres oportunidades para ser salvados. Incluso más, envió a su Hijo para que sea el Salvador del mundo. Hoy, ¡Dios les ofrece perdón a las naciones! ¿Qué más podía hacer él por ellas?

Entonces, ¿por qué están furiosas las naciones? *Porque quieren salirse con la suya*. “¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra Jehová y contra su ungido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas” (Salmo 2:1–3). Quieren adorar y servir a la criatura en lugar de al Creador (Romanos 1:25). Como adolescentes, las naciones quieren echar por el

suelo toda restricción; y *Dios les permitirá que lo hagan*. El resultado será otra “Babilonia” (Apocalipsis 17–18) el último esfuerzo del hombre de edificar su utopía, un “cielo en la tierra”.

Nota el cambio de actitud que muestran las naciones del mundo. En Apocalipsis 11:2, las naciones implacablemente se apoderan de Jerusalén. En Apocalipsis 11:9 se regocijan por la muerte de los dos testigos. Pero ahora están furiosas; su arrogancia y alegría no duró mucho tiempo. Esta actitud beligerante finalmente hará que las naciones se unan para pelear contra Dios en la gran batalla del Armagedón.

“Tu ira ha venido”. La palabra que se traduce “airaron” en Apocalipsis 11:18 es la forma verbal de la palabra “ira”. Pero la ira del hombre nunca puede igualarse a la ira del Cordero (Apocalipsis 6:16–17). Incluso la ira de Satanás, por cruel que sea, no se iguala a la ira de Dios (Apocalipsis 12:17). Había intenso sufrimiento en la primera mitad de la tribulación, pero sólo la segunda mitad revelará la ira de Dios (Apocalipsis 11:18; 14:10; 16:19; 19:15). Hay dos palabras griegas para ira: *tzumos*, que quiere decir *cólera*, *ira apasionada*, y *orgé*, que se usa aquí, y que significa *indignación*, *una actitud firme de ira*. La ira de Dios no es una rabieta; es indignación santa contra el pecado. Las dos palabras griegas se usan en Apocalipsis para describir la ira de Dios: *orgé* se usa sólo cuatro veces; *tzumos* se usa siete veces (Apocalipsis 14:10, 19; 15:1, 7; 16:1, 19; 19:15). La ira de Dios no es desapasionada, porque él detesta el pecado y ama la justicia y la rectitud; pero tampoco es temperamental o impredecible.

“El tiempo de juzgar a los muertos” nos lleva al mismo fin del programa profético de Dios. En un sentido, cada día es un “día del Señor” porque Dios siempre está juzgando con justicia. Dios es paciente para con los pecadores perdidos y a menudo pospone su juicio, pero habrá un juicio final de los pecadores y nadie escapará. Este juicio se describe en Apocalipsis 20:11–15.

Habrà también un juicio de los hijos de Dios, conocido como “el tribunal de Cristo” (Romanos 14:10–13; 1 Corintios 3:9–15; 2 Corintios 5:9–11). Dios recompensará a sus siervos fieles (Mateo 25:21) y los sufrimientos que ellos sufrieron en la Tierra quedarán olvidados en la gloria de su presencia. Aunque los hijos de Dios no serán juzgados por sus pecados (ese juicio tuvo lugar en la cruz), serán juzgados por sus obras y recompensados generosamente por el Maestro.

El tribunal de Cristo tendrá lugar en el cielo después de que Cristo haya llamado a su pueblo a su hogar. Cuando él vuelva a la tierra para establecer su reino, los santos estarán listos para reinar con él, y toda mancha de la iglesia habrá sido quitada (Efesios 5:25–27; Apocalipsis 19:7–8). Hoy gemimos al servir a Dios, porque conocemos demasiado bien nuestras limitaciones y defectos; pero un día, ¡le serviremos *perfectamente*!

“A los que destruyen la tierra” se refiere a los habitantes rebeldes de la tierra que no se someten a Dios. Qué irónico que estas personas viven para la tierra y sus placeres, y al mismo tiempo están destruyendo la misma tierra que adoran. Cuando el hombre se olvida de que Dios es el Creador y él es la criatura, empieza a explotar los recursos que Dios le ha dado, y esto lleva a destrucción. El hombre es mayordomo de la creación, y no el dueño.

Como ya se mencionó, Apocalipsis 11:18 es una declaración sumaria de los eventos todavía por venir. Es el canto de alabanza celestial por la fidelidad del

Señor para lograr sus propósitos en el mundo. De nuevo, a nosotros nos parece extraño que los seres celestiales puedan cantar en cuanto al juicio. Tal vez si tuviéramos más la perspectiva del trono, podríamos unirnos en sus alabanzas.

**Una seguridad de la fidelidad de Dios** (v. 19). Este capítulo empezó con el templo en la tierra, pero ahora vemos el templo en el cielo. El enfoque de la atención está en el arca de Dios, símbolo de la presencia de Dios con su pueblo.

En el tabernáculo y el templo del Antiguo Testamento, el arca estaba detrás del velo, en el Lugar Santísimo. La gloria de Dios descansaba sobre el arca, y la ley de Dios estaba dentro del arca, hermosamente ilustrando que las dos nunca debían separarse. Él es el Dios santo y debe lidiar con el pecado en una manera justa. Pero también es el Dios fiel que guarda sus promesas a su pueblo. Fue el arca de Dios que guió a Israel al atravesar el Jordán y a su herencia (Josué 3:11–17). Esta visión del arca animaría grandemente al pueblo de Dios que sufría, al cual Juan estaba enviando este libro. “¡Dios cumplirá sus promesas!” les está diciendo Juan. “¡Él revelará su gloria! ¡Confíen en él!”

De nuevo, Juan vio y oyó los portentos de una tempestad (ve Apocalipsis 4:5; 8:5). ¡Un juicio mayor está a punto de caer sobre los rebeldes de la tierra! Pero el pueblo de Dios no tiene que temer las tormentas porque Dios tiene el control. El arca les recuerda de su presencia y la fidelidad de sus promesas. En esa arca estaba el propiciatorio en el cual se rociaba la sangre cada día de la expiación (Levítico 16:15–17). Incluso en su ira, Dios recuerda su misericordia (Habacuc 3:2).

El escenario está preparado para la aparición dramática de “la bestia”, la obra maestra de Satanás, el falso Cristo que controlará al mundo.

## 8

### El Trío Terrible

#### Apocalipsis 12–13

Apocalipsis 12–13 nos presenta a tres personajes clave del drama de la segunda mitad de la tribulación: Satanás el dragón, el Cristo falso, y luego el falso profeta. Estos tres son, en cierto sentido, una trinidad perversa, oponiéndose al Dios verdadero y a su pueblo en la tierra. En tanto que estos eventos serán de significado especial para el pueblo de Dios en ese tiempo, el mensaje de estos capítulos puede animar a los santos sufrientes en cualquier época.

Satanás es el gran enemigo de la iglesia, y lucha contra Dios y su pueblo acusando a los santos en el cielo y atacándolos en la tierra. Sin embargo, Cristo ha vencido a la serpiente antigua, y le da la victoria a su pueblo.

El adversario siempre trabaja por medios humanos, en este caso, “la bestia” (Cristo falso o Anticristo) y el falso profeta. Satanás es un imitador, falsificador; y

procura controlar a los hombres mediante el engaño. “La bestia” es el dictador mundial futuro que promete resolver los problemas apremiantes de las naciones; el falso profeta es su “ministro de propaganda”. Por un tiempo parece que el trío satánico triunfa; pero entonces su imperio mundial empieza a derrumbarse, las naciones se reúnen para una batalla final, Jesucristo aparece, y la batalla se acaba.

¿No ha sido este el patrón para el conflicto de la iglesia con el mal a través de los siglos? Sea que el gobernante haya sido el César, Hitler, Stalin, o algún agnóstico que sigue una filosofía humanística, Satanás lo ha energizado y motivado. El gobernador le ha prometido al pueblo todo lo que quieren y necesitan, sólo para llevarlos a la esclavitud. Por lo general tiene un asociado que promueve su programa ante el pueblo y los seduce, si acaso no los obliga, a que lo obedezcan. A menudo su sumisión equivale casi a adoración.

Dios ha permitido que su pueblo sufra bajo el despotismo de estos gobernantes, pero también ha capacitado a su pueblo para que tenga grandes victorias, incluso en el martirio. ¡Ellos han sido verdaderos vencedores! Luego les ha dado liberación, sólo para que el ciclo se repita, con cada nueva dictadura sucesiva peor que la anterior. El fin vendrá con la aparición del Anticristo a su tiempo (2 Tesalonicenses 2).

## **El dragón (Apocalipsis 12)**

La visión de Juan empieza con *dos prodigios en el cielo* (Apocalipsis 12:1–6). El primero es una mujer que da a luz a un hijo. Puesto que se identifica a este niño como Jesucristo (compara Apocalipsis 12:5, Apocalipsis 19:15 y Salmo 2:9), esta mujer simbólica no puede ser otra que la nación de Israel. Fue mediante Israel que Jesucristo vino al mundo (Romanos 1:3; 9:4–5). Al comparar más la descripción de Apocalipsis 12:1 con Génesis 37:9–10, la identificación parece cierta.

En el Antiguo Testamento se compara a Israel con una mujer, e incluso una mujer de parto (Isaías 54:1; 66:7; Jeremías 3:6–10; Miqueas 4:10; 5:2–3). Se compara al sistema del mundo con una ramera (Apocalipsis 17:1 en adelante), y a la iglesia con una esposa pura (Apocalipsis 19:7 en adelante).

El niño nace y luego es arrebatado al trono de Dios (Apocalipsis 12:5). Aquí tenemos simbolizado el nacimiento de Cristo y su ascensión victoriosa, pero nada se dice ni de su vida ni de su muerte. ¡El signo de puntuación de dos puntos en la mitad del versículo representa treinta y tres años de historia!

La mujer con el hijo es el primer prodigio; el gran dragón rojo es el segundo. Apocalipsis 12:9 dice claramente que es Satanás. El color rojo se asocia con la muerte (Apocalipsis 6:4) y Satanás es un homicida (Juan 8:44). Las cabezas, cuernos, y coronas aparecerán de nuevo en Apocalipsis 13:1 y 17:3. Las cabezas representan montañas (Apocalipsis 17:9), y los cuernos representan reyes (Apocalipsis 17:12). Estudiaremos el significado de estos símbolos con más detalle más adelante.

El dragón fue arrojado del cielo (Apocalipsis 12:9), y llevó consigo a una tercera parte de los ángeles (Apocalipsis 12:7, 9). Se les menciona como “estrellas” en Apocalipsis 12:4 (ve también Daniel 8:10). Esto es evidentemente una referencia a la caída de Satanás (Isaías 14:12–15), cuando él y sus ejércitos

se rebelaron contra Dios. Sin embargo, la acción de arrojarlo descrita en Apocalipsis 12:7–10 es todavía futura.

Tan pronto como el niño nació, Satanás trató de destruirlo. Este conflicto entre Satanás y “la mujer” empezó poco después de la caída del hombre (Génesis 3:15). En toda la historia del Antiguo Testamento Satanás trató de prevenir el nacimiento del Redentor. Siempre había un “dragón” al acecho, esperando para destruir a Israel o a los antepasados del Mesías. Al faraón se le llama dragón (Ezequiel 29:3), y lo mismo a Nabucodonosor (Jeremías 51:34). En un punto crítico, la línea real estuvo limitada a un niño (2 Reyes 11:1–3). Cuando Jesucristo nació, Satanás usó al rey Herodes para tratar de destruirlo (Mateo 2). Satanás pensó que había triunfado cuando usó a Judas para traicionar al Señor y entregarlo para que fuera crucificado. ¡Pero la cruz fue en realidad la derrota de Satanás! “Y ellos le han vencido [a Satanás] por medio de la sangre del Cordero” (Apocalipsis 12:11).

Incluso hoy Satanás tiene acceso al cielo, en donde acusa al pueblo de Dios; pero no puede destronar al Salvador exaltado. Su estrategia es perseguir al pueblo de Dios y devorarlo si es posible (1 Pedro 5:8). Odia en especial al pueblo judío y ha sido el poder detrás del antisemitismo desde los días del faraón y Amán (ve el libro de Ester) hasta Hitler y Stalin. Finalmente, a mediados de la tribulación, habrá una oleada de antisemitismo tal como el mundo jamás ha visto (Apocalipsis 12:6). Pero Dios protegerá a su pueblo durante esos tres años y medio (1.260 días; ve Apocalipsis 11:2; 13:5).

Aparte de los 144.000 (que están sellados y protegidos), un remanente creyente de judíos sobrevivirá a este tiempo tan problemático. No se nos dice en dónde Dios los protegerá ni quién los cuidará. Mateo 24:15–21 tendrá significado especial para los judíos creyentes que viven en los días finales. Nota en especial el paréntesis en Apocalipsis 12:15.

Tú y yo participamos en un conflicto similar hoy (ve Efesios 6:10 en adelante). Satanás está decidido a destruir a la iglesia, y nuestra victoria puede venir sólo por medio de Jesucristo.

La siguiente escena en este drama cósmico es *una guerra en el cielo* (Apocalipsis 12:7–12). La Biblia indica con claridad que Satanás tiene acceso al cielo incluso hoy (Job 1–2). Una vez fue el ángel más alto de los ángeles de Dios, pero se rebeló contra Dios y fue expulsado (Isaías 14:12–15). En forma interesante, conforme la iglesia de Dios le sirve fielmente a Cristo y gana a los perdidos, Satanás es también arrojado fuera y derrotado (Lucas 10:1–2, 17–20; Mateo 16:18; nota también 12:29).

Por supuesto, cuando Jesucristo murió en la cruz, eso fue la derrota máxima de Satanás (Juan 12:31–33). Un día Satanás será arrojado fuera del cielo (Apocalipsis 12:7–10), y luego finalmente arrojado al infierno (Apocalipsis 20:10).

¿Qué significado tiene este conflicto celestial? El hecho de que Miguel dirigió a los ángeles de Dios a la victoria es significativo, porque a Miguel se le identifica con la nación de Israel (Daniel 10:10–21; 12:1; nota también Judas 9). El nombre “Miguel” quiere decir *¿Quién es como Dios?* y esto por cierto es paralelo al ataque egocéntrico de Satanás contra Jehová: “seré semejante al Altísimo” (Isaías 14:14). Al parecer el odio del diablo contra Israel le atizará a que desate un ataque final contra el trono de Dios, pero será derrotado por Miguel y el ejército celestial.

Pero tal vez hay otro factor que intervenga en esta guerra. Después de que la iglesia sea llevada al cielo, los creyentes comparecerán ante el tribunal de Cristo y allí se examinarán sus obras. A base de este juicio, se darán recompensas (Romanos 14:10–12; 1 Corintios 3:10–15; 2 Corintios 5:10–11). Parece probable que Satanás estará presente en este acontecimiento y acusará a los santos, destacando todas las manchas y arrugas de la iglesia (Efesios 5:24–27).

El nombre “diablo” significa *acusador*, y “Satanás” quiere decir *adversario*. Satanás está ante el trono de Dios y lucha contra los santos acusándolos (ve Job 1–2; Zacarías 3). Pero Jesucristo, el “abogado celestial” (1 Juan 2:1–2), representa a la iglesia ante el trono santo de Dios. Debido a que Jesucristo murió por nosotros, podemos vencer las acusaciones de Satanás “con la sangre del Cordero”. Nuestra salvación es segura, no debido a nuestras obras, sino debido a la obra terminada de Cristo en el Calvario.

Cuanto se enfurecerá Satanás cuando la iglesia salga en gloria sin “mancha ni arruga ni cosa semejante”. Cuando el acusador ve que sus tácticas han fallado, se enfurecerá y amenazará la misma paz del cielo.

¿Cómo se aplica esta guerra futura a la iglesia de hoy? La misma serpiente que acusa a los santos en el cielo también engaña a las naciones en la tierra (Apocalipsis 12:9); y una de sus estrategias es mentir en cuanto a la iglesia. Engaña a las naciones para que piensen que el pueblo de Dios es peligroso, engañado e incluso destructor. Es mediante el engaño de Satanás que los dirigentes de las naciones se unen contra Cristo y su pueblo (Salmo 2; Hechos 4:23–30). El pueblo de Dios *en toda época* debe esperar la oposición del mundo, pero la iglesia siempre puede derrotar al enemigo siendo fiel a Jesucristo.

La sangre derramada de Cristo nos da nuestra perfecta posición ante Dios (1 Juan 1:5–2:2). Pero nuestro testimonio de la Palabra de Dios y nuestra disposición de poner nuestras vidas por Cristo también derrotan a Satanás. Satanás no es igual a Dios; no es ni omnipotente, ni omnipresente, ni omnisciente. Su poder es limitado y sus tácticas deben fracasar cuando el pueblo de Dios confía en el poder de la sangre y de la Palabra. Nada que Satanás haga puede privarnos de “la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo” (Apocalipsis 12:10), si nos rendimos a Cristo. ¡Los grandes propósitos de Dios se cumplirán!

Los creyentes de toda época y situación pueden regocijarse en esta victoria, por difícil que pudiera ser su experiencia. Nuestra guerra no es contra sangre y carne, sino contra fuerzas espirituales del malvado; y estas han sido derrotadas por nuestro salvador (Efesios 6:10 en adelante; nota también Efesios 1:15–23).

El cielo se regocijará cuando Satanás sea arrojado fuera, pero los moradores de la tierra no se alegrarán; porque la segunda mitad de la tribulación significará intenso sufrimiento para el mundo. El “ay” de Apocalipsis 12:12 nos recuerda los “tres ayes” que se mencionan en Apocalipsis 8:13. El primer “ay” se describe en Apocalipsis 9:1–12, y el segundo en Apocalipsis 9:13–21. El tercer “ay” se menciona en Apocalipsis 11:14 en adelante, pero este pasaje sólo resume los eventos que serán el fin del plan de Dios para la tierra. Puede ser que parte de este tercer “ay” es arrojar fuera a Satanás y permitir su terrible ira sobre la tierra.

Esta, entonces, es la tercera escena en el drama: *la ira de Satanás en la tierra* (Apocalipsis 12:13–16). Sabiendo que el tiempo que le queda es breve, y no

teniendo ya acceso al cielo, el adversario debe ventilar toda su cólera contra la tierra. Empieza con Israel (la mujer), y produce una oleada de antisemitismo. Satanás siempre ha aborrecido a los judíos porque son el pueblo escogido de Dios, y el vehículo mediante el cual la salvación vino al mundo. A Satanás le gustaría destruir a la nación, particularmente conforme el tiempo se acerca para que el Mesías vuelva a la tierra para establecer el reino prometido. Un remanente judío debe estar listo para recibirle y formar el núcleo de su reino (Zacarías 2:9–14:21; Apocalipsis 1:7).

Dios preparará un lugar especial en donde el remanente judío quedará protegido y sustentado. Es interesante que el escape del remanente de las garras de Satanás se describa en términos de un águila que vuela, porque esta es una imagen que se repite del Antiguo Testamento con referencia a Israel. Dios libró a Israel de Egipto “sobre alas de águila” (Éxodo 19:4), y cuidó a su pueblo en el desierto como el águila cuida a sus polluelos (Deuteronomio 32:11–12). Su retorno del cautiverio en Babilonia fue en “alas como las águilas” (Isaías 40:31).

Nota que el remanente quedará protegido por la segunda mitad de la tribulación. No sabemos dónde estará este lugar protegido, ni tampoco tenemos que saberlo. Pero la lección para todos nosotros es clara: Dios cuida a los que él quiere utilizar para realizar sus propósitos en la tierra. Es cierto que algunos darán sus vidas (Apocalipsis 12:11), pero otros serán librados. (Ve en Hechos 12 un ejemplo de este principio.)

La frase “agua como un río” (Apocalipsis 12:15) no se explica, pero hay un paralelo en el Salmo 124. (Nota también la frase “escapó cual ave” en el versículo 7 del mismo Salmo.) Este “río” es probablemente el derramamiento de odio y propaganda antisemita. También puede simbolizar ejércitos que invaden a Israel y procuran derrotar al remanente. Si ese es el significado, entonces la tierra que se abre bien pudiera ser un terremoto que Dios envía para destruir a los invasores. Cuando Satanás descubre que el pueblo que él trataba de matar está protegido, entonces se vuelve contra los que no fueron llevados al lugar oculto de seguridad. Declarará la guerra, y Dios le permitirá que tenga la victoria por un tiempo (Apocalipsis 13:7); pero a la larga, la serpiente antigua será derrotada.

### **La bestia que sale del mar (Apocalipsis 13:1–10)**

Algunos textos dicen: “Y él [Satanás] se paró sobre la arena del mar”. El mar simboliza a las naciones gentiles (Apocalipsis 17:15). De una de ellas Satanás hará salir a su “superlíder”, el hombre que llamamos “Anticristo”. Hasta este punto, el Anticristo ha encabezado una liga europea de diez naciones; pero ahora está a punto de embarcarse en una nueva carrera como el dictador mundial de Satanás.

Recordarás que el Anticristo empezó su carrera como un pacificador (Apocalipsis 6:2) e incluso “resolvió” el problema árabe-israelí haciendo un pacto con los judíos para protegerlos por siete años (Daniel 9:27). Esta protección permitirá que la nación reconstruya el templo y vuelva a instituir los ritos religiosos (Daniel 9:27; Apocalipsis 11:1). Pero en medio del período de siete años (tiempo que estamos estudiando ahora en Apocalipsis 10–14) romperá ese pacto, hará que cesen las ceremonias, y se establecerá a sí mismo como dios en el templo (Daniel 9:27; 2 Tesalonicenses 2:1–12).

La simbólica descripción de “la bestia” nos permite aprender algo en cuanto a su origen y carácter. Dios no lo ve como hombre, hecho a imagen divina, sino como un animal salvaje, bajo el control de Satanás. Es un hombre (Apocalipsis 13:18); pero recibe su energía del infierno, porque viene del abismo (Apocalipsis 11:7; 17:8). Así como Jesucristo es Dios encarnado, así “la bestia” será Satanás en cuerpo humano (Juan 13:2, 27).

Las siete cabezas representan siete montañas (Apocalipsis 17:9); y puesto que Roma estaba edificada sobre siete colinas, esto debe ser una referencia velada a esa poderosa ciudad (ve Apocalipsis 17:18). ¡Sería una alusión muy significativa en los días de Juan!

Los diez cuernos representan diez reinos (Daniel 7:24; Apocalipsis 17:12). Parece que “la bestia” encabezará “los Estados Unidos de Europa”, un imperio romano revivido, antes de imponerse como dictador mundial. Todas las naciones sin duda lo admirarán y le agradecerán por la “paz” que ha logrado, sin casi darse cuenta de la aflicción y destrucción que traerá al mundo.

Los tres animales mencionados en Apocalipsis 13:2 nos recuerdan las cuatro bestias que Daniel vio en su sueño (Daniel 7): un león (Babilonia), un oso (Media-Persia), un leopardo (Grecia), y una “bestia terrible” (el Anticristo). Juan vio estos animales, o reinos, en orden inverso puesto que estaba mirando *hacia atrás*, en tanto que Daniel miraba *hacia adelante*. El imperio mundial final tendrá sus raíces en todos los imperios previos y unirá en uno su poder y maldad. ¡Añadidos a la ferocidad de estas bestias estará el propio poder, trono y autoridad de Satanás!

Una vez que Satanás presente su gran “obra maestra”, el Cristo falsificado, al mundo, ¿qué sucederá después?

Primero, habrá *asombro* (Apocalipsis 13:3). Por cierto que un mundo aterrorizado se asombrará por el poder del Anticristo y su repentino aumento en la fama y autoridad internacionales. Pero la humanidad también se maravillará por la sanidad de su “herida”. ¿Qué es esta “herida”? Juan no lo explica, pero tal vez lo que escribió más adelante (Apocalipsis 17:9–13) puede ayudarnos a interpretar el simbolismo. Esta “herida” debe ser importante, porque Juan la menciona tres veces (Apocalipsis 13:3, 12, 14), incluyendo el hecho de que la produjo una espada.

Las siete cabezas representan siete montañas, pero también siete reyes o reinos (Apocalipsis 17:10). El Anticristo o “la bestia” es uno de los siete reyes (Apocalipsis 17:11), pero también es el octavo. Al parecer reina dos veces; pero, ¿cómo puede ser esto? Se ha sugerido que “la bestia” será un líder europeo que formará una federación de diez naciones (Apocalipsis 17:12), pero en el proceso lo asesinarán. Apocalipsis 11:7 y 17:8 indican que “la bestia” saldrá del abismo. ¿Es posible que Satanás (con el permiso de Dios) resucite a un hombre de los muertos? Si Satanás tiene poder para darle vida a un ídolo muerto (Apocalipsis 13:5), ¿no podría también darle vida a un cadáver?

Si “la bestia” gobernaba como uno de los siete reyes, fue matado, y luego resucitó, podría reinar como el octavo rey. Si, por otro lado, la imagen se ve como representando reinos en lugar de individuos, tendríamos la resurgencia de un “reino muerto” en la escena mundial. Sin embargo, sería difícil entender cómo la espada podría matar a un reino. Es mejor, a mi juicio, aplicar esta profecía a individuos.

No sólo que habrá asombro, sino que también habrá *adoración* (Apocalipsis 13:4). Adoración es algo que Satanás siempre ha querido (Mateo 4:8–10), y la recibirá mediante “la bestia”. La segunda “bestia”, descrita en la segunda mitad de este capítulo, organizará y promoverá la adoración del Anticristo, ¡haciéndola la religión oficial del mundo!

También habrá *palabras* (Apocalipsis 13:5–6). Casi todos los dictadores han subido al poder controlando a la gente con sus palabras. Algunos podemos recordar cuando Adolfo Hitler estaba subiendo al poder, y sabemos cómo cautivaba a multitudes gigantescas con sus discursos. Satanás hará de “la bestia” un gran orador, cuyos discursos blasfemarán a Dios, su nombre, su tabernáculo (el cielo), y los santos en el cielo. Puesto que Satanás recientemente habrá sido arrojado fuera de cielo, es de esperarse esta blasfemia.

Satanás no puede hacer nada sin el permiso de Dios (ve Job 1–2; Lucas 22:31–32), así que, la autoridad de la bestia es *delegada*, no inherente. Durará por tres años y medio, la segunda mitad de la tribulación.

En su visión de noche Daniel vio “a la bestia” como el cuarto y final imperio (Daniel 7:19–28). Allí, como en la visión de Juan, está la misma imagen de diez cuernos con la revelación añadida de que la bestia debe derrotar a tres de los reyes para ganar el control. Daniel también oyó las palabras blasfemas de la bestia (Daniel 7:25).

Finalmente, habrá *guerra* (Apocalipsis 13:7–10). Dios permitirá que el Anticristo haga la guerra contra su pueblo (“a los santos del Altísimo quebrantarán”, Daniel 7:25) e incluso que derrote a algunos de ellos. Juan profetizó que algunos de los santos serán capturados y a algunos los matarán como mártires. Pero debido a su fe, tendrán paciencia, o perseverancia (ve Hebreos 6:12; Apocalipsis 1:9), y no negarán al Señor a pesar de la persecución y la muerte.

La población del mundo estará dividida: los que son salvos, con sus nombres en el libro de Dios, no se someterán a “la bestia”; los perdidos, los moradores de la tierra, adorarán “a la bestia” y harán su voluntad. Nota que Apocalipsis 13:9 aplica esta verdad a “cualquier hombre”, sin que importe la época en que viva. Por cierto que en el día de Juan esto era significativo, porque todo ciudadano romano tenía que reconocer que “César es Señor”. De igual manera en toda época de la iglesia los verdaderos creyentes han tenido que permanecer firmes para Cristo, venga lo que venga.

Ten presente que “la bestia” es un Cristo falsificado. El mundo no recibiría a Cristo, pero recibirá al Anticristo (Juan 5:43). El mundo no creería la verdad, pero creerán la mentira (2 Tesalonicenses 2:8–12). Jesús dijo (y todavía dice) palabras benignas de salvación, y los hombres se hacen sordos; pero escucharán las palabras blasfemas de “la bestia”. El mundo no adorará al Cristo, pero se postrará ante el Anticristo.

En Apocalipsis 17 aprenderemos que “la bestia” sube al poder mediante “la ramera”, símbolo de la iglesia mundial apóstata. Esta no es ninguna denominación o fe, sino un sistema religioso mundial que ha rechazado al Hijo de Dios y la verdad de Dios. Sin embargo, cuando “la bestia” suba al poder universal, ya no necesitará a “la ramera” y posteriormente la destruirá y establecerá su propia religión satánica.

## **La bestia que sube de la tierra (Apocalipsis 13:11–18)**

En Apocalipsis 16:13; 19:20 y 20:10, a la bestia de la tierra se le llama “el falso profeta”. El dragón o Satanás es el Padre falsificado (“Seré como el altísimo”), “la bestia” es el Cristo falsificado, y el falso profeta es el Espíritu Santo falsificado. Esto completa la trinidad satánica.

Uno de los ministerios del Espíritu Santo es glorificar a Cristo y conducir a las personas a que confíen y adoren a Cristo (Juan 16:7–15). El falso profeta señalará al Anticristo y su imagen y obligará a la gente a adorar a Satanás mediante “la bestia”.

La imagen de los cuernos (Apocalipsis 13:11) sugiere que el falso profeta tiene autoridad, pero la ausencia de una corona indica que su autoridad no es política. Nuestro Señor advirtió que habría falsos profetas (Mateo 24:11, 24), y este será uno de los mayores. Tendrá el “carácter” de cordero pero voz de dragón. Qué engañador que será; ¡y todo el mundo le escuchará!

Cuando nuestro Señor ministraba en la tierra, los dirigentes judíos a menudo le pidieron que hiciera una señal para demostrar que en verdad era su Mesías; y Jesús rehusó. Pero el falso profeta hará señales engañosas que llevarán al mundo a adorar a los demonios (ve 2 Tesalonicenses 2:9). Su mayor señal será “la abominación desoladora” mencionada por Daniel (Daniel 9:27; 11:36), Jesús (Mateo 24:15) y Pablo (2 Tesalonicenses 2:4).

¿Que es “la abominación desoladora”? Es la imagen de “la bestia”, levantada en el templo de Jerusalén. Un ídolo ya es lo suficiente malo; pero levantarlo en el templo es el colmo de toda blasfemia. Puesto que Satanás no puede exigir adoración en el cielo, irá al segundo mejor lugar: el templo judío en la ciudad santa (Daniel 8:9–14).

El falso profeta, energizado por Satanás, realizará sus “maravillas engañosas” e incluso duplicará algunas de las señales que hicieron los dos testigos (Apocalipsis 13:13; ve también 11:5). Hasta este momento los dos testigos han estado ministrando en el templo de Jerusalén, pero “la bestia” los matará y se apoderará del templo. Cuando Dios resucite de los muertos a los dos testigos y los lleve al cielo, el falso profeta responderá a ese desafío dándole vida a la imagen de “la bestia”. No sólo que la imagen se moverá, ¡sino que hablará!

No contento con controlar a la gente mediante el engaño religioso, el falso profeta también instituirá fuertes medidas económicas. Todos (excepto los creyentes; Apocalipsis 20:4) recibirán una marca especial a fin de comprar o vender; pero la única manera de recibir esa marca será sometándose a “la bestia” y adorándolo. Con certeza esta es una fuerte alusión a la adoración al César en el imperio romano, pero la misma forma de procedimiento la han usado dirigentes políticos en toda la historia.

Esta marca especial es el nombre o número de “la bestia”; el místico 666. En el mundo antiguo las letras del alfabeto se usaban como números, tanto en griego como en hebreo; y los que estudian la Biblia han estado intentando por años desentrañar el misterio de este nombre y número. Si uno se esfuerza lo suficiente, ¡casi *cualquier* nombre encajará allí!

Puesto que el hombre fue creado en el sexto día, seis es el número del hombre. La creación fue hecha para el hombre, y de igual manera tiene el número

6 estampado en ella: 24 horas en el día ( $6 \times 4$ ), 12 meses en el año ( $6 \times 2$ ). Siete es el número de perfección y plenitud, pero seis es el “número humano”, quedando falto de la perfección.

A pesar de todos los cálculos imaginativos del hombre, debemos confesar que nadie sabe el significado de este número y nombre. Sin duda los creyentes en la tierra en ese tiempo lo entenderán con claridad. La “trinidad satánica” no puede apropiarse del número siete; debe conformarse con el 666.

Esto es seguro: en años recientes hemos visto un aumento mundial del uso de números para identificación. En los Estados Unidos de América el número de seguro social de una persona es indispensable. Es más, los números son más importantes para las computadoras que los nombres. Tal vez esta es una advertencia anticipada de lo que sucederá en la tierra cuando “la bestia” tenga el control.

Hemos llegado a la mitad de la tribulación en nuestro estudio, pero todavía no estamos listos para el retorno del Señor. Antes de que Juan revelara cómo el gran drama llegará a su fin, se detuvo para dar un vistazo a los grandes eventos por venir, y ese será nuestro siguiente tema.

Un sistema anticristiano está presente en nuestro mundo, y los verdaderos creyentes no deben ser parte del mismo (1 Juan 2:15–17). Debemos evitar la falsa adoración (1 Corintios 10:14–22), para que seamos hallados fieles al Señor en estos últimos días (2 Timoteo 3).

## 9

# Voces de Victoria

## Apocalipsis 14–16

Uno de los temas que enlaza Apocalipsis 14–16 lo expresa la palabra “voz”, que se usa once veces. En los eventos que se registran, Dios habla a su pueblo y al mundo perdido, o sus criaturas hablan en alabanza al Señor o en advertencia al mundo. Conforme el mundo entra a la segunda mitad de la tribulación, el cielo no está en silencio.

### La voz de los 144.000 (Apocalipsis 14:1–5)

Dios selló a este grupo especial de judíos antes de que se abriera el séptimo sello (Apocalipsis 7), y ahora se les ve en el monte Sion con el Señor Jesucristo. Contrasta este cuadro con el descrito en Apocalipsis 13: los seguidores de “la bestia” cuya marca está en sus frentes (Apocalipsis 13:16). Dios siempre tiene sus fieles, por perverso que se vuelva el mundo.

Los 144.000 están *de pie* con Cristo en el monte de Sion, pero, ¿cuál monte Sion: el celestial (Hebreos 12:22–24) o el terrenal? Personalmente creo que este es el monte Sion celestial, y que la escena vislumbra la coronación de Cristo y el establecimiento de su reino cuando él vuelva a la tierra (Zacarías 14:4 en adelante). Cristo hoy está en el trono en el Sion celestial (Salmo 2:6), y nosotros estamos en tronos con él (Efesios 2:6). La escena de Apocalipsis 14 le asegura al pueblo de Dios que él se preocupa por los suyos y finalmente los llevará a la gloria.

No sólo que los 144.000 están de pie, sino que también están *cantando* (Apocalipsis 14:2–3). Debido a las experiencias especiales que tuvieron durante la tribulación, tienen un canto nuevo que entonar y del que otros no pueden participar (ve Salmo 33:3; 40:3; 96:1; 98:1; 144:9; 149:1). Los acompañan arpas celestiales y otras voces celestiales. ¡Anima saber que un día nuestras tristezas serán transformadas en cantos!

Juan también señaló su *separación* (Apocalipsis 14:4–5). Los 144.000 no pertenecen a la tierra porque han sido redimidos *de* la tierra. No son moradores de la tierra, sino ciudadanos del cielo. Los creyentes hoy no pertenecen a este grupo muy especial pero, como ellos, han sido redimidos y no son parte del sistema de este mundo (ve Juan 17:14–19; Filipenses 3:17–21).

La frase “no se contaminaron con mujeres” no implica que el sexo dentro del matrimonio sea malo, porque no lo es (Hebreos 13:4). Meramente indica que estos 144.000 hombres judíos eran solteros. En la Biblia la fornicación y el adulterio es un cuadro de la idolatría (Éxodo 34:15; Santiago 4:4). En tanto que la mayoría del mundo se postró ante la imagen de “la bestia”, los 144.000 fueron fieles al Dios verdadero. Mientras que otros mintieron para conseguir lo que necesitaban, los 144.000 fueron intachables y sin engaño.

El término “primicias” quiere decir *lo mejor de lo mejor*. Pero también lleva la idea de una cosecha que se espera. En la Fiesta de las Primicias, el sacerdote presentaba la gavilla ante el Señor como señal de que toda la cosecha le pertenecía a él (Levítico 23:9–14). Los 144.000 pueden ser las primicias de la cosecha por venir; pueden ser el núcleo del reino venidero. Sin embargo, sería difícil que una compañía *celestial* como ésta estableciera un reino terrenal.

### **Las voces de los ángeles (Apocalipsis 14:6–20)**

Por lo menos seis ángeles diferentes intervienen en esta escena, cada uno con un mensaje particular para proclamar.

**“¡El juicio viene!”** (vs. 6–7). Durante la edad presente, los ángeles no tienen el privilegio de predicar el evangelio. Esa responsabilidad le ha sido dada al pueblo de Dios. En tanto que las naciones temerán a “la bestia” y le honrarán, este mensajero celestial las llama a temer y honrar sólo a Dios. Es un recordatorio de que Dios es el Creador y sólo él merece adoración. Este no es el mensaje del evangelio como nosotros lo conocemos (1 Corintios 15:1–4); sino más bien es un regreso al mensaje de Romanos 1:18 en adelante; que los teólogos llaman “teología natural”.

Toda la creación da testimonio de la existencia de Dios tanto como de su poder y sabiduría. Con todo, “la bestia” convencerá a los hombres de que él está a cargo

del mundo, y que sus destinos están en las manos de él. El mensaje del ángel llama a los hombres de regreso a lo básico: Dios es el Creador; adórenle y sírvanle. El temor del Señor, y no el temor de “la bestia”, es la fuente de la sabiduría (Proverbios 9:10).

**“¡Babilonia ha caído!”** (v. 8). Esta proclamación se da como una vislumbre de los eventos de Apocalipsis 18 (ve también Apocalipsis 16:18–19). Los consideraremos con detalle allá. “Babilonia” es el nombre que Dios le da al sistema del mundo de “la bestia”, toda la organización económica y política por la cual él gobierna. “La ramera” (Apocalipsis 17) es el sistema religioso que “la bestia” utilizará para ayudarle a edificar su organización. Cuando el Anticristo establezca su propia religión (Apocalipsis 13:11–15), destruirá a la “ramera”; pero es Dios quien destruirá a Babilonia.

**“¡Escapen de la ira de Dios!”** (vs. 9–13). El tercer mensaje se dirige en especial a los que han decidido seguir a “la bestia”. Es una advertencia de que “el camino fácil” en realidad es el camino difícil, y que “seguir la corriente del mundo” quiere decir *alejarse de Dios*. El texto griego dice: “Si algún hombre continúa adorando a la bestia”, sugiriendo que todavía hay oportunidad para el arrepentimiento y la salvación.

“Beber el cáliz” a veces se usa como una imagen del juicio (Jeremías 25:15 en adelante; 51:7 en adelante; nota también Apocalipsis 14:8). Los juicios finales de Dios sobre la humanidad serán “copas de ira” derramadas desde el cielo (Apocalipsis 16). Dios no mezclará misericordia con este juicio (Salmo 75:8; Habacuc 3:2), sino que derramará su indignación sin diluir sobre un mundo rebelde.

Imágenes como “fuego y azufre” (Apocalipsis 14:10) y “humo” (Apocalipsis 14:11) preocupan a algunos. Preguntan: “¿Cómo puede un Dios de amor en realidad permitir que sus criaturas sufran tormento eterno?” Pero debemos tener presente que el amor de Dios es un amor *santo*, y no se basa en sentimentalismo, y por consiguiente él *debe* lidiar justamente con el pecado. Tal vez no nos guste la palabra “tormento”, pero sea como sea está aquí (Apocalipsis 14:10; ve también 9:5; 11:10; 20:10).

También debemos tener presente que Dios repetidamente les ha advertido a los pecadores y les ha dado oportunidad para que se arrepientan. El primer ángel de esta serie invitó a los pecadores a volverse a Dios, y el segundo advirtió que todo el sistema “de Babilonia” sería destruido. Si la gente persiste en sus pecados incluso después de que Dios envía juicio y advertencias, la culpa es sólo de ellos.

Juan quería que sus lectores vieran el contraste entre Apocalipsis 14:11 y 13: no hay descanso para el malvado, pero descanso eterno para los santos (ve 2 Tesalonicenses 1:3–12). ¡Es mejor reinar con Cristo para siempre que con el Anticristo por unos pocos años! ¡Es mejor soportar la persecución con paciencia ahora que escapar de ella y sufrir toda la eternidad!

**“¡La cosecha está madura!”** (vs. 14–20). La Persona que se presenta aquí en una nube blanca es sin duda nuestro Señor Jesucristo (ve Daniel 7:13–14; Apocalipsis 1:13). Hemos tenido la imagen del cáliz, y ahora tenemos la imagen de la cosecha, tanto de grano (Apocalipsis 14:14–16) y de las uvas (Apocalipsis 14:17–20). De nuevo, esto es en espera del juicio final del mundo.

Aunque ganar almas perdidas para Cristo a veces se describe como cosecha (Juan 4:34–38), esta imagen también se usa para el castigo divino (Mateo 13:24–30, 36–43; Lucas 3:8–17). Dios permite que las semillas de iniquidad crezcan hasta que estén maduras, y entonces castiga (Génesis 15:16).

La cosecha de las uvas a menudo es un cuadro del juicio (ve Joel 3:13 en adelante, que predice el Día del Señor). En realidad, las Escrituras proveen tres diferentes “vides”. Israel era la vid de Dios, plantada en la tierra para llevar fruto para la gloria de Dios, pero la nación le falló a Dios y él tuvo que cortarla (Salmo 80:8–16; Isaías 5:1–7; ve también Mateo 21:33–46). Hoy, Cristo es la Vid y los creyentes son ramas en él (Juan 15). Pero el sistema del mundo también es una vid, “la vid de la tierra” en contraste a Cristo, la Vid celestial; y está madurando para el juicio. El sistema perverso, Babilonia, que intoxica a la gente y la controla, un día será derribado y destruido “en el gran lagar de la ira de Dios”.

Algunos ven en esta imagen un cuadro anticipado de la “batalla del Armagedón”, cuando los ejércitos del mundo se reunirán contra Jerusalén (Zacarías 14:1–4; Apocalipsis 16:16). Por cierto que Juan está usando hipérbole al describir un río de sangre de más de un metro de profundidad y de aproximadamente 350 kilómetros de largo (ve también Isaías 63:1–6). Hoy Dios está hablando al mundo en gracia, y los hombres no escuchan. Un día él hablará en ira. La copa amarga se beberá, y la cosecha del pecado se cosechará, y la vid de la tierra será derribada y echada en el lagar.

### **La voz de los vencedores (Apocalipsis 15:1–4)**

En este punto Juan vio a los siete ángeles que tenían las siete copas de la ira de Dios, listos para la acción. El mundo perverso está a punto de beber “del vino de la ira de Dios” (Apocalipsis 14:10); pero antes de que los ángeles derramen sus juicios, hay un “interludio” de bendición. Antes de enviar el “tercer ay” (Apocalipsis 11:14), Dios de nuevo asegura a sus fieles.

Juan vio a los creyentes de la tribulación que habían vencido a “la bestia” y su sistema. Estas son personas que “menospreciaron sus vidas hasta la muerte” (Apocalipsis 12:11). Puesto que no cooperaron con el sistema satánico ni recibieron la marca de “la bestia”, no podían ni comprar ni vender (Apocalipsis 13:17). Dependían totalmente del Señor para su pan cotidiano. Algunos fueron echados en la cárcel y a algunos los mataron (Apocalipsis 13:10); pero todos practicaron fe y paciencia.

Toda esta escena nos recuerda a Israel después del éxodo. La nación había sido librada de Egipto por la sangre del cordero, y el ejército egipcio había quedado destruido en el mar Rojo. En agradecimiento a Dios, los israelitas se pararon junto al mar y entonaron “el cántico de Moisés”.

Los santos de la tribulación a quienes Juan vio y oyó están de pie junto al “mar de vidrio” en el cielo (Apocalipsis 4:6), tal como los israelitas estuvieron junto al mar Rojo. Estaban cantando “el cántico de Moisés” y también “el cántico del Cordero”. “El canto de Moisés” se registra en Éxodo 15, y su estribillo es: “Jehová es mi fortaleza y mi cántico, y ha sido mi salvación” (Éxodo 15:2). Los 144.000 entonaban un canto que nadie más podía cantar; pero este es un canto que *todos* los santos pueden entonar.

Cuando Israel volvió del cautiverio en Babilonia y restableció su gobierno y restauró la adoración en el templo, usaron este mismo estribillo en los cultos de dedicación (Salmo 118; ve especialmente el versículo 14).

En el futuro, cuando Dios llame a su pueblo de regreso a su tierra, Isaías profetizó que ellos entonarían de nuevo este canto (Isaías 11:15–12:6). “El cántico de Moisés” en verdad es un canto importante en el himnario de la nación judía.

Esta escena les daría gran seguridad y perseverancia a los santos sufrientes de cualquier edad de la iglesia cristiana. ¡Es posible ser victorioso sobre el sistema del mundo! Uno no tiene que someterse a “la marca de la bestia”. Por la sangre del Cordero tenemos liberación. La obra de nuestro Señor en la cruz es un “éxodo espiritual” conseguido con su sangre. (Nota Lucas 9:31, en donde la palabra “partida” es *éxodo* en el griego.)

En su canto, los santos de la tribulación alaban las *obras* de Dios tanto como sus *caminos*. Los moradores de la tierra por cierto no alabarían a Dios por sus obras, y jamás entenderían sus caminos. Las obras de Dios son grandes y maravillosas, y sus caminos son justos y verdaderos. No hay queja aquí en cuanto a la manera en que Dios permitió que estos santos sufrieran. Nos ahorraría mucha tristeza si reconoceríamos la soberanía de Dios de la misma manera hoy. “Justo es Jehová en todos sus caminos, y misericordioso en todas sus obras” (Salmo 145:17).

La frase “Rey de los santos” también se puede leer “Rey de las edades”. Dios es el Rey eterno, pero también está a cargo de la historia. Nada sucede por accidente. Los cantores están glorificando a Dios y dándole honor, la misma alabanza que el primer ángel proclamó en Apocalipsis 14:7. Antecedentes de este canto se pueden hallar en los Salmos 86:9; 90:1–2; 92:5; 98:2; 111:9 y 145:17.

Apocalipsis 15:4 es otro anticipo del reino, prediciendo el tiempo cuando todas las naciones adorarán al Cordero y le obedecerán. Este versículo también anuncia que los juicios de Dios están a punto de manifestarse.

### **La voz del cumplimiento (Apocalipsis 15:5–16:21)**

La “gran voz” que sale del templo les ordena a los siete ángeles que derramen el contenido de sus copas (Apocalipsis 16:1), después de lo cual anuncia “Hecho está” (Apocalipsis 16:17). ¡El “misterio de Dios” está concluido! (Apocalipsis 10:7). Los mártires en la gloria habían preguntado: “¿Hasta cuándo?” (Apocalipsis 6:9–11) y ahora su clamor será contestado.

Los siete ángeles salen del templo celestial (ve Apocalipsis 11:19), porque su tarea es santa como son los juicios que traen. Las ropas de los ángeles nos recuerdan las vestiduras sacerdotales, porque su servicio es un ministerio divino. Cuando el tabernáculo y el templo del Antiguo Testamento fueron dedicados, la gloria de Dios llenó estos edificios terrenales (Éxodo 40:34–35; 2 Crónicas 7:1–4); pero ahora el templo *celestial* se llena de humo (ve Isaías 6:4; Ezequiel 10:4). Este humo de igual manera es evidencia de la gloria y el poder de Dios.

Cada uno de los ángeles tiene un “blanco” específico para el contenido de su copa. Los moradores de la tierra ya han sufrido por los juicios de los sellos y las trompetas, pero esta serie final de juicios será el fin del plan de Dios, conduciendo a la caída de Babilonia y al retorno de Jesucristo a la tierra.

**Úlceras dolorosas** (v. 2). Esta copa de juicio nos recuerda la sexta plaga de Egipto (Éxodo 9:8–12; nota también Deuteronomio 28:27, 35). Sólo los que se han sometido a “la bestia” y que han rechazado la advertencia del primer ángel sufrirán este juicio (Apocalipsis 14:6, 7).

Apocalipsis 16:10–11 sugiere que estas úlceras no desaparecerán; porque para cuando se derrame la quinta copa la gente todavía está sufriendo por el dolor del primer juicio. Sin embargo su dolor no hará que se arrepientan (ve Apocalipsis 9:20–21). William R. Newell solía decir: “Si la gracia no gana a los hombres, nada los ganará”.

Es un pensamiento asombroso considerar a casi toda la población del mundo sufriendo de una enfermedad dolorosa que nada puede curar. El constante dolor afecta la disposición de la persona al punto que le es difícil llevarse bien con los demás. Las relaciones humanas durante ese período por cierto serán de lo peor.

**Las aguas se convierten en sangre** (vs. 3–6). La segunda y tercera copas están en paralelo a la primera plaga de Egipto (Éxodo 7:14–25). La segunda copa se centra en el mar, y la tercera convierte las aguas tierra adentro (ríos y manantiales) en sangre. Cuando tuvo lugar el juicio de la segunda trompeta, una tercera parte del mar se volvió sangre; pero con este juicio todo el sistema de mares y océanos queda contaminado. La tercera trompeta hizo de una tercera parte de las aguas tierra adentro amargas como ajeno; pero la tercera copa convertirá todas esas aguas amargas en sangre.

El cielo da justificación para este terrible juicio: los moradores de la tierra han derramado la sangre del pueblo de Dios, así que es justo que ellos beban sangre. En el gobierno de Dios, el castigo es de acuerdo al crimen. El faraón trató de ahogar a los niños hebreos, pero fue su propio ejército el que a la larga se ahogó en el mar Rojo. Amán planeó ahorcar a Mardoqueo y exterminar a los judíos; pero a él mismo lo colgaron en una horca, y exterminaron a su familia (Ester 7:10; 9:10). El rey Saúl rehusó obedecer a Dios y matar a los amalecitas, así que a él lo mató un amalecita (2 Samuel 1:1–16).

**Gran calor del sol** (vs. 8–9). Toda la vida de la tierra depende de la luz del sol. En los juicios previos, una parte del sol se había oscurecido (Apocalipsis 8:12), pero ahora el calor del sol aumenta. Cualquiera que ha estado en un desierto sabe lo implacable que puede ser el calor del sol. Recordando también que los sistemas de agua ahora son inútiles, se puede imaginar cómo la gente sufrirá de sed. ¡Ay, ni siquiera este juicio llevará a los hombres a sus rodillas! (Ve Malaquías 4:1.)

**Oscuridad** (vs. 10–11). Esta no es oscuridad mundial; sólo “la bestia”, su trono, y su reino son afectados. Esto nos recuerda la quinta trompeta (Apocalipsis 9:2) y la novena plaga (Éxodo 10:21–23). ¿Dónde está el trono de “la bestia”? Su imagen está en el templo de Jerusalén, así que puede ser ese su centro de operación. Tal vez esté gobernando desde Roma, en cooperación con la iglesia apóstata que tiene su sede allí.

Cuando Dios envió la novena plaga a Egipto toda la tierra quedó en oscuridad, excepto por Gosén, donde vivían los israelitas. El juicio de la quinta copa es justo lo opuesto: hay luz para el mundo, ¡pero oscuridad reina en la sede de “la bestia”! Por cierto esto será un gran golpe para su “imagen” por toda la tierra.

**El Éufrates se seca** (vs. 12–16). Este famoso río ya se mencionó antes en Apocalipsis, cuando se tocó la sexta trompeta (Apocalipsis 9:13 en adelante) y se

soltaron a los ángeles que estaban atados allí. En ese tiempo también fue libertado un ejército de jinetes demoníacos. Ahora, un ejército de las naciones del mundo se reúne para la gran batalla del Armagedón. El hecho de que el río se seque hará posible que el ejército de “los reyes del oriente” venga a Palestina e invada la Tierra Santa.

A menudo hablamos de “la batalla de Armagedón”, pero en ninguna parte la Biblia usa esa frase. El 2 de septiembre de 1945, cuando el general Douglas MacArthur supervisaba la firma del tratado de paz con Japón, él dijo: “Hemos tenido nuestra última oportunidad. Si no diseñamos algo mayor y más equitativo [que la guerra], el Armagedón estará a nuestra puerta”.

El nombre “Armagedón” viene de dos palabras hebreas: *har Megiddo*, que significan *colina de Megido*. La palabra “Megido” quiere decir *lugar de tropas*, o *lugar de matanza*. También se le llama la llanura de Esdraelón o valle de Jezreel. El área tiene aproximadamente veinte kilómetros de ancho y más o menos treinta kilómetros de largo, y forma lo que Napoleón llamó “el campo de batalla más natural de toda la tierra”. Estando en el monte Carmelo y mirando a la gran llanura, es fácil entender por qué sería usado para reunir a los ejércitos de las naciones.

Fue en esta llanura que Barac derrotó a los ejércitos de Canaán (Jueces 5:19). Gedeón les hizo frente a los madianitas allí (Jueces 7) y fue allí que el rey Saúl perdió su vida (1 Samuel 31). El general romano Tito y su ejército usó este corredor natural, así como también los cruzados en la Edad Media. El general británico Allenby lo usó cuando derrotó a los ejércitos turcos en 1917.

Desde el punto de vista humano, parece que los ejércitos de las naciones se reúnen por cuenta propia; pero Juan indica claramente que el movimiento militar sigue el plan de Dios. La trinidad satánica, mediante poderes demoníacos, influirá en las naciones y hará que los gobernantes reúnan a sus ejércitos. Incluso obrarán milagros que impresionarán a los gobernantes y los harán cooperar. Pero esto simplemente cumplirá la voluntad de Dios y realizará sus propósitos (ve Apocalipsis 17:17). Las naciones gentiles mirarán al Armagedón como una batalla, pero para Dios, será solamente un “banquete” para las aves del cielo (Apocalipsis 19:17–21).

Zacarías 12 y 14 describen este evento desde el punto de vista de Israel. Puesto que “la bestia” ha levantado su imagen en el templo de Jerusalén, y puesto que muchos de los judíos no se postraron ante él, es natural que la ciudad santa sea el objeto del ataque. Sin embargo, no sólo los judíos intervienen; porque Dios tiene igualmente un propósito para las naciones gentiles. Joel 3:9–21 es paralelo a las referencias de Zacarías, y Joel 3:19 indica con claridad que Dios castigará a los gentiles por la manera en que han tratado a los judíos (Ve también Isaías 24; Sofonías 3:8 en adelante.)

El resultado de la “batalla” se anota en Apocalipsis 19: el Señor vuelve y derrota a sus enemigos. Obviamente, la reunión y marcha de los ejércitos no es problema para el Dios Todopoderoso. Cuando las naciones rugen y le desafían, “El que mora en los cielos se reirá; El Señor se burlará de ellos. Luego hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira” (Salmo 2:4–5).

**“¡Hecho está!”** (vs. 17–21). El diablo es “el príncipe de la potestad del aire”, así que tal vez esta séptima copa tenga un efecto especial en su dominio (Efesios 2:2). Pero el resultado inmediato es un terremoto devastador que afecta las

ciudades de las naciones. Dios está a punto de juzgar a todo el sistema de Satanás: su sistema religioso (la ramera, Apocalipsis 17), su sistema político y económico (Babilonia, Apocalipsis 18), y su sistema militar (los ejércitos, Apocalipsis 19).

La “gran ciudad” (Apocalipsis 16:19) probablemente es Jerusalén (ve Apocalipsis 11:8). El profeta Zacarías profetizó un terremoto que cambiaría la topografía de Jerusalén (Zacarías 14:4). Pero la idea clave aquí es que Babilonia caerá (ve Jeremías 50–51). Dios destruirá por completo al gran sistema económico de “la bestia”, que subyugó a la gente del mundo.

Añadido al terremoto habrá una granizada con granizo de tremendo peso (¡un talento de plata pesa como 60 kilos!). Este juicio es recordativo de la séptima plaga de Egipto (Éxodo 9:22–26). Tal como el faraón y los dirigentes egipcios no se arrepintieron, tampoco los moradores de la tierra se arrepentirán; es más, ¡blasfemarán contra Dios! Con razón viene el granizo, porque había que apedrear a los blasfemos hasta que murieran (Levítico 24:16).

Repasando estos tres capítulos vemos el estímulo que les dan a los cristianos que sufren. Los 144.000 sellados llegarán al monte Sión y alabarán a Dios (Apocalipsis 14:1–5). Los mártires también estarán en la gloria, alabando a Dios (Apocalipsis 15:1–4). El mensaje de Juan es claro: ¡es posible tener la victoria sobre “la bestia” y ser un vencedor!

Los movimientos de ejércitos, confederaciones de las naciones, y oposición mundial a Dios no pueden impedir que Dios cumpla su Palabra y realice sus propósitos. Los hombres piensan que son libres para hacer como se les antoje, pero en realidad, ¡lo que están haciendo es cumplir los planes y propósitos de Dios!

Toda generación de creyentes ha podido identificarse con los sucesos de Apocalipsis 14–16. Siempre ha habido una “bestia” que oprime al pueblo de Dios y un falso profeta que trata de hacer que se descarríen. Siempre hemos estado a punto de un “Armagedón” conforme las naciones hacen la guerra.

Pero en los últimos días estos eventos se acelerarán, y las profecías de la Biblia en última instancia se cumplirán. Estoy convencido de que la iglesia no estará en la escena en ese tiempo, pero habrá creyentes, tanto judíos como gentiles, que estarán vivos y tendrán que soportar el gobierno del Anticristo.

La amonestación de Apocalipsis 16:15 se aplica a todos nosotros: “He aquí, yo [Jesús] vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela, y guarda sus ropas, para que no ande desnudo, y vean su vergüenza”. Jesucristo puede volver en cualquier momento, y nos conviene mantener nuestras vidas limpias, vigilar y ser fieles.

## Apocalipsis 17–18

Empezando en Apocalipsis 17 Juan describe paso a paso la victoria del Cordero sobre la bestia y su reino. En Apocalipsis 17 se juzga al sistema religioso; en Apocalipsis 18 cae víctima el sistema político y económico. Finalmente, el Señor mismo vuelve a la tierra; juzga a Satanás, la bestia, y al falso profeta (Apocalipsis 19:19–20); y entonces establece su reino.

Una razón por la que Juan usó simbolismo fue para que su mensaje animara a los creyentes en cualquier período de la historia de la iglesia cristiana. La verdadera iglesia es una virgen pura (Apocalipsis 19:7–8; ve también 2 Corintios 11:2), pero el falso sistema religioso es una “ramera” que ha abandonado la verdad y se ha prostituido por ganancia personal. En toda época había una “ramera” que ha perseguido al pueblo de Dios; y esto culminará en los últimos días en un apóstata sistema religioso con alcance mundial.

De igual manera, toda época ha tenido una “Babilonia”, un sistema político y económico que ha procurado controlar la mente de las personas y sus destinos. Tal como el contraste a una “ramera” es la esposa pura, así el contraste a “Babilonia” es la ciudad de Dios, la nueva Jerusalén, el hogar eterno preparado para la esposa del Cordero (Apocalipsis 21:9 en adelante). Cada generación de creyentes debe mantenerse pura de la contaminación tanto de la “ramera” como de “Babilonia”.

En estos dos capítulos Juan profetiza dos juicios divinos.

### La desolación de la ramera (Apocalipsis 17)

La escena empieza con *una invitación* (Apocalipsis 17:1–2). Uno de los ángeles invita a Juan a que venga y vea lo que Dios hará con el sistema religioso mundial de la bestia. Cuatro veces en este capítulo a la mujer se le llama “ramera” (Apocalipsis 17:1, 5, 15–16); y a su pecado se le llama “fornicación” (Apocalipsis 17:2, 4). Su influencia perversa se ha extendido a todo el mundo, alcanzando incluso a lugares altos (“los reyes de la tierra”).

Después de la invitación Juan fue llevado “en el Espíritu” al desierto. Allí vio a la ramera y escribió *la descripción* de lo que vio (Apocalipsis 17:3–6). Génesis 2 habla de una esposa pura en un huerto encantador; pero para cuando la Biblia termina, ¡la civilización se ha degenerado en una ramera impura en un desierto! Eso es lo que el pecado le hace al mundo.

La descripción es muy completa. La mujer está vestida de vestidos costosos, decorados con oro y piedras preciosas. Tiene en su mano una copa de oro y está borracha con la sangre de los santos. En su frente (ve Apocalipsis 13:16; 14:1) tiene un nombre especial.

Su postura es importante. Está “sentada sobre muchas aguas” (Apocalipsis 17:1), y sobre una bestia escarlata con siete cabezas y diez cuernos. Con razón Juan quedó “asombrado con gran asombro” cuando contempló a la mujer y a la bestia.

Pero, ¿qué significa todo esto? Felizmente el ángel le dio a Juan (y a todos los creyentes) *la explicación* de estos símbolos (Apocalipsis 17:7–18).

Empecemos con *la mujer*. Apocalipsis 17:18 indica con claridad que se la identifica con una ciudad que existía en los días de Juan (“reina” está en tiempo presente). Esta ciudad es próspera y poderosa, pero también idólatra (“blasfemia”) y peligrosa. Por un lado, contamina a las naciones con su inmundicia y abominación (representado con el cáliz de oro); por otro lado, persigue a los que pertenecen al Señor (Apocalipsis 17:6). Poder, riqueza, contaminación, persecución: esas palabras resumen la intervención de la “gran ramera” a escala mundial.

El nombre de la mujer también incluye “misterio” (Apocalipsis 17:5). En el Nuevo Testamento un “misterio” es una verdad oculta que sólo los iniciados espiritualmente pueden entender. Captar uno de los misterios de Dios requiere inteligencia y discernimiento espirituales. En este caso, el misterio tiene que ver con Babilonia.

La ciudad de Babilonia fue fundada por Nimrod (Génesis 10:8–11). El nombre “Babel” quiere decir *puerta de Dios*. Irónicamente, la famosa torre de Babel (Génesis 11:1–9) fue un intento idólatra del hombre para desafiar a Dios. Cuando el Señor envió castigo sobre los constructores haciendo muchos idiomas del lenguaje único de la humanidad, la palabra “Babel” llegó a significar *confusión*. Más adelante en la historia Babilonia llegó a ser un gran imperio antes de caer finalmente ante Media y Persia. Pero desde el principio de la ciudad de Nimrod en Génesis 10, una insidiosa “influencia babilónica” contra Dios se ha sentido en toda la historia.

La mujer es “la gran ramera”, pero también es “la madre de las rameras”. El sistema babilónico, de una manera u otra, ha dado a luz a todas las religiones falsas. Ella también ha seducido a los hombres para que se opongan a Dios y persigan a sus siervos.

Las siete montañas (Apocalipsis 17:9) probablemente simbolizan a la ciudad de Roma, construida sobre siete colinas. Por cierto que en el día de Juan el imperio romano vivía en lujo, esparciendo falsa religión, contaminando a las naciones con su idolatría y pecado, y persiguiendo a la iglesia cristiana.

Los lectores de Juan no se sorprenderían cuando Juan usó a una ramera perversa para simbolizar una ciudad o un sistema político que eran perversos. Dios incluso llamó ramera a Jerusalén (Isaías 1:21). Isaías dijo que Tiro era una ramera (Isaías 23:16–17) y Nahúm la misma designación para Nínive (Nahúm 3:4). (Lee en Jeremías 50–51 otros paralelos históricos del mensaje profético de Juan.)

Como se anotó antes, escarlata o rojo es el color de Satanás (Apocalipsis 12:3) y del pecado (Isaías 1:18). El escarlata era un color popular en Roma, y tanto el escarlata y el púrpura estaban asociados con rango y riquezas.

Pero no se debe separar a la mujer de la bestia que la lleva. La bestia tiene siete cabezas y diez cuernos. Las siete cabezas simbolizan siete montañas (Apocalipsis 17:9) y también siete reyes o reinos (Apocalipsis 17:10), siguiendo al cuadro del Antiguo Testamento (Salmo 30:7; Daniel 2:35). Ya he indicado que las siete montañas se pueden interpretar geográficamente como las siete colinas de Roma, pero también se pueden interpretar históricamente como siete reinos.

De acuerdo a Apocalipsis 17:10, cinco de estos reyes (o reinos) han pasado de la escena, uno estaba presente en el día de Juan, y uno estaba por venir. Si es

así, entonces los cinco reinos *pasados* serían Egipto, Asiria, Babilonia, Persia y Grecia. El reino *presente* sería Roma, y el reino *futuro* sería el de la bestia. A fin de entender Apocalipsis 17:10–11, debemos considerar Apocalipsis 17:12.

La bestia no sólo tiene siete cabezas, sino también diez cuernos, que representan a diez reyes. Pero estos son reyes muy especiales: ellos capacitan a la bestia para que suba al poder e incluso están dispuestos a cederle su autoridad. Recuerda que a la apertura del primer sello (Apocalipsis 6:1, 2), el Anticristo empezó su conquista “pacífica” de las naciones. Organizó los “Estados Unidos de Europa”, logró paz en el Medio Oriente, y parecía ser el gran dirigente que estaba buscando el mundo atormentado.

Pero en medio de ese período de siete años, este gobernante rompió su pacto con Israel (Daniel 9:27) y empezó a perseguir al pueblo de Dios así como también a la nación de Israel. Energizado por Satanás y ayudado por el falso profeta, la bestia se convirtió en el dictador mundial y su dios. De esta manera, la bestia era a la vez “uno de los siete [reyes, reinos]” pero también “el octavo”. Su reino no era sino una revivificación del imperio romano (“uno de los siete”), pero también era un reino nuevo (“el octavo”).

Pero, ¿cómo se relaciona todo esto con Babilonia? El “sistema babilónico” de la religión falsa ha sido parte de la historia desde que Nimrod fundó su imperio. Los eruditos han descubierto que esto ¡se parece asombrosamente a la verdadera fe cristiana! Ay, es la falsificación satánica de la verdad de Dios. Los babilonios practicaban la adoración a la madre y al hijo, e incluso creían en la muerte y resurrección del hijo.

Los lectores del día de Juan identificarían a la ramera con el imperio romano. Los lectores de la Edad Media podían identificarla con el sistema eclesiástico de Roma. Hoy, algunos creyentes ven a la ramera y el sistema babilónico en una “iglesia mundial” apóstata que minimiza la verdad doctrinal, rechaza la autoridad de la Palabra de Dios, y trata de unir a los que profesan ser creyentes según alguna otra base que no es la fe en Jesucristo.

Sin embargo, en los días cuando la profecía de Juan se cumpla, sucederá algo asombroso: el mismo sistema que llevaba a la ramera ¡la dejará desolada! Es importante notar que *la bestia lleva a la ramera*. Satanás (el Anticristo) usará el apóstata sistema religioso para lograr sus propios fines (es decir, lograr poder mundial); pero entonces descartará a la ramera y abrazará su propio sistema religioso. Todo esto será el cumplimiento de la Palabra de Dios (Apocalipsis 17:17).

Puesto que la bestia levanta su imagen en el templo como a mediados de la tribulación, podemos dar por sentado que la ramera y la bestia trabajan juntos durante esos primeros tres años y medio. Esto es corroborado por el hecho de que los diez reyes le ayudan a desolar a la ramera (Apocalipsis 17:16). Estos son los mismos diez reyes asociados con la bestia cuando él organiza los “Estados Unidos de Europa” durante la primera mitad de la tribulación.

En toda la historia los sistemas políticos han “usado” a los cuerpos religiosos para promover sus causas políticas. Al mismo tiempo, la historia de la iglesia revela que grupos religiosos han usado a la política para lograr sus propósitos. El matrimonio de la iglesia y el estado no es feliz, y a menudo ha procreado hijos que han producido serios problemas. Cuando los dictadores son amigos de la religión,

por lo general es una señal de que quieren usar la influencia de la religión y luego destruirla. La iglesia de Jesucristo ha sido más influyente en el mundo cuando ha mantenido una posición separada.

Compara la descripción de la desolación de la ramera con la muerte de Jezabel (2 Reyes 9:30–37).

Finalmente, nota que los que confían en el Señor no se dejan influir por la ramera ni son derrotados por los reyes (Apocalipsis 17:14). De nuevo, Juan recalca que los verdaderos creyentes son los “vencedores”.

La religión falsificada de Satanás es sutil, y se requiere discernimiento espiritual para reconocerla. Fue la gran preocupación de Pablo que las iglesias locales que él fundó no se dejaran seducir y se alejaran de su sincera devoción a Cristo (2 Corintios 11:1–4). En toda edad hay la tremenda presión a conformarse a la “religión popular” y abandonar los fundamentos de la fe. En estos últimos días todos necesitamos prestar atención a las amonestaciones de 1 Timoteo 4 y 2 Timoteo 3 y permanecer fieles a nuestro Señor.

### **La destrucción de Babilonia (Apocalipsis 18)**

Babilonia no sólo era una ciudad antigua y un poderoso imperio, sino también el símbolo de la rebelión de la humanidad contra Dios. En Apocalipsis 18 Babilonia representa el sistema del mundo de la bestia, particularmente en sus aspectos económicos y políticos. Al mismo tiempo, Juan llama a Babilonia una “ciudad” por lo menos ocho veces (Apocalipsis 14:8; 17:18; 18:10, 16, 18–21). La profecía del Antiguo Testamento parece indicar con claridad que la ciudad misma no será reconstruida (Isaías 13:19–22; Jeremías 51:24–26, 61–64). Algunos equiparan a Babilonia con Roma, particularmente puesto que la ramera y la bestia cooperan durante la primera parte de la tribulación. Tal vez Pedro estaba usando Babilonia como un “nombre en código” para Roma cuando escribió su primera carta (1 Pedro 5:13). Por cierto que los lectores de Juan pensarían en el imperio romano al leer estas palabras en cuanto a Babilonia.

Juan oyó cuatro voces que dan cuatro anuncios importantes.

**La voz de condenación** (vs. 1–3). Este anuncio ya se predijo en Apocalipsis 14:8 (algunos comentaristas también incluirían Apocalipsis 16:19, pero yo he interpretado la “gran ciudad” de ese contexto como Jerusalén). Hay una referencia definitiva aquí a Jeremías 51–52, en donde el profeta vio la caída de la Babilonia histórica. Pero aquí Juan vio la destrucción de la Babilonia espiritual, el sistema del mundo organizado por la bestia. No fue un ángel ordinario el que hizo este anuncio, porque tenía gran poder y gloria que irradiaba por toda la tierra. A pesar de los artificios de Satanás y la oposición de los malos, “la tierra será llena del conocimiento de la gloria de Jehová” (Habacuc 2:14).

La frase “Ha caído, ha caído” no sólo añade efecto dramático al anuncio, sino que también sugiere un juicio doble: la Babilonia eclesiástica, la ramera, de Apocalipsis 17, y la Babilonia política aquí en Apocalipsis 18. Este pensamiento se amplía en Apocalipsis 18:6, en donde Dios anuncia que Babilonia recibirá el “doble” por sus muchos pecados.

La iglesia, la esposa del Cordero, es la habitación de Dios (Efesios 2:22); Babilonia, por otro lado, es la habitación de Satanás (Apocalipsis 18:2). Esto es

paralelo del juicio sobre la antigua Babilonia (Isaías 13:21 en adelante; Jeremías 51:37 en adelante). Es más, Juan llamó a la ciudad “albergue de toda ave inmunda y aborrecible” (Apocalipsis 18:2). Cristo, en su parábola del sembrador, también usó a las aves como un cuadro de Satanás (Mateo 13:31–32).

Este juicio ha venido debido a que el “sistema” de Babilonia ha contaminado todo el mundo. Como en el juicio de la ramera, el pecado es “fornicación” o idolatría. El sistema emborrachó a la población del mundo con toda riqueza y placer que tenía para ofrecer. Dio satisfacción a los “amadores de los deleites más que de Dios” (2 Timoteo 3:4).

Los creyentes de toda época han tenido que prestar atención a la advertencia de 1 Juan 2:15–17. Qué fácil es dejarse fascinar por las cosas que el mundo tiene para ofrecer. Como la persona que toma un trago de vino, pronto podemos hallarnos bebiendo en abundancia y queriendo más. El sistema del mundo que se opone a Cristo siempre ha estado con nosotros, y debemos darnos cuenta de su influencia sutil.

El sistema del mundo satisface los deseos de los moradores de la tierra que siguen a la bestia y rechazan al Cordero. Pero las cosas del mundo nunca satisfacen permanentemente ni duran. El amor a los placeres y las posesiones no es otra cosa que una insidiosa forma de idolatría, demoníaca en su origen y destructiva en su resultado.

**La voz de separación** (vs. 4–8). Esta amonestación está en paralelo a Jeremías 50:8 y 51:6, 45. En todas las edades el verdadero pueblo de Dios ha tenido que separarse de lo que es mundanal y contrario a Dios. Cuando Dios llamó a Abraham, le ordenó que saliera de su país (Génesis 12:1). Dios separó de Egipto a la nación judía y advirtió a los israelitas a que no volvieran. A la iglesia hoy se le ordena que se separe de lo que no es santo (Romanos 16:17–18; 2 Corintios 6:14–7:1).

Juan da dos razones para que el pueblo de Dios se separe del sistema diabólico. La primera es para que eviten la contaminación: “para que no seáis partícipes de sus pecados” (Apocalipsis 18:4). “Ni participes en pecados ajenos” (1 Timoteo 5:22). La expresión quiere decir *hermanamiento o colaboración*. Hay un *buen* Hermanamiento con el Señor (Filipenses 4:14), pero también hay un Hermanamiento perverso que hay que evitar (Efesios 5:11). La verdadera unidad del Espíritu existe entre creyentes, pero no debemos hacer acomodos uniendo fuerzas con lo que se opone a Cristo.

La segunda razón es para que el pueblo de Dios no experimente las terribles plagas que él enviará a Babilonia. Dios con paciencia ha soportado los pecados crecientes del sistema perverso, pero ahora el tiempo ha llegado para que derrame su ira. Tratará a Babilonia tal como Babilonia ha tratado a su pueblo.

¿Cuáles pecados específicos juzgará Dios? Ya hemos notado la influencia perversa de Babilonia en las naciones del mundo, seduciéndolas con la *idolatría*. Otro pecado que juzgará es el *orgullo*: “Cuanto ella se ha glorificado” (Apocalipsis 18:7). Babilonia se veía a sí misma como reina que nunca podía ser destronada, y el Señor jamás aceptará esta falsa confianza y orgullo. (Ve paralelo en Isaías 47, especialmente los versículos 7–9.)

Un tercer pecado de Babilonia es *la adoración de placeres y lujo*. “Ha vivido en deleites” (Apocalipsis 18:7) es vivir arrogantemente en lujo mientras otros sufren

necesidad. Significa hacer de las posesiones y placeres lo más importante en la vida, e ignorar las necesidades de otros. Juan resume esta actitud como “los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida” (1 Juan 2:16).

El pueblo de Dios no debe demorar su separación de este sistema perverso, porque el juicio de Dios vendrá de repente y Babilonia será destruida en un solo día. A veces los juicios de Dios obran en silencio “como polilla” (Oseas 5:12), pero en otras ocasiones son “como león” (Oseas 5:14) y ocurren repentinamente, y no hay escape. ¡En un solo día todo el imperio económico se derrumbará! Pero los que tienen su ciudadanía en el cielo se regocijarán por el juicio divino.

**La voz de lamento** (vs. 9–19). Este largo párrafo describe la lamentación de los comerciantes que ven a Babilonia deshacerse en humo y toda su riqueza destruida. La imagen aquí es la de una próspera ciudad antigua a donde llegan muchas embarcaciones. La riqueza de la ciudad provee para muchas naciones y emplea a mucha gente. Vale la pena notar que los que lamentan la caída de Babilonia no son sólo los comerciantes (Apocalipsis 18:11), sino también los reyes de la tierra (Apocalipsis 18:9). El comercio y el gobierno están tan entrelazados que lo que afecta al uno, afecta al otro.

Por cierto que la ciudad de Roma era el centro de comercio y gobierno mundial en el día de Juan, y se la conocía por su extravagancia y lujo. Política y económicamente la gente del imperio dependía de Roma. Hoy, con las complejas conexiones que existen entre gobiernos y negocios, y con los sistemas interconectados de computadoras, no le llevaría mucho tiempo a “Babilonia” derrumbarse y que el sistema económico del mundo quede destruido.

La palabra que se traduce “llorarán” (Apocalipsis 18:9) quiere decir *lamentación a gritos*, a diferencia de llorar en silencio. Nota que los comerciantes no se lamentan por la ciudad, sino por sí mismos: ¡han perdido clientes valiosos! Dios ha puesto fin a su vida de lujo y riqueza. Incluso sus empleados lloran (Apocalipsis 18:17–18).

Juan dio un inventario de algunos de los bienes que daban riqueza a estos reyes, comerciantes y marineros. Oro, plata y piedras preciosas encabezan la lista. Luego describe vestidos costosos (ve también Apocalipsis 18:16) y artículos hechos de diferentes materiales. Los romanos valoraban en alto grado la “madera olorosa” (Apocalipsis 18:12), y la usaban para gabinetes decorativos y otros muebles lujosos.

Las especias importadas eran grandemente buscadas en ese día, tanto para las comidas como para uso personal como perfumes. La ciudad de Roma tenía que depender de alimentos importados, tal como muchas naciones hoy. Es más, nuestras grandes ciudades se morirían de hambre si no fuera por camiones y trenes que diariamente traen vegetales frescos y carnes.

Último en la lista, y lo más perturbador, es “esclavos, almas de hombres” (Apocalipsis 18:13). Se ha calculado que una tercera parte de la población de Roma eran esclavos; y no era raro que 10.000 seres humanos fuesen rematados en un día en los grandes mercados de esclavos del imperio. Probablemente había más de 60 millones de esclavos en todo el imperio, personas a quienes Roma trataba como muebles, compradas y vendidas, usadas y maltratadas.

¿Está Juan sugiriendo que habrá, en los tiempos del fin, un retorno a la esclavitud? Tal vez no en el sentido antiguo, pero por cierto podemos ver una creciente pérdida de libertad en nuestro mundo hoy. Los equipos deportivos “compran y venden” (¡e incluso hacen trueque!) a personas; y nuestras grandes corporaciones en mayor o menor grado tratan de controlar las vidas de sus gerentes y obreros. Conforme las personas se esclavizan más al lujo, con más cuentas por pagar, se hallan impotentes para librarse del “sistema”.

No se necesita mucha imaginación para concebir una esclavitud universal bajo el gobierno de la bestia. Ya hemos visto que exigirá su marca en todo el que quiera comprar o vender (Apocalipsis 13:16–17), y también exigirá que la gente adore su imagen. Prometerá “libertad”, pero esclavizará a hombres y mujeres (2 Pedro 2:19). Se aprovechará de los apetitos de las personas (Apocalipsis 18:14) y usará esos apetitos para esclavizarlos.

Juan tal vez pudiera tener en mente Ezequiel 27, el lamento por la caída de Tiro. Al leer ese capítulo hallarás varios paralelos.

**La voz de celebración** (vs. 20–24). En contraste con el lamento de los reyes y comerciantes está el regocijo de los que habitan en el cielo porque Babilonia ha caído. Cuán importante es que el pueblo de Dios mire a los sucesos desde el punto de vista de Dios. Es más, se nos ordena que nos regocijemos por el derrocamiento de Babilonia, porque en este juicio Dios vindicará a sus siervos que murieron como mártires (ve Apocalipsis 6:9–11).

Nota el estribillo que se repite: “nunca más”. Jeremías utilizó un enfoque similar cuando advirtió a Judá en cuanto al juicio venidero sobre la nación a manos de Babilonia (Jeremías 25:8–10). ¡Ahora ese mismo juicio le viene a la misma Babilonia! Esta descripción de las pérdidas de Babilonia nos indica que se le quitará tanto los lujos como los artículos de primera necesidad. Tanto la música como la manufactura, el trabajo y las bodas, llegarán a un fin violento.

Hay que comparar Apocalipsis 18:24 con Apocalipsis 17:6 y Mateo 23:35. Satanás ha usado a la religión y las empresas para perseguir y matar al pueblo de Dios. Durante la primera mitad de la tribulación, conforme la bestia surge al poder, Babilonia eclesiástica y político-económica trabajan juntas para oponerse al Señor y a su pueblo. Parecerá que a Dios no le importe; pero en el momento preciso el Señor vindicará a su pueblo y destruirá tanto a la ramera como a la gran ciudad. Dios es paciente con sus enemigos; pero cuando empieza a obrar, actúa en forma veloz y exhaustiva.

No debemos pensar que esta voz de celebración nos llama a alegrarnos porque los pecadores son juzgados. El hecho del juicio divino debería siempre partirnos el corazón, sabiendo que los pecadores perdidos están condenados al castigo eterno. El gozo en esta sección gira en torno al juicio justo de Dios, el hecho de que se ha hecho justicia. Es fácil que los que estudian la Biblia cómodamente debatan estas cosas en sus casas. Si tú y yo estuviéramos con Juan en Patmos, o con los santos sufrientes a los que escribió, tendríamos una perspectiva diferente. Nunca debemos cultivar la venganza personal (Romanos 12:17–21), pero sí debemos regocijarnos por los juicios justos de Dios.

A estas alturas en nuestro estudio, el sistema político y económico de la bestia finalmente ha quedado destruido. Todo lo que falta es que Jesús venga del cielo y

personalmente haga frente y derrote a la bestia y sus ejércitos. Esto es lo que hará, y entonces establecerá su reino justo en la tierra.

Pero la pregunta importante para nosotros es: “¿Somos ciudadanos de ‘Babilonia’ o ciudadanos del cielo?”.

¿Puedes regocijarte porque tú nombre está escrito en el cielo? Si no, entonces el momento ha llegado para que confieses a Jesucristo y “salgas de Babilonia” y entres a la familia de Dios.

## 11

### El Rey y su Reino

#### Apocalipsis 19–20

“¿Cómo terminará todo?” ha sido la principal pregunta de la humanidad por siglos. Los historiadores han estudiado el pasado, esperando hallar un indicio para entender el futuro. Los filósofos han tratado de penetrar en el significado de las cosas, pero todavía les falta hallar la clave. ¡Con razón la gente perpleja acude en desesperación a la astrología y el espiritismo!

La Palabra profética de Dios brilla como “una antorcha que alumbra en lugar oscuro” (2 Pedro 1:19), y en eso podemos depender. Aquí, en Apocalipsis 19–20 Juan ha anotado cinco sucesos clave que tendrán lugar antes de que Dios “ponga punto final” a la historia humana y traiga sus nuevos cielos y tierra.

#### El cielo se regocijará (Apocalipsis 19:1–10)

Cuando Babilonia cayó en la tierra, la orden se dio en el cielo: “Alégrate sobre ella” (Apocalipsis 18:20) y lo que leemos en esta sección es la respuesta del cielo a ese mandato. La palabra “aleluya” es la misma en griego y hebreo, y quiere decir *alabado sea el Señor*. Este es el “Coro de las Aleluyas” del cielo y se cantará por tres razones.

**Dios ha juzgado a sus enemigos** (vs. 1–4). Puesto que la bestia y sus gobernantes destruyeron a la “gran ramera” de Apocalipsis 17 (Apocalipsis 17:16) a mediados de la tribulación, la “gran ramera” que se menciona aquí debe ser Babilonia la grande. Comparando Apocalipsis 17:2 con 18:3 y 9, la conexión es obvia. Tanto el apóstata sistema religioso y el sistema económico-político de Satanás hicieron que el mundo se descarriara y contaminaron a la humanidad. Uno y otro fueron culpables de perseguir al pueblo de Dios y matar a muchos de ellos.

El canto hace énfasis en los atributos de Dios, que es la manera apropiada de darle honor. No nos regocijamos por el pecado de Babilonia, y ni siquiera por la enormidad de la caída de Babilonia. Nos regocijamos porque Dios es “verdadero y

justo” (Apocalipsis 15:3; 16:7; 17:6) y que es glorificado por sus juicios santos. Como descubrimos en Apocalipsis 8:1–6, el trono y el altar de Dios están relacionados a sus juicios. Se debe comparar Apocalipsis 19:3 con Apocalipsis 14:10–11, y Apocalipsis 19:4 con Apocalipsis 5:6–10.

**Dios está reinando** (vs. 5–6). La traducción literal es “El Señor Dios omnipotente ha empezado a reinar”. Esto no sugiere que el trono del cielo haya estado vacío o inactivo, porque no es ese el caso. El libro de Apocalipsis es el “libro del trono”, y el Dios omnipotente en verdad ha estado realizando sus propósitos en la tierra. Este estallido de alabanza da eco al Salmo 97:1: “Jehová reina; regocíjese la tierra”.

Dios ha estado reinando en el trono del cielo, pero ahora está a punto de conquistar los tronos de la tierra así como el reino de Satanás y de la bestia. En su soberanía él ha permitido que los hombres perversos y los ángeles malos hagan lo peor; pero ahora ha llegado el tiempo para que la voluntad de Dios se haga en la tierra como se hace en el cielo. Domiciano era emperador de Roma cuando Juan estaba en Patmos, y uno de los títulos que se arrogó fue “Señor y Dios”. Cuán significativo debe haber sido, entonces, para los lectores de Juan que él haya usado la palabra “aleluya” cuatro veces en los primeros seis versículos de este capítulo; en verdad, sólo Jehová es digno de adoración y alabanza.

**La esposa está lista** (vs. 7–10). La esposa, por supuesto, es la iglesia (2 Corintios 11:2; Efesios 5:22–33); y Jesucristo, el Cordero, es el esposo (Juan 3:29). En una boda, la costumbre es enfocar la atención en la novia; pero en este caso, ¡es el *novio* el que recibe el honor! “Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria”.

“¿Cómo estaba vestida la novia?” es la pregunta usual después de una boda. La esposa del Cordero está vestida “en las acciones justas de los santos”. Cuando la esposa llegó al cielo en el tribunal de Cristo, no era hermosa en absoluto (es más, estaba cubierta de defectos, arrugas y manchas, de acuerdo a Pablo en Efesios 5:27); pero ahora está radiante en su gloria. Se “ha preparado” para la ceremonia pública.

Las bodas judías en ese día eran muy diferentes a las bodas en el mundo occidental. Primero, había el compromiso, por lo general hecho por los padres cuando la futura novia y el futuro novio eran muy pequeños. Este compromiso o desposorio era obligatorio y se podía romper sólo mediante un divorcio. Toda infidelidad mientras estaban comprometidos se consideraba adulterio.

Cuando se realizaba la ceremonia pública, el novio iba a la casa de la novia para pedirla. Entonces la llevaba a su casa para la cena de bodas, y todos los invitados se unían a la feliz pareja. Esta fiesta podía durar hasta una semana.

Hoy, la iglesia está “comprometida” con Jesucristo; y le amamos aunque no le hemos visto (1 Pedro 1:8). Un día él volverá y llevará a su esposa al cielo (Juan 14:1–6; 1 Tesalonicenses 4:13–18). En el tribunal de Cristo serán juzgadas las obras de ella y se le quitará toda mancha y defecto. Con esto completado, la iglesia estará lista para volver a la tierra con su Esposo al final de la tribulación para reinar con él en gloria (ve Mateo 8:11; Lucas 13:29). Algunos piensan que toda la edad del reino será la “cena de las bodas del Cordero”.

Apocalipsis 19:9 contiene la cuarta de las siete “bienaventuranzas” que se hallan en el libro (ve Apocalipsis 1:3). ¡Por cierto que no se invita a la novia a su

propia boda! Esta invitación va a los invitados, que son los creyentes de la era del Antiguo Testamento y de la tribulación. Durante el estado eterno, no habrá distinción entre el pueblo de Dios; pero en la edad del reino existirán todavía diferencias mientras la iglesia reina con Cristo e Israel disfruta de las bendiciones mesiánicas prometidas.

Juan quedó tan abrumado por todo esto que se postró para adorar al ángel que le estaba guiando, ¡acto que repite más adelante! (Apocalipsis 22:8–9). Por supuesto, adorar a los ángeles es incorrecto (Colosenses 2:18) y Juan lo sabía. Debemos tener en cuenta el tremendo contenido emocional de la experiencia de Juan. Como el mismo Juan, este ángel era solamente un siervo de Dios (Hebreos 1:14); y no se adora a los siervos (ve Hechos 10:25–26).

### **Cristo volverá (Apocalipsis 19:11–20:3)**

Primero, Juan describió al Vencedor (Apocalipsis 19:11–16) y luego sus conquistas (Apocalipsis 19:17–20:3). El jinete del caballo blanco (Apocalipsis 6:2) es el Cristo falso, pero este jinete es el Cristo verdadero. No viene *en el aire* para llevar a su pueblo a su hogar (1 Tesalonicenses 4:13–18), sino *a la tierra* con su pueblo, para vencer a sus enemigos y establecer su reino.

Nota el énfasis en los nombres de Jesús (Apocalipsis 19:11–13, 16). Él es “Fiel y Verdadero” (ve Apocalipsis 3:14), en contraste, la bestia que fue infiel (rompió su pacto con Israel) y falsa (gobernó mediante el engaño y la idolatría). Los santos sufrientes necesitan que se les recuerde que Dios es fiel y no los abandonará, porque sus promesas son fieles.

Tal vez el *nombre secreto* (ve Apocalipsis 19:12) es lo mismo que el “nombre nuevo” (Apocalipsis 3:12). Al no saber cuál es este nombre, no se puede comentar al respecto; pero es emocionante saber que, incluso en el cielo, ¡aprenderemos cosas nuevas de nuestro Señor Jesús!

*El Verbo de Dios* es uno de los nombres familiares de nuestro Señor en las Escrituras (Juan 1:1–14). Tal como mediante palabras revelamos a otros lo que pensamos y tenemos en el corazón, así el Padre se nos revela por su Hijo, el Verbo o Palabra encarnados (Apocalipsis 14:7–11). Una palabra se forma de letras, y Jesucristo es “el Alfa y la Omega” (Apocalipsis 21:6; 22:13). Él es el *alfabeto divino* de la revelación de Dios para nosotros.

La Palabra de Dios es “viva y eficaz” (Hebreos 4:12); y lo que es más, cumple sus propósitos en la tierra (Apocalipsis 17:17; nota también Apocalipsis 6:11; 10:7; 15:1). Jehová mismo dijo: “yo apresuro mi palabra para ponerlo por obra” (Jeremías 1:12). Tal como el Verbo fue el Agente del Padre en la creación (Juan 1:1–3), así el Verbo es su Agente para el juicio y la consumación.

El nombre más importante de Cristo es “Rey de reyes y Señor de señores” (Apocalipsis 19:16). Este es su nombre victorioso (Apocalipsis 17:14), y trae a la mente pasajes tales como Daniel 2:47 y Deuteronomio 10:17. Pablo usó este mismo título para nuestro Señor Jesucristo en 1 Timoteo 6:15. El título habla de la soberanía de Cristo, porque todos los reyes y señores deben someterse a él. Sin que importe quién estaba en el trono del imperio romano, ¡Jesucristo era su Rey y Señor!

La grandeza de Cristo se ve no sólo en sus nombres, sino también en la descripción que Juan da del Rey Vencedor (Apocalipsis 19:12–16). Los ojos “como llama de fuego” simbolizan su juicio escudriñador que lo ve todo (Apocalipsis 1:14). Las muchas coronas (diademas) indican su gobierno y soberanía magníficos. Su vestido empapado en sangre habla de juicio y probablemente tiene que ver con Isaías 63:1–6 y Apocalipsis 14:20, la victoria sobre sus enemigos. No es la sangre de nuestro Señor la que mancha su vestido, sino la de sus enemigos.

La espada aguda es un símbolo de la Palabra de Dios (Apocalipsis 19:21; ve también Efesios 6:17; Hebreos 4:12; Apocalipsis 1:16). Esto concuerda con el hecho de que Cristo consumirá al enemigo “con el espíritu de su boca” (2 Tesalonicenses 2:8; nota también Isaías 11:4). Ya hemos visto antes “la vara de hierro” (Apocalipsis 2:27; 12:5), símbolo de su justicia al gobernar la tierra. La imagen del lagar hay que asociarla con el juicio en Armagedón (Apocalipsis 14:14–20; ve también Isaías 63:1–6).

Jesús no está solo en su conquista, porque los ejércitos del cielo vienen con él. ¿Quiénes son? Por cierto que los ángeles son parte de este ejército (Mateo 25:31; 2 Tesalonicenses 1:7); pero también los santos (1 Tesalonicenses 3:13; 2 Tesalonicenses 1:10). Judas también describe la misma escena (Judas 14–15). La palabra “santos” puede referirse a los creyentes o a los ángeles.

No será necesario que el ejército pelee, porque Cristo mismo derrotará al enemigo en tres grandes victorias.

***Derrotará a los ejércitos de los reyes de la tierra*** (vs. 17–19, 21). Estos guerreros se han reunido para pelear “contra Jehová y contra su ungido” (Salmo 2:1–3), pero sus armas resultarán inútiles. La batalla resultará en una masacre: un “banquete” para las aves de rapiña. La primera mitad de Apocalipsis 19 describe la cena de bodas del Cordero; la segunda mitad describe la “cena del gran Dios” (ve Mateo 24:28; Lucas 17:37).

La palabra “carne” aparece seis veces en los versículos 17–21. En tanto que la referencia inmediata de Juan es al cuerpo humano, que se lo comen los buitres, por cierto hay un significado más profundo aquí: el hombre fracasa porque es carne y se apoya en la carne. La Biblia no tiene nada bueno que decir en cuanto a la naturaleza humana caída. Recuerda la Palabra del Señor antes del diluvio: “No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne” (Génesis 6:3; ve también Juan 3:6; 6:63; Romanos 7:18; Filipenses 3:3). “Toda carne es como hierba” (1 Pedro 1:24) y debe ser juzgada.

Este es el relato de la bien conocida “batalla del Armagedón”, que ya se predijo antes (Apocalipsis 14:14–20; 16:13–16). Todo lo que nuestro señor tiene que hacer es decir la palabra, y “la espada de su boca” devorará a sus enemigos.

***Derrotará la bestia y al falso profeta*** (v. 20). Puesto que los “secuaces” de Satanás son los dirigentes de la revuelta, es apropiado que los capturen y encierren. Son arrojados al lago de fuego (ve Apocalipsis 20:10, 14–15), lugar final y permanente de castigo para todos los que rehúsan someterse a Jesucristo. La bestia y el falso profeta son las primeras personas que son arrojadas al infierno. Satanás los seguirá mil años después (Apocalipsis 20:10) y se le unirán aquellos cuyos nombres no estaban anotados en el Libro de la Vida (Apocalipsis 20:15).

Hoy, cuando el no creyente muere, su espíritu va a un lugar llamado “Hades”, que quiere decir *el mundo invisible*; es decir, el reino de los muertos. Cuando el creyente muere, de inmediato va a la presencia del Señor (2 Corintios 5:6–8; Filipenses 1:19–23). El Hades un día será vaciado de sus muertos (Apocalipsis 20:13), que entonces serán arrojados al infierno para unirse a Satanás, la bestia y el falso profeta.

**Satanás será derrotado** (20:1–3). El “abismo” de que se habla en Apocalipsis 20:1 no es lo mismo que el infierno; ya lo hemos visto antes en otros estudios (Apocalipsis 9:1–2, 11; 11:7; 17:8). Satanás no es arrojado al infierno de inmediato, porque Dios todavía tiene una tarea más que él realice. Más bien, Satanás es confinado en el abismo por mil años. Primero, Satanás fue expulsado *del cielo* (Apocalipsis 12:9), y ahora ¡es arrojado de la *tierra*!

Algunos que estudian la Biblia opinan que el “encadenamiento” de Satanás tuvo lugar cuando Jesús murió en la cruz y resucitó de los muertos para ascender al cielo. Aunque es cierto que Jesús ganó en la cruz su victoria decisiva sobre Satanás, la sentencia contra el diablo todavía no ha entrado en vigor. Es un enemigo derrotado, pero todavía está libre para atacar al pueblo de Dios y oponerse a la obra de Dios (1 Pedro 5:8). Pienso que fue el Dr. James M. Gray quien dijo que si Satanás está atado hoy, ¡debe ser con una cadena terriblemente larga! Pablo estaba seguro de que Satanás andaba suelto (Efesios 6:10 en adelante), y Juan estuvo de acuerdo con él (Apocalipsis 2:13; 3:9).

Habiéndose encargado de sus enemigos, el Señor ahora es libre para establecer su reino justo en la tierra.

### **Los santos reinarán** (Apocalipsis 20:4–6)

La frase “mil años” aparece seis veces en Apocalipsis 20:1–7. A este período de la historia se le conoce como “el milenio” que viene de dos palabras latinas: *mille* (mil) y *annum* (año); el reinado de mil años de Cristo en la tierra. Por fin Cristo y su iglesia reinarán sobre las naciones de la tierra, e Israel disfrutará de las bendiciones prometidas por los profetas (Isaías 2:1–5; 4:1–6; 11:1–9; 12:1–6; 30:18–26; 35:1–10).

¿Es este un reino literal en la tierra, o se debe “espiritualizar” estos versículos y aplicarlos a la iglesia de hoy? Algunos intérpretes dicen que el término “mil años” es simplemente un número que quiere decir *perfección máxima* ( $10 \times 10 \times 10 = 1000$ ). Afirman que es un símbolo de la victoria de Cristo y la bendición maravillosa de la iglesia ahora que Satanás ha sido derrotado y está atado. A esta noción se le conoce como amilenarismo, que quiere decir *no milenio*; es decir, no hay reino literal.

El problema con este punto de vista es que no explica por qué Juan introdujo el período con una resurrección de los muertos. Por cierto no estaba escribiendo de una resurrección “espiritual” ¡porque incluso nos dijo cómo murieron estas personas! En Apocalipsis 20:5 Juan escribió de otra resurrección literal. Si ahora estamos en los mil años de reino de victoria, ¿cuándo tuvo lugar esa resurrección? Parece razonable suponer que Juan escribió de una resurrección física y literal de los muertos, y de un reino literal en la tierra.

¿Cuál es el propósito del reinado milenarista? Por un lado, será el cumplimiento de las promesas de Dios a Israel y a *Cristo* (Salmo 2; Lucas 1:30–33). Nuestro Señor las reafirmó a los discípulos (Lucas 22:29–30). Este reino será una exhibición mundial de la gloria de Cristo, cuando toda la naturaleza será libertada de la esclavitud al pecado (Romanos 8:19–22). Será la respuesta a las oraciones de los santos: “¡Venga tu reino!”. Será la demostración final de Dios de cuán pecaminoso es el pecado y de la perversidad del corazón humano aparte de la gracia de Dios; pero más en cuanto a esto más adelante.

Los mártires de la tribulación serán resucitados de los muertos y se les dará tronos y recompensas gloriosos. La iglesia cristiana participará de este reino, según se simboliza con los veinticuatro ancianos (Apocalipsis 5:10; ve también 2:26–28; 3:12, 21; 1 Tesalonicenses 4:13–18; 2 Timoteo 2:12). Algunos estudiosos opinan que los santos del Antiguo Testamento también serán parte de esta “primera resurrección” (Daniel 12:1–4).

La frase “resurrección general” no se halla en la Biblia. Por lo contrario, la Biblia enseña de *dos* resurrecciones: la primera es de los salvos y conduce a la bendición; la segunda es de todos los perdidos y conduce al juicio (nota en especial Juan 5:28–29; Daniel 12:2). Estas dos resurrecciones estarán separadas por mil años.

Apocalipsis 20:6 describe la bendición especial de los que participan en la primera resurrección. Ellos no se *ganaron* estas bendiciones; son parte de la herencia del creyente en Jesucristo. Esta es la sexta de las siete “bienaventuranzas” en Apocalipsis; la final está en Apocalipsis 22:7. Estos creyentes resucitados participarán de la vida gloriosa de Cristo, reinando con él como reyes y sacerdotes, y nunca atravesarán la “segunda muerte”, el lago de fuego (el infierno, Apocalipsis 20:14).

Durante el milenio los habitantes de la tierra incluirán no sólo santos glorificados, sino también ciudadanos de las naciones que se postran en sumisión a Jesucristo (ve Mateo 25:31–40; también 8:11). Debido a las condiciones perfectas de la tierra, las personas vivirán vidas largas (Isaías 65:17–25, en especial el versículo 20). Se casarán y tendrán hijos que por fuera se conformarán al gobierno justo de nuestro Señor. Pero no todos ellos serán verdaderamente nacidos de nuevo conforme progresa el milenio; y esto explica por qué Satanás puede reunir un ejército tan numeroso de rebeldes al final de la edad del reino (Apocalipsis 20:8).

Por muchos siglos el hombre ha soñado con una “edad de oro”, una “utopía” en la cual la raza humana estará libre de guerra, enfermedad e incluso la muerte. Los hombres han tratado de alcanzar esta meta por cuenta propia y han fracasado. Es sólo cuando Jesucristo reine en el trono de David que el reino vendrá y la tierra será librada de la opresión a Satanás y al pecado.

### **Satanás se rebelará** (Apocalipsis 20:7–10)

Al fin del milenio Satanás será suelto del abismo y se le permitirá que encabece una última revuelta contra el Señor. ¿Por qué? Como prueba final de que el corazón del hombre es desesperadamente perverso y sólo la gracia de Dios puede cambiarlo. Imagínate la tragedia de esta revuelta: gente que ha estado

viviendo en un medio ambiente perfecto, bajo el gobierno perfecto del Hijo de Dios, ¡finalmente confesará la verdad y se rebelará contra el Rey! Se verá que su obediencia sólo fue sumisión fingida, y no fe verdadera en Cristo para nada.

La mención de “Gog y Magog” (Apocalipsis 20:8) no equipara esta batalla con la descrita en Ezequiel 38–39; porque aquel ejército invade desde el norte, en tanto que éste viene de los cuatro rincones de la tierra. Estos dos eventos están relacionados, sin embargo, puesto que en ambas batallas Israel es el punto focal. En este caso, Jerusalén será el blanco (“ciudad amada”, Salmo 78:68; 87:2). Dios hará frente a esta revuelta de forma veloz y eficaz, y Satanás será arrojado al infierno. Nota que la bestia y el falso profeta todavía están sufriendo en el lago de fuego después de mil años (ve Mateo 25:41).

En cierto sentido el reino milenar “resumirá” todo lo que Dios ha dicho del corazón humano durante los varios períodos de la historia. Será un reino de ley, y sin embargo la ley no cambiará el corazón pecaminoso del ser humano. El hombre todavía se rebelará contra Dios. El milenio será un período de paz y medio ambiente perfecto, tiempo cuando la desobediencia será juzgada velozmente y con justicia; sin embargo al fin los súbditos del Rey seguirán a Satanás y se rebelarán contra el Señor. Un medio ambiente perfecto no puede producir un corazón perfecto.

Dios está a punto de “poner punto final” a la historia humana. Sólo queda un gran evento.

### **Los pecadores reciben retribución (Apocalipsis 20:11–15)**

Habrà una segunda resurrección, y los no salvados resucitarán y comparecerán ante el juicio de Dios. No hay que confundir este juicio ante el trono blanco con el tribunal de Cristo, donde se juzgará las obras de los creyentes y se les recompensará. En este juicio sólo habrá incrédulos; y tampoco habrá recompensas. Juan describió aquí una escena impresionante. El cielo y la tierra huirán, y no quedará ningún lugar donde los pecadores se escondan. ¡Todos deben enfrentar al Juez!

El Juez es Jesucristo, porque el Padre le ha entregado a él todo juicio (Mateo 19:28; Juan 5:22–30; Hechos 17:31). Estos pecadores perdidos rechazaron a Cristo en vida; ahora deben ser juzgados por él y enfrentar la muerte eterna.

¿De dónde salieron estos “muertos”? La muerte entregará los cadáveres, y el Hades (el campo de los espíritus de los muertos) entregará los espíritus. Inclusive habrá una resurrección de los cadáveres del mar. Ningún pecador escapará.

Jesucristo juzgará a estas personas no salvadas a base de lo que está escrito “en los libros”. ¿Cuáles libros? Por un lado, la Palabra de Dios estará allí. “La palabra que he hablado, ella le juzgará en el día postrero” (Juan 12:48). A todo pecador se le exigirá cuentas por la verdad que ha oído en esta vida.

También habrá un libro que contiene las obras de los pecadores siendo juzgados, aunque esto no sugiere que una persona puede hacer suficientes buenas obras como para entrar al cielo (Efesios 2:8–9; Tito 3:5). ¿Por qué, entonces, considerará Jesucristo las obras, buenas y malas, de la gente que comparece ante el trono blanco? Para determinar el grado de castigo que sufrirán en el infierno. Todas estas personas serán echadas al infierno. Su rechazo

personal de Jesucristo ya ha determinado su destino. Pero Jesucristo es un Juez justo, y asignará a cada pecador el lugar que se merece.

Hay grados de castigo en el infierno (Mateo 11:20–24). Todo pecador perdido recibirá justo lo que se merece, y nadie podrá discutir con el Señor o cuestionar su decisión. Dios sabe lo que los pecadores están haciendo, y sus libros revelarán la verdad.

“El libro de la vida” estará allí, y contiene los nombres de los redimidos de Dios (Filipenses 4:3; Apocalipsis 21:27; nota también 13:8; 17:8). Ninguna persona inconversa tendrá su nombre en el libro de la vida del Cordero; sólo los verdaderos creyentes constan allí (Lucas 10:20).

Cuando el juicio concluya, todos los perdidos serán arrojados al infierno, el lago de fuego, la segunda muerte. Muchos rechazan la doctrina bíblica del infierno como “no cristiana”, y sin embargo Jesús enseñó con claridad su realidad (Mateo 18:8; 23:15, 33; 25:46; Marcos 9:46). Una religión sentimental de tipo humanístico no enfrenta la realidad del juicio, sino que enseña que Dios ama a todos tanto que los llevará al cielo y no enviará a nadie al infierno.

El infierno es un testigo del carácter justo de Dios. Él debe juzgar al pecado. El infierno también da testimonio de la responsabilidad del hombre, el hecho de que no es un autómatas o una víctima impotente, sino una criatura capaz de tomar decisiones. Dios no “envía a la gente al infierno”; la gente se envía a sí misma al rechazar al Salvador (Mateo 25:41; Juan 3:16–21). El infierno también es testimonio de lo horrendo que es el pecado. Si por una vez viéramos el pecado tal como Dios lo ve, entenderíamos por qué existe un lugar como el infierno.

A la luz del Calvario ningún pecador perdido puede culpar a Dios por echarlo al infierno. Dios ha provisto un camino de escape, y espera con paciencia que los pecadores se arrepientan. Dios no va a rebajar sus normas ni alterar sus requisitos. Él ha ordenado que la fe en su Hijo sea el único camino de salvación.

El juicio ante el gran trono blanco no será como nuestros juicios modernos en las cortes. En el trono blanco habrá Juez pero no habrá jurado, fiscal pero no habrá defensa, sentencia pero no habrá apelación. Nadie podrá defenderse a sí mismo o acusar a Dios de injusticia. ¡Qué escena más impresionante será!

Antes de que Dios pueda traer sus nuevos cielos y tierra, debe en forma final lidiar con el pecado; y hará esto en el gran trono blanco.

Puedes escapar de este terrible juicio confiando en Jesucristo como tu Salvador personal. Al hacer esto, nunca tendrás parte de la segunda resurrección ni sufrirás los terrores de la segunda muerte, el lago de fuego.

“El que oye mi palabra”, dijo Jesús, “y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación [juicio], mas ha pasado de muerte a vida” (Juan 5:24).

¿Has confiado en él y pasado de muerte a vida?

# ¡Nuevas Todas las Cosas!

## Apocalipsis 21–22

La historia humana empieza en un huerto y termina en una ciudad que parece un paraíso. En los días del apóstol Juan, Roma era la ciudad admirada; y sin embargo Dios la comparó con una prostituta. “Lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación” (Lucas 16:15). Se compara la ciudad eterna de Dios con una esposa hermosa (Apocalipsis 21:9), porque es el hogar eterno de los amados de Dios.

Las afirmaciones de Dios que constan en Apocalipsis 21:5–6 en forma apta resumen estos dos capítulos finales: “He aquí, yo hago nuevas todas las cosas... Hecho está”. Lo que empezó en Génesis es llevado a su cumplimiento en Apocalipsis, como lo muestra el siguiente sumario:

### **Génesis**

### **Apocalipsis**

|                                        |                                        |
|----------------------------------------|----------------------------------------|
| Creación del cielo y de la tierra, 1:1 | Nuevos cielos y nueva tierra, 21:1     |
| Creación del sol, 1:16                 | No hay necesidad del sol, 21:23        |
| Se establece la noche, 1:5             | No hay noche allí, 22:5                |
| Creación del mar, 1:10                 | Ya no hay más mar, 21:1                |
| Se anuncia la maldición, 3:14–17       | No más maldición, 22:3                 |
| La muerte entra en la historia, 3:19   | Ya no hay más muerte, 21:4             |
| El hombre alejado del árbol, 3:24      | El hombre restaurado al paraíso, 22:14 |
| Empiezan el dolor y la angustia, 3:17  | No hay más lágrimas ni dolor, 21:4     |

### **Los ciudadanos de la ciudad (Apocalipsis 21:1–8)**

Juan nos da una descripción triple de los ciudadanos de la ciudad.

**Son pueblo de Dios** (vs. 1–5). El primer cielo y la primera tierra fueron preparados para el primer hombre y la primera mujer y sus descendientes. Dios había alistado todo para ellos cuando los colocó en el huerto. Desdichadamente nuestros primeros padres pecaron, trayendo muerte y decadencia al mundo hermoso de Dios. La creación está en esclavitud y dolores de parto (Romanos 8:18–23), y “ni aun los cielos son limpios delante de sus ojos” (Job 15:15).

Dios ha prometido a los suyos un nuevo cielo y una nueva tierra (Isaías 65:17; 66:22). La vieja creación debe dar paso a la nueva creación para que Dios sea glorificado. Jesús llamó a este suceso “la regeneración” de la tierra (Mateo 19:28), y Pedro la explicó como una limpieza y renovación por fuego (2 Pedro 3:10–13).

Los que estudian la Biblia no concuerdan en si los viejos elementos serán renovados o si lo viejo será destruido y dará paso a una creación totalmente nueva. El hecho de que la palabra griega que se traduce “nuevo” quiere decir *nuevo en carácter* (Apocalipsis 21:1, 5) puede dar credibilidad a la primera explicación.

“El mar ya no existía más” no quiere decir *ya no hay agua*. Simplemente indica que la nueva tierra tendrá un arreglo diferente en lo que tiene que ver con el agua. Tres cuartas partes de nuestro globo consisten de agua, pero no será ese el caso en el estado eterno. En los días de Juan, el mar significaba peligro, tormentas y separación (el mismo Juan estaba en una isla en ese tiempo); así que tal vez Juan estaba dándonos más que una lección de geografía.

A pesar de la descripción que da la Biblia, es difícil imaginarnos cómo será la ciudad eterna. Juan la caracteriza como una ciudad *santa* (ve Apocalipsis 21:27) una ciudad *preparada* (ve Juan 14:1–6), y una ciudad *hermosa*, tan hermosa como una novia en el día de su boda. Él amplía estas características en Apocalipsis 21–22.

Pero lo más importante en cuanto a la ciudad es que Dios mora allí con su pueblo. La Biblia da un registro interesante de los lugares de morada de Dios. Primero, Dios andaba con el hombre en el huerto del Edén. Luego moraba con Israel en el tabernáculo y más adelante en el templo. Cuando Israel pecó, Dios tuvo que salir de esas moradas. Más tarde, Jesucristo vino a la tierra y “habitó” entre nosotros (Juan 1:14). Hoy Dios no vive en templos hechos por manos humanas (Hechos 7:48–50) sino en los cuerpos de su pueblo (1 Corintios 6:19–20) y en la iglesia (Efesios 2:21–22).

Tanto en el tabernáculo como en el templo, el velo estaba entre los hombres y Dios. Ese velo se rasgó en dos cuando Jesús murió, abriendo así “camino nuevo y vivo” para el pueblo de Dios (Hebreos 10:19 en adelante). Aunque Dios mora en los creyentes hoy por su Espíritu, ni siquiera hemos empezado a entender a Dios o tener comunión con él como quisiéramos; pero un día moraremos en la presencia de Dios y disfrutaremos con él para siempre.

La ciudad eterna es tan maravillosa que la mejor manera que Juan halló para describirla fue el contraste: “nunca más”. Los creyentes que leyeron primero este libro inspirado deben haberse regocijado al saber que en el cielo ya no habrá dolor, lágrimas, tristeza ni muerte; porque muchos de ellos habían sido torturados y muertos. En toda edad, la esperanza del cielo ha animado al pueblo de Dios en tiempos de sufrimiento.

**Los ciudadanos de los cielos son personas satisfechas** (v. 6). Las personas que viven en ciudades modernas no piensan mucho en el agua, pero esto era una preocupación principal en los días de Juan. Sin duda el mismo Juan, trabajando en las minas romanas, sabía lo que era sentir sed. Los santos torturados en todas las épocas por cierto se identifican con esta promesa maravillosa del Señor. ¡Agua viva, libre y abundante para todos!

**Estos ciudadanos celestiales son vencedores** (vs. 7–8). “El que venciere” es una frase clave en este libro (Apocalipsis 2:7, 11, 17, 26; 3:5, 12, 21; nota también 12:11). Como Juan destacó en su primera epístola, todos los verdaderos creyentes son vencedores (1 Juan 5:4–5), así que esta promesa no es sólo para la “élite espiritual”. Debido a que somos hijos de Dios, heredaremos todas las cosas.

Después del gran incendio de Chicago en 1871, el evangelista Dwight L. Moody fue a contemplar las ruinas de su casa. Un amigo pasó por allí y le dijo a Moody: “Oí que lo perdiste todo”.

“Pues bien”, dijo Moody, “entendiste mal. Me ha quedado mucho más de lo que he perdido”.

“¿Qué quieres decir?” preguntó el inquisitivo amigo. “No sabía que eras así de rico”.

Moody entonces abrió su Biblia y le leyó Apocalipsis 21:7: “El que venciere heredaré todas las cosas, y yo seré su Dios”.

En contraste con los vencedores, Apocalipsis 21:8 describe a las personas que se *dejaron vencer* por el pecado y no confiaron en el Señor. ¿Cuál es su destino? ¡El lago de fuego! El mundo considera a los creyentes como “perdedores”, ¡pero son los incrédulos los que son los perdedores!

Los miedosos son los cobardes, los que no tienen el valor de permanecer firmes por Cristo (ve Mateo 10:32–33). La palabra “abominable” quiere decir *contaminado*, y se refiere a los que se entregaron al pecado y así quedaron contaminados en su mente, espíritu y cuerpo (2 Corintios 7:1). Las otras características mencionadas en Apocalipsis 21:8 no necesitan explicación especial, excepto para indicar que todas ellas se aplicarán a los seguidores de la bestia (nota Apocalipsis 17:4, 6; 18:3, 9; 19:2).

### **El carácter de la ciudad (Apocalipsis 21:9–22:5)**

La ciudad eterna no es solamente el hogar de la esposa; ¡es la esposa! Los edificios no son una ciudad; es la gente. La ciudad que Juan vio era santa y celestial; es más, descendió a la tierra desde el cielo, donde fue preparada. La descripción de Juan desafía la imaginación, incluso aceptando el hecho de que en esto hay mucho simbolismo. El cielo es un lugar real de gloria y belleza, el lugar perfecto para la esposa del Cordero.

Ya hemos notado que “la gloria de Dios” ha aparecido en diferentes lugares en toda la historia. La gloria de Dios moraba en el tabernáculo y después en el templo. Hoy, su gloria mora en los creyentes y en la iglesia. Por toda la eternidad la gloria de Dios se verá en su ciudad santa. Es la única luz que la ciudad necesitará.

La descripción de la ciudad sigue el patrón de las ciudades con las cuales los lectores de Juan estaban familiarizados: cimientos, muros y puertas. Los cimientos hablan de *permanencia*, en contraste con las carpas en las cuales vivían los “peregrinos y extranjeros” (Hebreos 11:8–10). Las murallas y puertas hablan de *protección*. El pueblo de Dios nunca tendrá que temer a ningún enemigo. ¡Los ángeles en las puertas actuarán como centinelas!

En esta ciudad se reunirán los santos del Antiguo Pacto y del Nuevo Pacto. Las doce puertas se identifican con las doce tribus de Israel, y los doce cimientos con los doce apóstoles (ve Efesios 2:20). Incluyendo a la tribu de Leví, en realidad había trece tribus; y, incluyendo a Pablo, había trece apóstoles. Cuando Juan mencionó a las tribus en Apocalipsis 7, omitió tanto a Dan como a Efraín, tal vez indicando que no deberíamos tomar estos asuntos demasiado literalmente. Juan

simplemente está asegurándonos que todos los creyentes en Dios estarán incluidos en la ciudad (Hebreos 11:39–40).

Juan había medido la Jerusalén terrenal (Apocalipsis 11), pero ahora se le invita a medir la ciudad celestial. “En cuadro” quiere decir *igual por todos lados*, así que la ciudad puede ser un cubo o una pirámide. Aun más importante, el hecho de que es igual por todos lados indica la perfección de la ciudad eterna de Dios: nada está fuera de orden o de equilibrio.

¡Las medidas son pasmosas! Si un codo medía aproximadamente 50 centímetros, entonces las murallas de la ciudad tienen cerca de 65 metros. Si se considera que un estadio tiene aproximadamente 180 metros, (las medidas diferían en los días antiguos), la ciudad tendría cerca de dos mil doscientos kilómetros por lado. ¡Habrá abundante espacio para todos!

La construcción de la ciudad no puede sino fascinarnos. Las paredes son de jaspe, que era un cristal claro; pero la ciudad misma está hecha de oro puro, transparente como el cristal. La luz de la gloria de Dios brillará en toda la ciudad, en una reminiscencia de un gigantesco Lugar Santísimo.

Los cimientos de los edificios por lo general están enterrados, pero estos cimientos no sólo estarán visibles, sino hermosamente adornados con piedras preciosas. Cada cimiento tendrá su propia joya, y la combinación de los colores será magnífica conforme la luz de Dios brille a través de ellos.

Nadie puede ser dogmático en cuanto a los colores de estas gemas, y en realidad no importa. El jaspe, como hemos visto, es un cristal claro. El zafiro es una piedra azul, y la ágata es probablemente azul verdoso. La esmeralda, por supuesto, es verde; y el ónice es una piedra blanca con franjas cafés, aunque algunos la describen como roja y blanca.

La cornalina es una piedra roja (cuyo color algunas veces se describe como “rojo sangre”), y el crisólito es un cuarzo amarillo como nuestro topacio moderno. El berilo es verde y el topacio un amarillo verdoso. No estamos seguros de lo que es crisopaso; algunos piensan que era una piedra de tinte dorado, y otros como verde manzana. El jacinto probablemente es azul, aunque algunos dicen que es amarillo; y la amatista es púrpura rica, o roja azulada.

Nuestro Dios es un Dios de belleza, y él prodigará su belleza a la ciudad que está preparando para su pueblo. Tal vez Pedro tenía a la ciudad santa en mente cuando escribió de “la multiforme gracia de Dios” (1 Pedro 4:10), porque la palabra que se traduce “multiforme” quiere decir *de muchos colores*.

En los tiempos antiguos se consideraba a la perla una “gema de realeza”, producida por un molusco que cubría un grano irritante de arena dentro de su concha. Pero las puertas de perlas de la ciudad celestial nunca se cerrarán (Apocalipsis 21:25) porque allí no habrá peligro de nada que entre y perturbe o haga daño a sus ciudadanos.

Juan notó que algunas cosas faltaban en la ciudad, pero su ausencia sólo magnificaba su gloria. No había templo, puesto que toda la ciudad es morada de la presencia de Dios. En verdad, “secular” y “sagrado” serán indistinguibles en el cielo. El sol y la luna estarán ausentes, puesto que el Señor es la luz de la ciudad, y nunca habrá noche (ve Isaías 60:19).

La mención de las naciones en Apocalipsis 21:24 y 26 sugiere que habrá *pueblos* (plural) en la nueva tierra. Puesto que en el estado eterno sólo habrá

seres glorificados, no debemos pensar que la tierra estará poblada por varias naciones como existen hoy. Más bien, estos versículos reflejan la práctica antigua de los reyes y naciones de llevar su riqueza y gloria a la ciudad del rey más grande. En la ciudad celestial, todos honrarán al “Rey de reyes” (Salmo 68:29; 72:10, 11; Isaías 60).

En Apocalipsis 22:1–5 pasamos adentro de la ciudad para descubrir que es como un huerto hermoso, que recuerda al huerto del Edén. Había cuatro ríos en Edén (Génesis 2:10–14), pero hay un solo río en la ciudad celestial. Ezequiel vio un río purificador fluyendo del templo, ciertamente una escena milenaria (Ezequiel 47); pero este río fluirá directamente del trono de Dios, la misma fuente de toda pureza. Al hombre se le prohibió que comiera del árbol del conocimiento del bien y del mal, y se le impidió comer del árbol de la vida (Génesis 2:15–17; 3:22–24). Pero en el hogar eterno, el hombre tendrá acceso al árbol de la vida. El río y el árbol simbolizan vida abundante en la ciudad gloriosa.

“No habrá más maldición” nos lleva de regreso a Génesis 3:14–19, en donde empezó la maldición. Interesantemente, incluso el Antiguo Testamento concluye con la afirmación: “no sea que yo venga y hiera la tierra con maldición” (Malaquías 4:6). Pero el Nuevo Testamento anuncia: “Y no habrá más maldición”. Satanás será confinado al infierno; toda la creación será hecha nueva; y la maldición del pecado habrá desaparecido para siempre.

¿Qué haremos en el cielo por toda la eternidad? Por cierto que alabaremos al Señor, pero también le serviremos. “Sus siervos le servirán” (Apocalipsis 22:3) es un gran estímulo para nosotros, porque en el cielo nuestro servicio será perfecto. Al procurar servir al Señor aquí en la tierra constantemente nos vemos limitados por el pecado y la debilidad; pero todos los estorbos desaparecerán cuando estemos en la gloria. ¡Servicio perfecto en un medio ambiente perfecto!

¿Cuál será este servicio? No se nos dice, ni tampoco necesitamos saberlo. Basta que sepamos lo que Dios quiere que hagamos *hoy*. Nuestra fidelidad en la vida nos prepara para un servicio más alto en el cielo. Es más, algunos piensan que tendremos acceso al vasto universo y tal vez seremos enviados en misiones especiales a otros lugares. Pero es inútil especular, porque Dios no ha considerado apropiado darnos los detalles.

No sólo seremos siervos en el cielo, sino que seremos reyes. ¡Reinaremos eternamente y para siempre! Esto habla de participar de la autoridad de Cristo en la gloria. Como creyentes estamos sentados con Cristo en los lugares celestiales hoy (Efesios 2:1–10); pero en el estado eterno reinaremos como reyes sobre los nuevos cielos y la nueva tierra. ¡Qué honor! ¡Cuánta gracia!

Por cierto que se pudieran hacer muchas preguntas interesantes en cuanto a nuestra morada futura en el cielo, pero la mayoría quedan sin respuestas hasta que lleguemos a nuestro hogar glorioso. Es más, Juan concluye su libro recordándonos que tenemos una responsabilidad hoy *en razón de que vamos al cielo*.

### **El desafío de la ciudad (Apocalipsis 22:6–21)**

El cielo es más que un destino; es una motivación. El saber que moraremos en la ciudad celestial debería determinar una diferencia en nuestras vidas aquí y

ahora. La visión de la ciudad celestial motivó a los patriarcas mientras andaban con Dios y le servían (Hebreos 11:10, 13–16). El saber que volvía al Padre celestial también animó a Jesucristo al enfrentar la cruz (Hebreos 12:2). La seguridad del cielo no debe arrullarnos a la complacencia o al descuido, sino impulsarnos a cumplir nuestras tareas espirituales.

***Debemos guardar la Palabra de Dios*** (vs. 6–11, 18–19). Debido a que lo que Juan escribió es Palabra de Dios, sus palabras son fieles y verdaderas (ve Apocalipsis 19:11). El mismo Dios que habló por medio de los profetas también habló por el apóstol Juan. Como “cúspide” de la revelación de Dios, al libro de Juan no se puede divorciar del resto de la Biblia. Si negamos que Juan escribiera la verdad, entonces también debemos negar a los profetas.

¿Qué quiere decir *guardar* “las palabras de la profecía de este libro” (Apocalipsis 22:7)? Básicamente quiere decir vigilarlas, preservarlas intactas. No debemos añadir nada a la Palabra de Dios ni tampoco quitarle nada (ve Deuteronomio 4:2; Proverbios 30:5–6). Y esta responsabilidad es grande en especial a la luz del retorno de Cristo. La palabra “pronto” en Apocalipsis 22:6 quiere decir *suceder rápidamente*. La iglesia ha esperado el retorno de Cristo desde los días de los apóstoles, y él todavía no ha venido; pero cuando las profecías de Juan empiecen a cumplirse, sucederán muy rápidamente. No habrá demora.

Las advertencias de Apocalipsis 22:18–19 no quieren decir que los que alteran la Biblia serán traídos de regreso a la tierra para que sufran las plagas de la tribulación, o que perderán su salvación. Nadie entiende por completo a la Biblia, ni puede explicar todo lo que hay en ella; y los que enseñamos la Palabra a veces tenemos que cambiar nuestras interpretaciones conforme crecemos en conocimiento. Dios ve el corazón, y puede distinguir entre la ignorancia y el descaro, y entre la inmadurez y la rebelión.

Era costumbre en los días antiguos que los escritores pusieran ese tipo de advertencia al final de sus libros, porque los que los copiaban para distribución pública podían verse tentados a alterar el material. Sin embargo, la advertencia de Juan no se dirige a un escritor, sino al oyente, el creyente en la congregación en donde se leía en voz alta este libro. Por analogía, sin embargo, se aplicaría a cualquiera que lee y estudia el libro hoy. Tal vez no podamos explicar las penas que se indican, pero sí sabemos esto: es peligroso alterar la Palabra de Dios. El que guarda la Palabra y la obedece será bendecido; el que la altera será disciplinado de alguna manera.

Por segunda vez Juan se vio abrumado por lo que vio y oyó; y se postró para adorar al ángel que estaba hablándole (ve Apocalipsis 19:10). El ángel le dio a Juan tres palabras de consejo: no adores a ángeles, adora a Dios, y no selles la revelación. Al profeta Daniel se le ordenó sellar su libro (Daniel 12:4), porque el tiempo todavía no había llegado. El libro de Juan era un “apocalipsis”, un descorrer del velo (Apocalipsis 1:1); y, por consiguiente, no se lo debe sellar.

De nuevo, el Espíritu Santo nos recuerda la unidad viva de la Palabra de Dios. Hemos visto en nuestro estudio cómo Juan, guiado por el Espíritu, echó mano del Antiguo Testamento y usó muchas de las imágenes que se hallan allí, incluyendo la profecía de Daniel. La Biblia es su mejor intérprete.

¿Indica Apocalipsis 22:11 que Dios no quiere que los hombres se arrepientan o cambien sus caminos? No, porque eso sería contrario al mensaje de Apocalipsis y del mismo evangelio. Las palabras del ángel se deben entender a la luz de la afirmación repetida: “he aquí yo vengo pronto” (Apocalipsis 22:7, 12), como también de su afirmación: “el tiempo está cerca” (Apocalipsis 22:10). La venida de Jesucristo tendrá lugar tan rápidamente que los hombres no tendrán tiempo para cambiar su carácter.

Apocalipsis 22:11, por consiguiente, es una advertencia solemne de que la decisión determina el carácter, y el carácter determina el destino. Los santos sufrientes tal vez pregunten: “¿Vale la pena vivir una vida santa?” La respuesta de Juan es: “¡Sí! ¡Jesucristo vuelve, y él los recompensará!” Luego viene la segunda amonestación de Juan.

**Tenemos la responsabilidad de servir al Señor** (vs. 12–14). “Mi galardón conmigo” implica que Dios tiene en cuenta nuestros sufrimientos y nuestro servicio, y nada jamás será hecho en vano si se hace para él. En el tribunal de Cristo los creyentes serán juzgados de acuerdo a sus obras; y serán recompensados los que han sido fieles.

En toda la historia de la iglesia cristiana ha habido algunos que (para usar las palabras de Dwight L. Moody) “se concentraron tanto en el cielo que no servían para nada en la tierra”. Dejaron sus empleos, vendieron sus propiedades, y se sentaron para esperar que Cristo volviera. Todos ellos han quedado avergonzados, por supuesto, porque es contrario a la Biblia fijar fechas para su venida. También es contrario a la Biblia volverse descuidado y holgazán simplemente porque creemos que Jesús viene pronto. Pablo enfrentó este problema con algunos de los creyentes de Tesalónica (2 Tesalonicenses 3).

Con razón Juan añadió: “Bienaventurados los que lavan sus ropas” (Apocalipsis 22:14). Si en realidad estamos convencidos de que Jesús viene pronto, vigilarémos y seremos fieles (Lucas 12:35 en adelante).

Apocalipsis 22:13 es un gran estímulo para todo el que quiere servir al Señor. Lo que Dios empieza, lo termina; porque es el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último (ve Filipenses 1:6; 2:12–13).

**Debemos mantener limpias nuestras vidas** (vs. 15–16). El contraste aquí es entre los que hacen los mandamientos de Dios y entran en la ciudad, y los que rechazan su Palabra y son excluidos de la ciudad (ve Apocalipsis 21:8, 27). No es probable que los que “lavan sus ropas” sean un grupo especial o élite de santos. La frase es similar a “los vencedores” y caracteriza a todo el pueblo de Dios. La obediencia a Dios es una característica de la verdadera salvación.

Los títulos de nuestro Señor en Apocalipsis 22:16 son de lo más interesante. La “raíz” está enterrada en la tierra en donde nadie la puede ver, pero la “estrella” está en los cielos donde todos pueden verla. En “la raíz y el linaje de David” tenemos el nombre nacional y judío de Jesús, pero en “la estrella resplandeciente de la mañana” tenemos su nombre universal. Uno habla de humildad, el otro de majestad y gloria.

Como “la raíz... de David”, Jesucristo trajo a David a existencia. Como “el linaje de David”, Jesús vino a este mundo, naciendo como judío del linaje de David. Tanto la deidad como la humanidad de Jesús son evidentes aquí. Para ver un paralelo, lee Mateo 22:41–46.

La “estrella de la mañana” anuncia que la aurora llegará pronto. Jesucristo vendrá por su iglesia como “la estrella de la mañana”. Pero cuando él vuelva para juzgar, será “el Sol de justicia” en furia ardiente (Malaquías 4:1–3). Debido a que el pueblo de Dios espera el retorno de su Señor, ellos mantienen sus vidas limpias y dedicadas a él (1 Juan 2:28–3:3).

***Debemos mantenernos esperando el regreso de Jesucristo*** (vs. 17, 20–21). Tres veces en este capítulo final Juan escribió: “Yo [Cristo] vengo en breve” (Apocalipsis 22:7, 12, 20). ¡Pero él ha “demorado” su regreso por casi dos mil años! Sí, así ha sido; y Pedro nos dice por qué: Dios quiere dar a este mundo pecador oportunidad para que se arrepientan y sean salvos (2 Pedro 3:1 en adelante). Mientras tanto, el Espíritu de Dios, mediante la iglesia (la esposa), clama para que Jesús venga; porque la esposa quiere reunirse con el Esposo y entrar en su hogar. “Amén; sí, ven, Señor Jesús” (Apocalipsis 22:20).

Pero los creyentes también deben invitar a los pecadores perdidos a confiar en Cristo y beber del agua de la vida. En verdad, cuando la iglesia vive con la expectativa del regreso de Cristo, tal actitud provoca ministerio y evangelización tanto como pureza de corazón. Queremos hablarles a otros de la gracia de Dios. Una mejor comprensión de la profecía bíblica debe motivarnos a obedecer la Palabra de Dios, y proclamar al mundo perdido la invitación de Dios.

Si nuestro estudio de Apocalipsis en verdad ha sido dirigido por el Espíritu, entonces nos uniremos a Juan en la última oración de la Biblia:

“Amén; sí, ven, Señor Jesús.”

¿Estás listo?<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Wiersbe, W. W. (2013). *Victoriosos en Cristo: Estudio Expositivo de Apocalipsis* (pp. i–184). Sebring, FL: Editorial Bautista Independiente.